

POESÍAS
DE
J. MARTÍNEZ MONROY

DRPS
FA
1071



POESÍAS
DE
J. MARTÍNEZ MONROY

1864

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

51V

1000 -

RECEIVED
JAN 10 1881

FL DRPS FA/1071

0500773109

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

POESÍAS

DE

D. JOSÉ MARTINEZ MONROY.

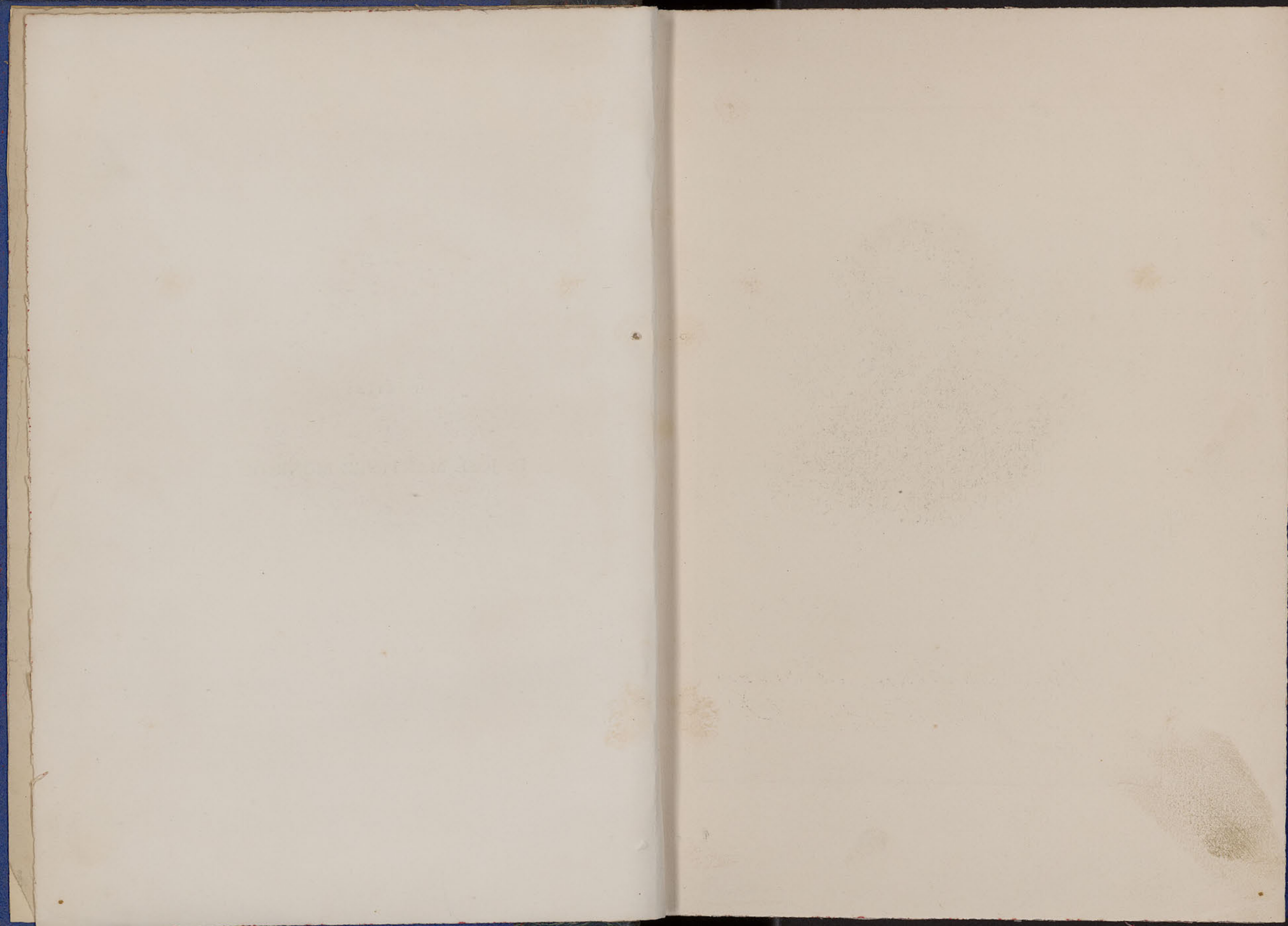


MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE MANUEL RIVADENEYRA,
calle de la Madera, 8.

1864.

250
Retrato 1 hoja x 11"
1280 / 3 agües



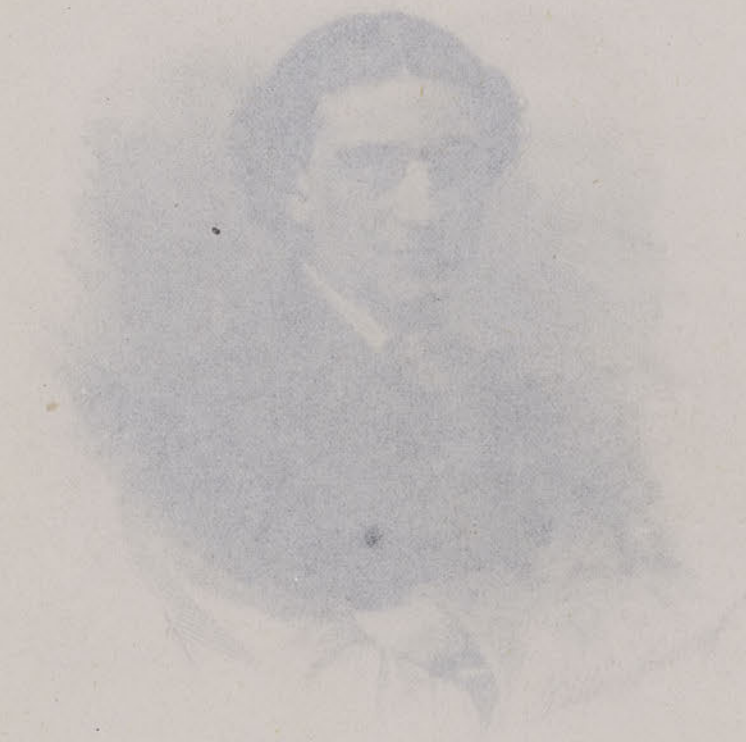


POESIAS

DE
D. JOSÉ MARTINEZ MONROY.



MADRID,
IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE MANUEL SIVANNECA,
calle de la Madera, 8.
1864.



José Martínez Monroy

POESIAS

DE

D. JOSÉ MARTINEZ MONROY.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE MANUEL RIVADENEYRA,
calle de la Madera, 8.

1864.

AL PÚBLICO.

Las poesías de D. JOSÉ MARTINEZ MONROY, pocas, y ya ventajosamente conocidas las más, salen á luz, reunidas en un volúmen, á instancias y por diligencia de sus amigos, y á favor de una suscripcion abierta en Cartagena, en Murcia y Madrid. Muerto MONROY á los veinticuatro años, no pudo su ingenio dar todos los ricos y sazonados frutos que prometia; pero no es de temer que al juzgar sobre su sepulcro sus obras la Imprenta, que tan favorablemente las recibió, niegue al finado los aplausos concedidos al que vivia. En el recto juicio del público español confiamos, y sólo advertiremos aquí á los lectores curiosos, que estas poesías, de intento, no van ordenadas cronológicamente ni por géneros, sino confundidas de manera, que la variedad haga su lectura más agradable.

LOS AMIGOS DEL AUTOR.

BIOGRAFÍA.

Después de trascurrido tanto tiempo de la muerte del poeta, renovemos el dolor y las lágrimas, escribiendo algunas palabras al frente de este libro, que es como el testamento de su genio. Confieso que no acierto á empezar, pues la amarga pena que me embarga, no deja espacio alguno al pensamiento. Algunas lágrimas, algun gemido de profundísimo dolor, serán más elocuentes que todas las palabras de los hombres. Sentir, callar, hé aquí lo único que se me ocurre en el momento de recoger y guardar en este libro las flores que se han caído de la corona del poeta, las flores que empezaban á dar testimonio de la primavera de su vida. El dolor no tiene palabras; es mudo como el abismo de la eternidad. Analizarlo con la pluma equivale á buscar con el escarpelo el corazón humano. Lo encontraréis, sí; pero lo encontraréis muerto. Yo, si me dejara llevar de mi corazón, vertería un mar de lágrimas, y arrojaría la pluma.

Y sin embargo, precisa escribir la historia de una vida de veinte y cuatro años, en que apenas se levantaron la esperanza, el amor, la gloria, cuando fueron á dar en la muerte. ¡Una vida! No la hay, no, en el desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un día; la vida de la golondrina que os anuncia la primavera, y anida un instante en vuestro techo, y se vuelve cantando con sus hijuelos á otras regiones,

porque no puede ver la muerte de la naturaleza bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, amó, cantó, murió. Hé aquí la vida del jóven que lloramos. Fué como una de esas ilusiones de la juventud, como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros dias de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente á nueva vida; y que se pierden y se desvanecen al tocarlas, como se tronchan entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos. Y esa vida tan breve, tan fugaz, ha dejado inmenso vacío en el mundo. Yo acabo de ver la ciudad natal del poeta; el sereno cielo que recogió su primera y su última mirada; los altos montes, titánicos como su genio, alzados á manera de una armadura de la tierra contra las furias del mar; las celestes olas en cuyos misteriosos ecos aprendió las cadencias de sus cánticos; y no he encontrado allí corazón alguno que no guardara dolor por su muerte, ni memoria que no tuviera recuerdo de su vida. Sus amigos me contaban, á cada paso que dábamos por aquellas playas, sus inspiraciones, sus poesías, que brotaban tan espontáneamente en su imaginación, como las flores en el campo. Sus maestros me recordaban las señales que de su genio privilegiado diera desde los primeros años. Los desgraciados que había socorrido en los dias de las grandes calamidades é infortunios, me hablaban de su corazón. Y su madre, ¡ah! su madre no me hablaba, no; lloraba en mi presencia á su hijo con todo el dolor de una madre. Y en el fondo de aquel río de lágrimas, vi un instante brillar la imagen querida del llorado amigo, coronada con todas sus virtudes.

¿Por qué habrá sido tan breve su vida? El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos. El eterno misterio es la muerte. Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño que, del seno maternal, donde apenas ha sentido el calor de la vida, cae en el frío seno de la tierra, he levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para

preguntar á Dios: «¿Por qué le creaste?» ¿Qué falta hacia en el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo? ¿Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaria el Eterno en dar el aliento de la vida á las criaturas, tan sólo para estrellarlas contra la fría losa del sepulcro? Nacer para llorar y morir: ¿verdadera irrisión del destino! La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿por qué morirán? Si no tenían destino que cumplir en el mundo, ¿por qué crearlos? O ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fauces la muerte, y es necesario crear seres destinados sólo á calmar su hambre, para que no devore todo el universo? Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño, en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, aún es más incomprensible la muerte del jóven que tiene conciencia de su ser, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una gran idea en su frente, una sonora lira en sus manos, y cuando apenas ha comenzado á expresar esa idea, á sonar esa lira, se apaga su ser, y pasa como una sombra el que parecia destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia. Ideas, amores, genio, esperanzas, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan sólo para encerrarlo en un sepulcro. ¡Verdadera desesperación! Aunque golpeemos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su genio; aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

¡Ah! Olvidamos, cuando la muerte nos apena, que la muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios nos dice que el hombre es inmortal, y que en el sepulcro no ha dejado más que los despojos de su vida terrena, como el guerrero que se descíñe su armadura despues de un combate. La personalidad humana, que se levanta en la cima de la creación, como el punto luminoso donde se confunden la naturaleza y

el espíritu, subsiste después de la muerte. La idea, la inspiración, todo lo que es infinito, es inmortal. No ha dado Dios á nuestro espíritu esta sed inextinguible de lo eterno, para burlarla siempre. No nos ha dado esta idea de la inmortalidad, para que no tenga realidad alguna. Si el espíritu, la gran unidad de nuestra vida, no fuera perenne, el universo sería una obra sin ningún sentido, la obra de un genio delirante, que habría llenado los espacios de sombras. En la misma naturaleza, la sustancia subsiste, la forma varía. Y el espíritu ¿había de morir? No, no. Los planetas no son sarcófagos que arrastran montones infinitos de muertos en su carrera; son globos luminosos, desde los cuales abren sus alas etéreas los espíritus, para volar á otras regiones más limpias y serenas. El poeta no muere, como no muere su creación. El poeta no se extingue, como no se extingue su cántico. Es una blasfemia el preguntar á Dios por qué se ha apagado tan pronto la vida del niño, la vida del joven, cuando esa vida ha tomado más intensidad, más luz, subiendo como una llama vivísima á los cielos, y dejando sólo en tinieblas el empedernido materialismo de los que creen que toda vida termina en el sepulcro.

Sin duda alguna los hombres llegan á imaginarse, en su desvarío, que la mayor dicha es vivir. Por vivir nos afanamos en trabajos continuos; por vivir consumimos nuestras fuerzas y gastamos nuestra inteligencia. Tras la vida andamos desalados, porque creemos que en el fondo de la vida se encuentra la felicidad. Y ese joven que ha roto las cuerdas de su lira, que ha plegado las alas de su imaginación, que ha dado un adiós eterno á sus amores, á sus amistades, á la fugaz vida terrena, ¿con cuántas ilusiones habrá muerto, que acaso no tuviera, á haber pasado más tiempo en este bajo mundo? Morir creyendo en la amistad, en el amor, en la gloria, en un porvenir de dichas y de triunfos; morir creyendo que los aplausos del mundo valen algo; morir imaginando que los laureles florecen eternamente, sin dejar ni una gota de ponzoña en las sienes; morir en esos instantes en que la virgen del

primer amor sonríe en los cielos, y nos promete eterna dicha, y nos jura fidelidad eterna, y llena de encantos con su aliento impregnado de aromas todo nuestro ser; morir sobre esta almohada de flores, donde no ha crecido ni una espina, cuando tantos sueños revolotean alegres en torno de la frente que guarda un poema de amores y de esperanzas; morir de esta suerte es vivir, es cuando ménos no haber gustado más que la dulce miel de la vida. Cuente, cuente cada uno los días amargos, las horas de insomnio, los desencantos, los engaños, las espigas que se le han clavado en su camino, los pedazos del corazón que ha ido dejando por todas partes, la hiel que ha bebido á grandes tragos; y diga luego en presencia de uno de esos sepulcros de los jóvenes, de los niños, sobre los cuales sólo se nos ocurre deshojar algunas flores, diga ¿con cuánta razón creían los antiguos que los malogrados eran los elegidos de los dioses! ¿con cuánta verdad ve levantarse la religión una vida de eterna bienandanza, del seno del pequeño ataud que guarda á un niño!

Historiemos, pues, la vida del poeta. Había nacido en las regiones meridionales de España. Con sólo leer tres ó cuatro versos suyos, nos convenceremos de que no desmentía el lugar de su nacimiento. Así como el poeta del Norte tiene algo en su fantasía de las nieblas de su patria, el poeta del Mediodía tiene algo de la claridad de su cielo, de los cambiantes de su luz; y su imaginación, como sus torrentes, ya aparece seca y arenosa, ya se despeña desordenada y bravía, arrastrándolo todo en su impetuosa carrera. El poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodía es el poeta de la naturaleza. El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor que sólo entona sus gorjeos en la oscuridad de su enramada; y el poeta del Mediodía, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar. Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiración vaga y tenebrosa; en tanto que los poetas del Mediodía son los

poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérboles. Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad va levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo, el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo. Ahí teneis á Schiller y á Manzoni. El poeta que lloramos, venido á la vida del arte con el pensamiento de su siglo, siendo, como hemos dicho, un poeta esencialmente meridional, aspiraba tambien á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos da al arte en los países del Norte. Su oda *El Genio* dirá siempre que consiguió realizar este ideal de su vida, y que hubiera caminado gloriosamente en pos de esta luminosa estrella de su espíritu.

Pero si la region de su nacimiento se conoce en su genio, por esas misteriosísimas relaciones que hay entre la naturaleza y el espíritu, su ciudad natal se veia reflejada en su carácter, por esas relaciones ocultas que hay entre nuestra índole y la índole de la sociedad en que vivimos. Cartagena es una de las ciudades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, ó no es allí, ó es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la poblacion entera. He recorrido algunas de nuestras provincias; he visto las hermosas campiñas en que la vida de la naturaleza se ostenta con todos sus matices; he contemplado los grandes monumentos en que nuestros padres, aquella raza de gigantes que sojuzgó la tierra, dejara indeleblemente impresa la huella de su carácter; y nada me ha movido á tan dulces ó tan consoladores pensamientos, como aquel hospital de Caridad de Cartagena, obra de un pobre, de un soldado, mantenido hoy como un rico palacio alzado á la desgracia por una poblacion entera, que tiene en aquel hospital su más glorioso timbre. La cultura, la franqueza, la liberalidad,

la virtud heroica de la caridad, son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran tambien los rasgos distintivos del carácter de MONROY. Blando, cariñoso, tenía el culto de todas las grandes pasiones que ennoblecen la vida. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazon, y le mostraba su amor imitando sus virtudes. Como amigo, era un modelo de abnegacion, de entusiasmo. Como hombre, se hubiera sacrificado mil veces por el bien y por la libertad de los hombres. Como poeta, jamas consagró su lira al poderoso, jamas cantó á los tiranos que llenan de brillantes crímenes, pero de crímenes al fin, las páginas de la historia: su númen fué siempre la justicia. Las alas de su imaginacion no se abrian sobre los sepulcros para levantar de la huesa torbellinos de las cenizas de los muertos, sino que iban á rozar los párpados del desgraciado para enjugar sus lágrimas, y á sacudir una esperanza consoladora en el pecho de los oprimidos. Así la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran tambien la accion. Exento de envidias, de bajas y ruines pasiones, do quiera estuviese el mérito, allí estaba su aplauso; do quiera la libertad y la justicia, allí su corazon y su conciencia: por eso todavía dura y durará mucho tiempo el dolor causado por su muerte; que sólo á las grandes almas concede Dios el premio de verse desde la eternidad tan lloradas en el mundo.

Bien es verdad que á esta delicadeza del carácter de MONROY habian contribuido poderosamente la educacion y los desvelos de su familia. Su madre lo ha tenido estrechado contra su corazon desde la cuna hasta el sepulcro. Su madre le enseñó el primer albor de la idea de Dios que amaneciera en su conciencia, y recogió la última oracion que, envuelta en el último suspiro, se exhalára de sus labios. Y el alma de una madre tierna, cariñosa, virtuosísima, se refleja en el alma de su hijo como el cielo en el mar. ¿Dónde hay una mirada en la tierra que se parezca á la mirada de amor de una madre? ¿Dónde hay una música semejante al cantar melancólico, plañidero, con que una madre

arrulla nuestro sueño y mece nuestra cuna? ¿Qué elocuencia podrá compararse á su elocuencia, cuando nos habla del cielo, de Dios, de las infinitas esperanzas, de los eternos amores, de la inmortalidad del alma? ¿Qué desvelos podrán compararse á los suyos, que descubren y adivinan las tempestades del alma en los ojos de sus hijos, y les señalan los escollos, y les muestran el norte celeste que nos ha de preservar de morir arrastrados en el amargo oleaje de nuestras pasiones? ¡Oh! Siempre que MONROY alcanzaba una gran idea, siempre que hacia una buena obra, mil veces me lo ha dicho, veía aparecer á su lado su ángel custodio, la imágen de su madre.

Concluida esta primera educacion, la educacion del sentimiento, pasó á seguir sus estudios en el Instituto de Murcia. No podríamos continuar este escrito sin decir que el padre político de MONROY era tan solícito, tan amante de su hijo, que MONROY nunca se pudo reconocer huérfano. La naturaleza no hubiera podido dar á MONROY un padre más cariñoso. Así es, que viéndose rodeado de una familia tan amante y tierna, crecía la delicadeza, la ternura de su carácter. La virtud que trae el jóven consigo en su propia índole, crece, cuando el amor la fecunda, el amor, que es como el rocío del cielo. En el Instituto comenzó á mostrar nuestro llorado amigo la vocacion interior de su genio, su númen de poeta. Sabido es que Dios nos da inclinaciones en armonía con el fin último que nos reserva en el plan de su providencia, en el tejido maravilloso de la historia. El hombre puede contrariar esas inclinaciones, desoir esas voces misteriosas de su destino; porque el hombre es libre, y dueño por consecuencia de ser causa principal en la direccion de su vida. Pero no se desoye nunca impunemente ese aviso de Dios que se llama inclinacion; no se desoye nunca, sino á costa de nuestra felicidad. MONROY no podía engañarse: era poeta. Y como poeta, si bien estudiaba todas las materias de enseñanza con sin igual brillo y aprovechamiento, las estudiaba para transformarlas en el horno de su encendida imaginacion. El problema de las rela-

ciones del espíritu con la naturaleza, que es el tormento de la Filosofía, se resuelve instintivamente por el arte.

El poeta ve en su conciencia el cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en sus amores la armonía universal, en el mundo de su conciencia la naturaleza, el universo; y á su vez ve en ese mundo exterior, que parece condenado á la fatalidad, á la insensibilidad, su espíritu, que se refleja en los seres que cruzan los espacios como ideas vivas, en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo valle y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas en lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en la poesía son como el astro y el éter, como el color y la luz, como la rosa y su aroma, como el cuerpo y el alma, una eterna, una misteriosa armonía. Así es que MONROY, en sus estudios de Psicología, de Física, de Historia natural, encontraba medios de abrillantar su imaginacion y perfeccionar el sentido artístico de que pródiga le dotara naturaleza. Con sólo abrir sus poesías, se echa de ver que ha comprendido que el destino del poeta es confundir, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos despues á Dios; que el arte, como la ciencia, es un divino sacerdocio. Estas inclinaciones naturales de su carácter y de su genio debían hallar en Madrid mayor espacio. Nada hay más triste que la oscuridad en una córte, y nada más difícil que abrirse paso entre las gentes. Hay algo más desolado que el desierto y sus abrasadas arenas, y es el aspecto de estas populosísimas ciudades, donde vemos pasar millares de personas que no conocemos, que no se interesan por nuestra suerte, que cruzan un instante á nuestro lado, y que acaso no volvemos á ver jamas en toda nuestra vida. Y es más triste aún esto para el jóven que siente su conciencia habitada por el genio, y que quisiera mostrar á cada transeunte la llama en que se abrasa. La gloria podrá ser vana, los aplausos, un poco de ruido, que se borra en las ondulaciones del

viento; pero ¡ay del poeta que desdeña la gloria, y no siente palpar su pecho al ruido del aplauso! Nuestro amigo padeció poco ciertamente esa soledad que tanto acongoja el ánimo de un verdadero poeta. Tenía amigos que le amaban, amigos que no sentían el aguijón de la envidia en sus corazones, amigos que le querían más que él se quería á sí mismo. Estos amigos publicaron su oda *El Genio*, que no era en realidad más que la primera explosión de un gran genio, el cráter de una grande inspiración, que se abría para asombrarnos á todos. Yo recuerdo que no conocía á Monroy cuando leí aquella oda, y que le pregunté á él mismo quién era su autor, y que desde aquel punto fuimos amigos, sin que hayamos podido darnos más pruebas de amistad que aquella que hemos confiado á la muerte; porque él cantó en versos inmortales la muerte de mi madre, y yo, en pobre y desaliñada prosa, no hago más que trazar aquí un prolongado sollozo por la muerte de mi amigo: ¡triste amistad, cuyos dos monumentos son dos tumbas!

No me toca á mí hablar del mérito literario de las poesías de Monroy. El autor de *Los Amantes de Teruel* dirá sobre el mérito de las poesías que publicamos, todo cuanto le dicte su luminoso criterio y su delicado gusto. Pero á Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo xix. En esas conversaciones íntimas, amistosas, en que confiamos á nuestros amigos todos los dolores que nos atenacean el alma, todas las esperanzas que nos sonríen dulcemente en el cielo de la vida, el malogrado me hablaba de las nobles aspiraciones de su genio. Y en verdad, no podían ser más grandes. Corre como vulgar preocupación que no es posible la poesía en este siglo, tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creación, y la ve más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creación es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha

volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo más allá del mundo material, sí, algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos del humano espíritu? Los grandes siglos naturalistas engendran siglos de poesía. El siglo xiv, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo xvi, el siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare y de Cervantes. El siglo xix, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha deletreado sus jeroglíficos, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hossanna* de la creación; el espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de hermosear y perfeccionar la naturaleza. Lo que nos mata, lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúreos de aquellos titanes que se llaman Lope, Calderon, Cervantes, sin duda alguna es la imitación servil de la naturaleza, la copia descarnada de la sociedad, el grosero materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el númen de la poesía; la apoteosis de lo vulgar, de lo prosaico; el teatro reducido á máquina fotográfica; la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica; el criminal olvido de los dolores trágicos, que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Prometeo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Se-

gismundo y por Hamlet; en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la sociedad, cuando debiera ser su ángel, es decir, su guía; y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginación del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos días del espíritu. Si hay algún siglo verdaderamente épico, es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creación, uno por su espíritu con toda la humanidad; en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo, y por consiguiente, nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún el poeta dichoso que escriba su poema, y lo grave con caracteres de fuego en su inmortal historia. Pero el poeta ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar porque se realice esa ley del derecho, en cuya virtud puede asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre. Entonces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX y los profetas de los tiempos que á más andar vienen sobre nosotros, y merecerán el laurel de la inmortalidad. Estas eran las ideas que inspiraban á MONROY cuando escribía su oda *A Italia*, su canción *El Proscrito*; cuando, esgrimiendo las armas de la crítica, hablaba en el Ateneo por la renovación literaria, y en la sociedad libre-cambista por el triunfo del derecho, por la destrucción de todos esos límites, obra de la tiranía, levantados para no dejar espaciarse al océano de nuestro espíritu en lo infinito, que Dios le ha señalado como su dominio.

Pero no sólo pensaba MONROY; ponía por obra sus pensamientos. En él la acción acompañaba siempre á la idea. No era uno de esos caracteres que sueñan y pasan la vida soñando; era una de esas volunta-

des enérgicas que obran, y se gozan en ver la idea tomando forma en la realidad de la vida. Deseaba su grande alma el triunfo del derecho, la libertad en su plenitud, con todas sus consecuencias, y, unido á los que deseaban lo mismo, trabajaba con ellos. Creía en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito, del comercio, y no se satisfacía con predicarlas; fundaba asociaciones numerosas y fuertes para llevar esas ideas á la mente del pueblo, y lograr su triunfo de nuestros remisos gobiernos. Veía alguna obra de utilidad pública, como el ferro-carril de Cartagena á Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y escribía y trabajaba, ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su patria. Sobrevenía una calamidad. El cólera diezaba á Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abría sus negras fauces, como para devorar una población entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: llegábase al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corría al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frío cadáver, y lo amortajaba como un enterrador; héroe de la caridad, poeta, no sólo en sus ideas, sino en sus acciones; joven generoso, que á un gran sentido estético unía un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se divorciaban nunca, siendo la poesía, no sólo la idea de su mente, sino el amor de su corazón, y el númen de todas sus acciones, y la esplendente luz de toda su vida.

Un alma tan grande ¡ay! debía consumir el cuerpo que la llevaba, como la luz demasiado viva quiebra el cristal que la contiene. Ha muerto devorado por su pensamiento, calcinado por el fuego de su inspiración. Su poesía, como el rayo, le iluminaba y le mataba también. Débil por naturaleza, no podía sufrir ni el hervor de sus ideas, ni esa lucha gigante de las primeras pasiones del joven, que consumen la vida. Su cuerpo se doblaba hacia la tierra, agitado por su espíritu, como la débil caña tronchada por el viento. Había un desequilibrio sensible, manifiesto, entre su naturaleza y su genio, que traía el des-

equilibrio entre su sangre y sus nervios. Pobre aquella, agitados y trémulos éstos, como las cuerdas de una lira que ha sonado mucho, enfermo, agonizante, cantaba. No parecía sino que era como una de esas aves canoras, sin más fin que vivir y morir cantando. Destrozáronse su garganta y su pecho. Yo le ví en los últimos días de su enfermedad. No tenía la ilusión y la esperanza de vivir, que suele acompañar á la calentura de ciertas terribles enfermedades. Veía llegar la muerte, acercársele á abrazarlo, y la esperaba sereno. Sólo una lágrima se asomaba á sus ojos cuando traía á la memoria sus amores, sus amigos, su madre. No sentía la muerte por sí; la sentía por todos los que amaba. Más que por su dolor, temblaba por el dolor de las prendas de su corazón. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su ser eran creencias vivas en aquel religioso corazón de poeta. Cuando me despedí de él, «nos volveremos á ver», decía, y miraba al cielo. Poco á poco llegó la agonía. Cuando las hojas palidecen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se van, cuando el ruiseñor calla, murió el poeta. Su vida fué como una mañana de primavera, su muerte como una tarde de otoño. La agonía tuvo la solemnidad, la religiosidad que requieren los últimos instantes de toda vida, esos últimos instantes, que son como el breve epílogo en que aparecen á los apagados ojos todas las ideas y todas las obras de que debemos responder ante Dios. Cumplidos sus deberes cristianos, quiso ver el cielo, como si anhelara medir el espacio que iba á surcar su alma.

Levantóse del lecho en brazos de su madre, se acercó á una ventana y miró á lo infinito. El cielo brillaba con claridad no usada, y las estrellas resplandecían como si quisieran llevar su luz hasta el alma del moribundo. Al ver tanta hermosura, tanta luz, sintió á Dios, y se dispuso á morir en su esperanza. Pero buscaba algo en aquella noche, buscaba un recuerdo de la niñez, una lámpara que ardía en la calle ante la imágen de la Virgen. La encontró, y sus ojos casi apagados brillaron como si tuvieran la luz de los primeros años. La lámpara y

las estrellas, el recuerdo de ayer, nacido de la trémula luz, y la esperanza de mañana, iluminada por miríadas de astros; la cuna con sus flores, con su poesía, y la eternidad con su infinita grandeza; la vida y la muerte, la inocencia y la juventud, la fe y la razón; todo cuanto había creído, y esperado y amado, brilló á su vista; y después de haber saludado la vida que se iba y la muerte que venía, se dejó caer sobre su cama, miró las personas queridas que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no había de ser más que la cuna de su nueva eterna vida. ¿Deberemos decir todo el dolor que causó tan triste muerte? Pero ¿quién podría hablar de ese dolor, cuando todavía lo publican las lágrimas de una madre? Cartagena entera fué llorando á dar tierra á su cadáver. Ya ha pasado el tiempo que basta para matar muchos dolores y muchos recuerdos; y todavía no se ha extinguido el sollozo continuo y amarguísimo que llora su muerte. Sus restos duermen en paz en su sepulcro, donde no falta nunca una corona de siemprevivas. Yo no lo he visitado. Ningun signo material, ni una lápida ni una inscripción me recuerdan los seres queridos con tanta viveza como mis tristes memorias. Hubo un tiempo en que me olvidé de la muerte. Imaginaba que era imposible que la muerte hiriera en mi presencia tantos seres amados, sin herirme á mí mismo. Creía locamente que no podría sobrevivir á tan grandes dolores. He visto morir á mi madre, á muchos queridos amigos, desvanecerse ilusiones y esperanzas que eran la luz de mi vida, y vivo todavía. Pero mi corazón es como una gran tumba, donde ha penetrado el presentimiento de la muerte. Con ejemplos como los del poeta cuya breve vida acabo de escribir, se fortifica el ánimo, y aprende á estar apercibido para el instante supremo en que sea necesario pasar de esta vida. Miradlo. Joven, casi un niño, amado, lleno de gloria, de esperanzas, rodeado de amigos, que le querían como á un hermano... con su madre al lado, cuyo corazón debía ser como un escudo que le preservara de la muer-

te; seguido de los aplausos del mundo; teniendo la lira en las manos, la inspiracion en la mente, el amor en el corazon, el afan de pelear en su deseo, la felicidad en su porvenir; cuando la vida le llamaba con tantos encantos, cuando le sonreía el amor con tantas venturas, cuando no se habia clavado ni una siquiera de las agudas espinas de la tierra, y llevaba una corona de flores en sus sienes, agitadas por grandes pensamientos... se despide de nosotros, muere... sin duda porque Dios, que lo habia dotado con tantas perfecciones, ha querido que volara por otras más esplendidas regiones, creyendo indigno á este bajo mundo de poseer su amor y su poesía.

EMILIO CASTELAR.

POESÍAS.

EL GENIO.

Fulgente rayo de la luz divina,
Que de Dios en la mente soberana
Los cielos ilumina,
Hijo de la creacion, nací potente
En su vasto palacio,
Del mundo en la mañana;
Crecí ensanchando el infinito espacio,
Y levanté la inmarcesible frente,
Augusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro la fortuna,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del caos insondable,
Y el Éter impalpable

En que flotando se meció mi cuna.
 Inmensos mares de movibles gasas
 En torno de mi solio refulgente
 Informes se agruparon;
 Polvo de estrellas anubló mi frente,
 Y los rayos del sol me deslumbraron.
 Mas las alas batí, las negras masas
 Radiante separé; y adonde quiera
 Que mi afanosa vista descubria
 Otra luciente esfera,
 Allí volaba yo : crucé la altura;
 Brillando el cielo frente á mí veía,
 El abismo á mis piés negro y profundo,
 Y allá, á lo léjos, oscilando, el mundo.
 Yo vi al Eterno, con la esencia pura
 De la edad que pasaba
 Pirámides de siglos amasando;
 Y en la cúspide yo, siempre yo estaba
 Sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
 Y mi voz resonó en las cavidades
 De las vastas alturas,
 Llamando sin cesar á las edades
 Presentes y futuras,
 Los siglos que vendrian.....

Y en monton acudian,
 Ciñendo mi cabeza, á mi voz sola,
 De indefinible y mágica aureola.
 Vi las puertas del cielo
 Rodar sobre sus ejes de diamante
 Al sentirme pasar, y hollé, triunfante
 En mi carrera el primoroso velo
 De rosas y de flores,
 Que en mi color tiñeron sus colores :
 Con el rico tesoro
 De mis hebras de oro,
 Su dulce lira fabricó el Parnaso;
 El eco de mi voz fué la armonía,
 Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
 El coro de los ángeles tejía.

Y á los mundos bajé: vi las pasiones
 Y los vicios bullir, salir brotando
 De mil generaciones
 Su fuego, en humo sin cesar tornando;
 Y en un punto radiante y luminoso,
 Que más que todos á mis piés brillaba,
 Vi un tropel de mortales, que afanoso,
 Con ciega y torpe y vacilante mano
 Entreabrir procuraba

De la ciencia el arcano,
 De que tan sólo Dios tiene la llave,
 Y donde el hombre penetrar no sabe.
 Vi los pueblos nacer; vi las ciudades
 Bordar de vida la desierta esfera,
 Y al soplo creador de las edades
 Elevarse fantásticas do quiera,
 Sus alas de color desenvolviendo,
 Y hácia mí sus palacios
 Y sus doradas cúpulas tendiendo.
 Sobre un trono de perlas y topacios
 Vi también la virtud, célica y pura;
 Y miré con pavor
 Su manto de esplendor y poderío
 Deshecho por el hombre en mil girones,
 Para ocultar el esqueleto frío
 De las torpes y lánguidas pasiones.
 Los pueblos y las razas que vinieron,
 Llenas de juventud, de fuego henchidas,
 Un tiempo por el orbe consumieron
 Su existencia quimérica, ignorada;
 Y luego confundidas
 Rodaron á la nada,
 Y otras razas después las sucedieron.

Y de ese torbellino impetuoso,
 En que se agitan siempre las naciones,
 Vi cien héroes salir, en sus bridones
 Cruzar el mundo, recorrer la tierra
 Al ronco son de guerra,
 Y en la diestra el acero endurecido;
 Y les vi denodados,
 Roto en chispas el viento
 Al choque de la espada y al rugido
 Del tronante cañon, en un momento
 Los límites borrar de los estados.
 Hubo un tiempo después, que una mirada
 Al dirigir fugaz de polo á polo,
 Tan sólo vi la nada.....
 ¡Humo y tumbas tan sólo!.....
 Algunos pocos hombres, que empujaban
 Hácia el antro vacío
 A los pesados siglos que pasaban;
 Y que después, con loco desvarío,
 Con entusiasmo fiero,
 En triunfo conducían
 Al siglo venidero
 En sus hombros robustos y esforzados,
 E, insensatos, caían

Bajo el enorme peso sepultados.
 Mas vi tambien á algunos elevarse
 Con noble afan hácia el celeste velo,
 Y mirarme y temblar; les vi adornarse
 De refulgentes galas,
 Y en las brillantes y preciosas alas
 Del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
 Derramar sobre el mundo la belleza,
 Y elevar victoriosos
 Sobre los otros hombres su cabeza;
 Y yo, que los vi ansiosos
 De la gloria esplendente
 Que el talento inmortal siempre ambiciona,
 Para ceñir su frente
 Les arrojé un laurel de mi corona.
 Vi los tronos alzarse, el orbe todo
 Sembrarse de monarcas opulentos;
 Más pronto derribarlos en el lodo
 Vi á las generaciones;
 Y luégo á las naciones
 Miré esculpir sus sacrosantas leyes
 En los rotos fragmentos
 De las viejas estatuas de sus reyes.
 Vi brotar religiones á millares

Que en el fondo del tiempo se formaron,
 Y que luégo en magníficos altares
 Los hombres adoraron
 Con fanatismo ciego;
 Y á la voz del Eterno
 Las vi yacer precipitadas luégo
 En miserable y torcedor infierno.
 Con sus torres gigantes
 Vi elevarse los templos soberanos,
 Y plegarias y cánticos brillantes
 Lanzar desde su seno los humanos;
 Mas pronto vi tambien crecer la hiedra
 En el ara olvidada,
 Escribiendo en el tiempo una arruinada,
 Pero terrible maldicion de piedra.
 Vi las falsas deidades
 Cruzar con la corona en la cabeza,
 Al pasar las edades;
 Llegó por fin de la verdad el día,
 Y abatí su grandeza,
 Y mostré su quimérica valía,
 Los altares rompiendo en mil pedazos;
 Y en seguida las vi contra mi trono
 Fulminar impotentes anatemas,

Y extender hácia mí, con ciego encono,
 Los raquíticos brazos,
 Entre el polvo buscando sus diademas.
 Hoy ya, por los espacios elevado,
 Donde tiendo mi vuelo,
 Del sempiterno Dios ante la alteza,
 Por los genios del orbe rodeado,
 En las gasas del cielo
 Envolviendo mi fúlgida cabeza;
 Miéntas los mundos á mis piés rodando,
 Empujados del tiempo, en sombra vana
 Cual ténues ilusiones van pasando,
 Esperaré á los mundos del mañana;
 Y en imperioso tono
 Sus leyes dictaré, desde el palacio
 En que, oculto en los pliegues del espacio,
 La diestra del Eterno alza mi trono.
 Y si atrevido el hombre
 Quiere seguir mis huellas
 Y elevar hasta allá su pensamiento,
 Encontrará mi esclarecido nombre,
 Bordado con estrellas
 En el límpido azul del firmamento.

TOLEDO.

En el corazon de España,
 Sobre un árido terreno,
 Y enfrente de altivos montes,
 Se alza gigante Toledo:
 Toledo, que ahora descansa,
 Con profundísimo sueño,
 Bajo la pesada sombra
 De sus ilustres trofeos.
 Aún te acuerdas ¡oh ciudad!
 De los tiempos que ya fueron,
 En que cien insignes reyes,
 Más que reyes, caballeros,
 Á las huestes musulmanas
 Arrojaron de tu seno.

Entónces, despavoridos
 Ante tus ojos huyeron
 Los infieles, que algun día
 Te ocuparon como dueños;
 Y despues una y mil veces,
 Del descalabro repuestos,
 Te rodearon rabiosos,
 Tus murallones mordiendo;
 Y otras tantas en tus campos
 Su sangre mora vertieron,
 Eternizando tu nombre,
 Y eternizando sus hechos.
 ¡Toledo! Cuando delante
 Del tribunal de los tiempos,
 En marcha lenta y solemne
 Vaya pasando el ejército
 De las ciudades hispanas,
 Tú llevarás, de derecho,
 El pendon, gloriosa enseña
 Del valor de nuestro pueblo.
 Águila imperial, tendiste
 Por los espacios el vuelo;
 Y aunque las hermosas plumas
 Ya de tus alas cayeron,

Por los espacios rodando,
 Y tus lauros escribiendo,
 Aún conservas en las garras
 La ejecutoria y los fueros.
 Ahora, vieja cortesana,
 Vas con afeites cubriendo
 Las arrugas que te causan
 Las inclemencias del tiempo.
 El Tajo va temeroso,
 Tus regios muros lamiendo,
 Y arrancándoles el polvo
 Que los siglos produjeron.
 ¡Cuántas oscuras historias,
 Cuántos tenebrosos hechos,
 Cuántas famosas hazañas,
 Cuántos fantásticos sueños,
 Envueltos en ese polvo,
 Y por el curso violento
 Del río, al mar arrastrados,
 Se perderán en su seno!
 Allí vendrán los poetas
 Sus áureas alas batiendo,
 Atravesarán las ondas
 Del profundo, ignoto piélago,

Y moverán las arenas
 Con avariento deseo,
 Por hallar entre ese polvo
 Asuntos para sus cuentos.
 Vieja eres ya, ciudad mia;
 Pero yo vieja te quiero,
 Con tus calles tortuosas,
 Tus alcázares soberbios,
 Con tus mohosas ruínas,
 Tus subterráneos inmensos,
 Do podemos todavía
 Respirar el polvoriento
 Aire que tras sí dejara
 El siglo décimotercio.
 Si yo pudiera encender
 Mi antorcha en el limpio fuego
 Del sol que alumbra tu frente,
 Del sol que vela tu sueño,
 Yo descendiera con ella
 A tus cavernas, Toledo,
 A disipar las tinieblas
 De ese incógnito misterio;
 A encontrar allá en el fondo
 Los despedazados restos

De alguna historia trazada
 Por manos de tus abuelos;
 A remover los escombros,
 Y á buscar debajo de ellos
 Testimonios de tus glorias
 Y de tu gran valimiento.
 Páginas con sangre escritas,
 Que ha medio borrado el tiempo,
 Y ahora deletreamos
 Con religioso respeto,
 Testigos que preconizan
 Los altos é ilustres hechos
 De tus honrados mayores,
 De nuestro valiente pueblo:
 Del pueblo que, aún hoy soñando
 Con tus preclaros recuerdos,
 Combate y vence á la sombra
 De tus arruinados templos.
 Yo te saludo, ciudad;
 A tus plantas me prosterno,
 Y te demando la vénia
 De penetrar en tu seno,
 De registrar tus rincones,
 Tus caminos encubiertos,

Tus fortalezas moriscas
 Y tus palacios iberos.
 Yo te saludo : á mi paso
 Abre las puertas, Toledo;
 Que quiero aspirar el polvo
 Del siglo décimotercio.

LAS DOS PUREZAS.

Cierta mañana decia
 A otras flores la azucena :
 «Yo crezco pura y serena
 Ante las luces del dia;
 »Mi hermoso cáliz se ensancha
 Siempre que el viento lo agita;
 Ni el huracan lo marchita,
 Ni el rayo del sol lo mancha.»

Y una tierna sensitiva
 Dijo temblando despues:
 «Tambien mi corola es
 Hermosa, pura y altiva;
 »Pero los rayos del sol
 Secando mi aroma están,

Y el beso del huracan
Mancha mi casto arrebol.»

Y Dios, que allá en lo profundo
Este coloquio escuchaba,
Mientras el cuadro pintaba
De los jardines del mundo,

Mandó á las flores preciadas
Que de su cáliz las puertas
Tenga la azucena abiertas,
La sensitiva cerradas.

Á DOLORES.

Tengo extendido en el alma
Todo un cielo de inquietudes,
Donde el sol de la esperanza
Sus claros rayos no luce,
Porque mis negros pesares
Le visten de negras nubes,
Y ya no le dan tus ojos,
Reflejos para sus tules;
Porque mi patria está léjos,
Y en ella tu brillo encubres;
Porque tu ausencia me mata,
Sin que el recuerdo me cure;
Pues con ánsia de llevarla
Donde tu fuego la alumbre,

Te mando el alma, y con ella
 Tambien mis recuerdos huyen;
 Y en el hueco de mi pecho
 Sólo el corazon produce
 Un seco y débil latido,
 Que cuando nace sucumbe.
 ¡Si vieras, hermosa mia,
 El dolor que mi alma sufre,
 Las lágrimas que derrama,
 Las penas que la consumen,
 Cuando sobre mí la noche
 Su triste fulgor difunde,
 Y abre sus ojos de estrellas
 Que palpitando relucen,
 Y oigo la voz de los vientos
 Que sorda y lejana ruge,
 Y nubarrones oscuros
 Sobre mi frente se hunden!
 Entónces, en tí pensando,
 Del fondo del alma surge
 Un apagado suspiro,
 Que entre tormentos acude
 A dar al labio una tumba
 Donde sus ayes sepulte;

Que entre cadenas de lágrimas
 Atado en el pecho cruje,
 Hasta que roto en pedazos
 De llanto, á los ojos sube,
 Y deja escapar doliente,
 En sones gimiendo lúgubres
 Por los labios de los párpados,
 La voz de la pesadumbre.
 Escucha, hermosa doncella,
 Que siempre presente tuve
 En estas horas amargas,
 Que no há mucho fueron dulces,
 Vaga imágen de mis sueños,
 Inspiracion de mi númen,
 La que por doncella encanta,
 Y por hermosa presume.
 Si no he de ver el tesoro
 Que de bellezas reunes,
 Y del beso de tu boca
 No he de aspirar el perfume;
 Si de tus brillantes ojos
 No he de contemplar las luces,
 Ojos tan provocadores,
 Que cuando á mirarte acudes

En los cristales del agua,
 Te enciende en rubor su lumbre;
 Si no he de subir al cielo
 En brazos de tus virtudes,
 Que nunca torne á mi patria,
 Ni sus campiñas salude,
 Ni mire flotar la espuma
 De los mares andaluces,
 Ni vuelvan á ver mis ojos
 Aquellas alzadas cumbres,
 Escarpadas y soberbias,
 De sus montañas azules,
 Que el aire va coronando
 Con sus turbantes de nubes.
 No esperes que en la esperanza
 Consuelo á mis penas busque,
 Ni que á mi furia me entregue,
 Ni que airado al cielo culpe;
 Que es la muerte mi destino,
 Y ya el destino se cumple.
 Tengo extendido en el alma
 Todo un cielo de inquietudes:
 Tú eres el sol de mi cielo;
 Y pues de luto te cubres,

Mañana cuando la aurora
 De sombra al mundo desnude,
 Diré á la aurora llorando,
 En queja sentida y fúnebre:
 «Deten tus rayos, con ellos
 No mis ilusiones turbes;
 Que en el mundo empieza el día,
 Pero en mi vida concluye.»

Á DON EMILIO CASTELAR

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

Oye : sus ondas desatando el viento,
Allá en los senos de la noche avanza :
Parece que en gigante movimiento
Y arrebatados giros,
Ayes, rompiendo las tinieblas, lanza,
Y que derrama por do quier suspiros.
Mira : las nubes su melena llevan
Flotando en el espacio, y en montones
Se juntan y se elevan :
Parece que, colgando sus girones
En la tumba que al mundo encierra inerte,
Por la extension callada
Tremolan en los aires de la nada
Los negros estandartes de la muerte.

Deten, Emilio, en los nublados ojos
 Y seca el llanto que sin tregua aumentas;
 Oculta de tu alma los despojos
 En este seno amigo:
 Yo sentiré tus penas cuando sientas,
 Yo cuando llores lloraré contigo.
 Pero entre tanto, ven, contempla ahora
 La terrible belleza,
 Las tenebrosas galas
 Con que adorna su faz naturaleza.
 Tiende la noche las enormes alas,
 Crujen los aires, la tormenta llora
 Sus copiosos torrentes en la altura,
 Brama la mar y su cubierta oprime
 Con rudo y sordo acento;
 Llevada en brazos de los ecos gime
 La débil voz del desmayado viento,
 Y en la elevada cumbre
 Del cielo un fuego ondea,
 Que á través del espacio centellea,
 E irradia oscura, indefinible lumbre;
 Y luego entre los aires se condensa
 Un fantasma fatal: bajo su planta
 El orbe tiembla, la creacion se humilla...

Es que lúgubre, inmensa,
 La tumba de la vida se levanta,
 Es el espectro del dolor que brilla.
 Allí yace tu amor, amigo mio.
 ¿No es verdad que el dolor tiene su goce?
 Ese loco, insensato desvarío,
 Esa pena cruel, pena sublime,
 Que el mundo indiferente desconoce,
 Ese terrible torcedor que oprime
 Al triste corazón entre los mares
 Do brotan y se agitan los pesares,
 Ese dolor que á la ilusion perdida
 Junto al goce de ayer abre la huesa,
 Que retiene á la vida
 Bajo su brazo yerto
 Con las cadenas de la angustia presa,
 Esa amargura que del pecho hace
 Un sepulcro desierto
 Do solo el alma cual cadáver yace,
 ¿No son tambien, amigo, una ventura,
 Cuyo rico ropaje borda el llanto
 De horrorosa hermosura?
 ¡Dicha fatal, do apaga con espanto
 Su luz la vida, do la muerte empieza;

Placer grande y profundo,
 Más grande en su fantástica belleza
 Que el mentido placer que sueña el mundo!
 Si ese pesar, delirio de la suerte,
 Que va la flor de tu vivir secando,
 Que con sus hojas su sepulcro viste,
 Que la arrastra á la muerte,
 Pedazos hecha tu ilusion dejando,
 El mundo no comprende, tu voz triste,
Era mi madre, gemirá, mi madre;
 Y á este grito doliente,
 El mundo entero inclinará la frente,
 Y aunque poco le cuadre,
 Hará justicia á tu dolor eterno,
 Pues sabe que Jesus fué un hijo tierno
 Que vino al mundo y que adoró á su Madre.
 ¿No te acuerdas, Emilio, de los días
 De la ventura y la niñez pasados,
 Cuando tu tierno rostro reposabas
 En sus brazos amados;
 Cuando un sueño dulcísimo y sereno
 Y apacible gozabas
 En su adorado y cariñoso seno;
 Cuando, aspirando de su amor la esencia,

En sus ojos veías
 Reflejarse la luz de tu inocencia;
 Cuando tranquilo tu ilusion mecías
 En su puro embeleso,
 Y adornabas tu frente
 Con el suave y regalado ambiente
 Del tibio aroma de su casto beso;
 Cuando ¡oh fugaces, deliciosos días!
 Tú en su dicha soñabas,
 Y al mirar su sonrisa sonreías,
 Miéntras ella jugando
 Iba con tus cabellos
 Los rayos de su amor entrelazando?
 ¡Emilio! ¡qué placer! ¿te acuerdas de ellos?
 Huyeron... Sin embargo,
 El alma está de su recuerdo llena,
 Y yo con la memoria
 De la pasada historia,
 Más acrecienta tu pesar amargo,
 Añado más angustias á tu pena,
 Aumento tu afliccion acerba y triste;
 Porque quizás el llanto que derramas
 Es el único lazo que aún existe
 Entre el dolor presente

Y aquel perdido bien que tanto amas;
 Porque tu voz doliente,
 Que siempre por tu madre al cielo ruega,
 Asciende rauda y á tu madre llega,
 Y al escucharla siente
 De abrazarte en el cielo la esperanza,
 Y aspira con placer la religiosa
 Plegaria débil que tu labio lanza;
 Y el beso que murmura
 Sobre la yerta losa,
 Recoge con afán su sepultura.
 Si es verdad que los tiernos corazones
 Por el amor unidos
 Enlazan en el mundo sus latidos
 Con cadenas de bellas ilusiones;
 Si alguna vez también la paz serena
 Vela su dicha con modesta nube,
 ¿Por qué — tú me dirás — esta cadena
 Que atada está á mi pecho, al cielo sube,
 Y mi contraria suerte
 Entre su puro azul la ve perdida?
 Porque, Emilio, es la muerte
 La postrera ilusión de nuestra vida.
 Ese suspiro que del pecho inquieto

Exhalas por tu daño,
 Es el sordo crujido
 Que desgarrá estridente el esqueleto
 De un corazón herido
 Por la mano fatal del desengaño.
 Ve : de tu seno se derrama y crece
 Y se remonta en la extensión serena.
 Mira : en los aires su clamor se mece,
 Y rueda por la altura;
 Brama su voz y el universo llena;
 Porque el mundo es no más la sepultura
 Donde yacen los restos de los males,
 Y que tiñen de pálido topacio
 Cual cirios funerales
 Los gigantes flámeros del espacio;
 Y ese sol que entre pliegues va cayendo
 Del alto cielo por la inmensa frente,
 Sus rayos recogiendo
 En el oscuro lecho de Occidente,
 Es el postrer quejido de agonía,
 Que entre los mantos de la sombra opaca
 Lanza la luz al espirar el día;
 Y el cóncavo cenit que se derrumba
 Por la redonda zona,

Es tan sólo la lúgubre corona
 Que gravita en la piedra de esta tumba;
 Y ese monton de luminarias bellas
 Que, enredadas en cifras misteriosas
 Derraman las estrellas,
 Son las letras del lívido epitafio
 Que Dios trazó con el pincel del viento
 Sobre la losa azul del firmamento.
 Ven, ángel de la muerte,
 Bate tus alas cual sudario blancas,
 Ven á acabar tu obra :
 El hijo fiel á quien su madre arrancas,
 Que sólo goza con la horrible suerte,
 Ansia morir, y hasta el dolor le sobra.
 Emilio, adios : te dejo;
 Pero al dejarte en tu afliccion terrible,
 Voy á darte un consejo, si es posible
 Que salga de mis labios un consejo.
 Aleja de tu mente esos alardes
 A que te entrega insano el desvarío :
 La desesperacion, amigo mio,
 Es el solo valor de los cobardes.
 Cuando en la sorda, solitaria noche,
 Estés en tu aposento,

Puesta la vista en el tizon que humea
 Ardiendo en la dorada chimenea,
 Y recojas tu pecho al sentimiento;
 Cuando la luz dudosa que vacila,
 Dando sombra á los mármoles, devore
 La lágrima que llore
 Tu cansada ardentísima pupila;
 Cuando en tu madre pienses, y suspires;
 Cuando con mudo espanto
 Su bella imágen reflejarse mires
 En los turbios cristales de tu llanto;
 Cuando te entregues á la incierta calma
 De tu sueño doliente,
 Y sientas ¡ay! acariciar tu frente
 Los fragantes efluvios de su alma,
 Nunca su voz tu oído desatienda,
 Que te dice al brindarte su consuelo,
 Mostrándote la gloria : *ésa es tu senda,*
 Y *ésta es mi gloria*, al señalarte el cielo.

EL CIELO.

Dijo Dios : « La gloria santa,
Que en mi derredor se agita,
Quiere una alfombra infinita
Donde reposar su planta. »

Y dijo el mundo : « Ambiciono
Que, colgado en el espacio,
Tenga un techo mi palacio,
Y tenga un dosel mi trono. »

Los ángeles esto oyeron,
Y, al pié de su excelso coro,
Con sus cabellos de oro
Inmensa gasa tejieron;

Y, llenándola de rojos
Y de blancos resplandores,
Pusieron en sus colores
Todo el azul de sus ojos;

Y luego con ricas galas
Allí las nubes bordaron,
Y en las nubes derramaron
Todo el nácar de sus alas;

Y en la bóveda azulada
Pusieron sus leves huellas,
Y en la luz de las estrellas
Los rayos de su mirada;

La gasa flotó al azar,
Y el sol y la luna fueron
Los florones que prendieron
Su ondulación al flotar;

Y, en fin, con el ancho velo,
Que en la extensión se perdía,
Los ángeles aquel día
Dejaron formado el cielo,

Y lo extendieron en pos
Por los ámbitos profundos,
Para dosel de los mundos
Y para alfombra de Dios.

¡Á SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

Mirad. El sol que se eleva
De los mares del Oriente
Lleva impresas en la frente
Manchas de sangre. Mirad.
Y entre los pliegues del viento
Rueda el eco comprimido
De un gigantesco gemido
Que murmura : «¡ Libertad !»

¡ Al Oriente ! Ya mi espada
Quiero blandir , ya sacudo
El polvo del viejo escudo :
Venid , naciones , en pos ;
Que allí se derrumba un pueblo ,

Cuya oscilante cabeza
Con inmutable fijeza
Señala el dedo de Dios.

Pueblo, que dormido canta,
Atado á sus tradiciones
Con dorados eslabones
De molicie y de placer;
Torvo cadáver, que arrastra
Por los mundos del olvido
Un sudario, guarnecido
Con los recuerdos de ayer.

Él posó sobre el sepulcro
De Cristo su planta osada,
Rompiendo la noble espada
De nuestros padres al pié;
Él fabricó mis cadenas,
Él atravesó los mares,
Para violar mis hogares,
Mi libertad y mi fé.

Mas él mirará temblando
Que al nacer el nuevo día,

La cruz en Santa Sofía
Mis hijos elevarán;
Y buscará en el desierto
Con los ojos espantados
Los restos desparramados
De las hojas del Koran.

Ayer á ese pueblo altivo
Retó mi ardiente impaciencia,
Y un giron de independencia
De sus manos arrancó:
Y hoy contemplo que sepulta
A mis hermanos sangrientos,
Bajo los rotos fragmentos
Del pacto que ayer firmó.

¡Oh mengua! Caballo, avanza,
A vengar nuestro quebranto;
El polvo del Asia es santo,
Y quiero aspirarlo ya.
Cruja el aire en la bandera:
Avanza, caballo, avanza;
Que hasta el hierro de mi lanza
Ardiendo en rubor está.

Quiero besar las montañas
 Que mis abuelos pisaron;
 Los templos que ellos alzaron
 De hinojos saludaré;
 Y entre sus pardas rüinas
 Resonará mi plegaria,
 Y á su sombra solitaria
 De mi afan descansaré.

Sangriento el Líbano arde
 Al fuego del torpe crimen,
 Las ásperas selvas gimen
 Al eco de la impiedad:
 Para lavar esa sangre,
 Para apagar ese infierno,
 Es necesario un eterno
 Diluvio de libertad.

Hoy, al fin, de la justicia
 Resuena la voz tremenda:
 ¡Ay del pueblo que no atienda
 La señal de la expiación!
 ¡A la Siria! Ven, Europa;
 Que esas razas han dejado

Escritos en tu pasado
 Muchos siglos de baldon.

Y aún infesta nuestros lindes
 Su enorme cadáver yerto:
 Arrastrémosle al desierto,
 Y desde el desierto al mar:
 No más tregua; que si el hombre
 Ha de cumplir su destino,
 Debe en su largo camino,
 Lidiar y siempre lidiar.

Alzad, naciones: la hora
 Que tanto esperó mi anhelo,
 Ha sonado ya en el cielo:
 Dios me llama, Dios me ve.
 Mañana estaré en el Asia,
 Y, con la voz poderosa
 De nuestro siglo, á la losa
 De su tumba llamaré:

«¿Soñasteis, razas de Oriente,
 Encadenar la conciencia?
 Libertad á mi creencia,

Y á la vuestra libertad;
 Luchemos, y que mañana
 Derrame sus resplandores
 Sobre un desierto de errores
 La estatua de la verdad.»

Y, si caigo, habré acatado
 La voz de la patria mia.
 ¿Perecerán algun día
 Mi justicia y mi virtud?
 ¿Acaso no habrá un poeta
 Que cante al mundo mi historia?
 ¡Qué importa! El sol de la gloria
 Coronará mi ataud.

LOS DOS ROMEROS.

TRADUCCION DEL CATALAN.

Camino de la Fuensanta
 Los dos desposados van
 A hacer decir una misa
 En aquel sagrado altar.
 Suben y suben con pena;
 Mas suben sin descansar;
 Que ya la aurora, de plata
 Bordando el Oriente está.
 Vestidos van de romeros,
 Que fué promesa formal,
 Si la Virgen con un hijo
 Premiaba el paterno afán.
 Embarazada va ella,
 Y de muchos meses ya;

Mas no sabe á punto fijo
 Cuándo ni qué parirá.
 Y quiere ver á la Virgen,
 Quiere á sus plantas rezar,
 Quiere aprender en sus ojos
 La suerte y felicidad
 De aquello que en sus entrañas
 Está oyendo palpar.
 Y suben, suben con pena;
 Mas suben sin descansar:
 La romera va descalza,
 Descalzo el romero va.
 Llevan rosarios benditos
 Con las cuentas de coral
 Al cuello, y en cada mano
 Un encendido cirial:
 La romera va delante,
 Y el romero va detras,
 El alma puesta en el cielo,
 La fe grabada en la faz.
 Y suben, suben con pena;
 Mas suben sin descansar.
 Vuelven por fin una cuesta
 Que sobre la vega da,

Y ven que, allí, rodeada
 De trémula claridad,
 En carne y forma mortales
 La hermosa Virgen está.
 «Santa Virgen, santa Virgen,
 Rica fuente de bondad,
 Decid: ¿será niña ó niño
 Lo que de mí nacerá?
 Y si es niño, ¿será cura,
 Mercader ó capitán?
 ¿Será noble, será obispo,
 Será duque ó cardenal?
 —No será, dijo la Virgen,
 Ni cura, ni capitán,
 Ni noble, ni mercader,
 Ni duque, ni cardenal;
 Será un ángel de los cielos,
 Que á mi lado cantará.»

Y es fama que la romera
 Parió un niño celestial,
 Que al nacer cerró los ojos,
 Partiendo á la eternidad.

CRUZANDO EL MEDITERRÁNEO.

¡ Hermosa noche! por oriente asoma,
De bruma envuelta en anchurosa franja,
Y cruzando sus velos en la altura,
Do quiera tibia oscuridad derrama.
Huye la luz, bordando las esferas
Con ricas orlas de colores várias,
Y en los mares revueltos del ocaso
La refulgente cabellera baña.
Tenida en rayos de ilusion, desea
Flotar ligera en la extension el alma,
Rasgar los tules y aspirar los gratos
Frescos aromas que suspende el aura.
Tiembla la brisa de placer, meciendo
Los blandos pliegues de ondulantes gasas;

Partiendo sombras, las espesas nubes
 El aire en cintas de arrebol desgarras,
 Y el cielo por encima de los orbes,
 Corona de diamantes, se destaca.
 ¡Hermosa noche! las estrellas brotan
 Cual copos de zafir, rosas de nácar,
 Que al perfumado ambiente de los cielos
 Sus pétalos de chispas abrillantan.
 La luna, su fulgor pálido y triste
 Rompiendo, bellos tornasoles lanza,
 Floron do cuelgan los perdidos paños
 Que en la bóveda inmensa se desatan,
 Encantada azucena, sol de nieve,
 Globo de luz de rutilante plata,
 Águila de la noche, que tendiendo
 Allá en lo azul con majestad las alas,
 Reposa sus miradas sobre el mundo;
 Que entre velos de lumbre pura y blanca,
 Y en los brazos mecida del espacio,
 Con sueño arrobador, muda descansa;
 Y sus rayos en hilos destilados
 Por el ténue vapor rielando pasan,
 Y mil plumas fantásticas dibujan
 Del mar tranquilo en las azules aguas.

El mar, undoso ceñidor celeste
 Que con sus lazos á la tierra abarca,
 Y colgada, en los cielos la suspende,
 Con un giron del firmamento atada;
 El mar, la losa del sepulcro inmenso
 Que el cadáver del mundo encierra y guarda,
 Do sus copas altísimas cimbrean,
 Cual sauces de la muerte, las montañas;
 El mar, que empaña su cristal bramando,
 Al aliento que el aire desparrama,
 Sepultando una ola en otra ola,
 Que se pierden gimiendo en sus entrañas,
 Cual del triste los míseros gemidos
 Se pierden en el mar de la esperanza.
 Allá, extendida en la dudosa línea
 Que en el vasto horizonte se señala,
 Donde las ondas apacibles mueren,
 Donde se besan con amor las aguas,
 Cual tierno corazon que infunde vida
 En el gigante mundo, late Italia.
 Pedazo de la lumbre de la gloria
 Que las cenizas de la tierra inflama;
 Mentira hermosa, del Eden caída;
 De una bella ilusion sagrada estatua,

Que yace sepultada entre ilusiones;
 Lira doliente, melodiosa arpa,
 Que del cielo en la crespada cabellera
 Sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
 Hasta tanto que al mundo desprendida,
 Osaron los tiranos desgarrarla,
 Para tejer con ella sus coronas,
 Para cubrir de su borron la infamia.
 Y hoy sus tonos armónicos anega
 Entre el llanto inmensísimo que abrasa
 Los senos de la mar, como los mártires
 Anegan sus quejidos entre lágrimas;
 Y hoy descansa en monótona agonía,
 Con laureles de espumas coronada,
 Blancas flores del campo de los mares,
 Que su perfume de murmullo exhalan;
 Y al aire da su llanto dolorido,
 Y al aura dice, si la besa el aura,
 Que pida al cielo libertad y vida,
 ¡Ay! porque vida y libertad le faltan.

DE LA NOCHE AL DIA.

I.

Duerme la luz; es la hora
 En que el universo corre
 A plegar en el ocaso
 Su estandarte de colores;
 El ocaso, paño inmenso
 De ondulantes pabellones,
 Lecho de tantas tinieblas,
 Sepulcro de tantos soles:
 Hora en que unidos contemplan
 La calma augusta del orbe
 Los árboles en el campo,
 Los pájaros en el bosque,
 Y las olas en los mares,
 Y en los jardines las flores;

En que, tendiendo sus alas
 Por el confuso horizonte,
 Bajan á tejer las nubes,
 Mezclando negros crespones,
 Con peñascos de oro y nácar,
 Diademas para los montes;
 En que entre mantos de nieblas
 El crepúsculo se esconde,
 Último rayo del día,
 Primer matiz de la noche;
 En que el azul de los cielos
 Chispas vivísimas rompen,
 Dulces ojos de los ángeles,
 Que al mundo miran entónces.

II.

Huye la tarde, impelida
 A los lindes de occidente,
 Llevando al sol en la frente,
 Y en los suspiros la vida.

Sigue la noche sus huellas,
 Y en los espejos del mar

Se va mirando, al pasar,
 Con su corona de estrellas;

Y arrastra por las alfombras,
 Que el mundo á sus piés dilata,
 Una guirnalda de plata
 Y una túnica de sombras;

Y baña la luna el suelo,
 Pálida antorcha extinguida,
 Como lágrima perdida
 Que el sol derramó en el cielo.

Y pasa el tiempo, y la hora
 Llega, por fin, en que ufana
 Se despierta la mañana,
 A los besos de la aurora.

III.

¿Por qué las aves exhalan
 Sus armoniosos gorjeos?
 ¿Por qué derraman las flores
 Blandos perfumes al viento?

¿Por qué se agitan los árboles?
 ¿Por qué repiten los ecos
 El murmullo de los bosques
 Entre los mares violentos,
 Y elevan doquier los mundos
 Cantos de amor y misterio?
 Es que las plantas del día
 Pisan del orbe el lindero,
 Es que los ojos que daban
 Tibio albor al universo
 Ocultan sus áureos rayos
 Entre los pliegues del sueño,
 Y el mundo mira otros ojos
 Resplandecer en el cielo.
 Es que los cierran los ángeles,
 Es que los abre el Eterno.

ITALIA.

Habla, patria del arte : el mundo espera
 Que eleves á la gloria,
 Hendiendo el aire, tu triunfante grito;
 Rompa tu diestra la azulada esfera,
 Y escriba para siempre tu victoria
 En la frente inmortal del infinito.
 Clavado el sol en la celeste cumbre,
 Escucha el anatema
 Que lanzas á tus fieros opresores.
 ¿No ves, Italia, palpitar su lumbré,
 Fundiendo la diadema
 Y el cetro de oropel de tus señores?
 Cuando vas la cabeza
 Entre las sombras de la noche alzando,

¿No ves al firmamento tu proeza
 Con sus ojos de estrellas contemplando;
 Y que rasgando la tiniebla oscura,
 Vítores mil la tempestad derrama,
 Y que aplauden tu fama,
 Chocándose, las nubes en la altura?
 Es que el Dios de los mundos soberano,
 Los espacios abriendo
 Con su brazo terrible, va moviendo
 La obediente á su voz naturaleza,
 Y que, al bajar su omnipotente mano,
 Al pueblo que ambiciona
 Libertad y grandeza,
 Con su divina bendicion corona.

Harto tiempo dormistes arrullada
 En brazos de las aguas, olvidando
 Que tus vanos señores
 Aspiraban la esencia regalada
 Y el néctar puro y blando
 Del perfume oloroso de tus flores;
 Harto elevaste á su poder altares
 Mientras tus héroes á su voz morian,
 Y tu seno de vírgen oprimian
 Las azules cadenas de los mares;

Harto tiempo tuviste
 Al hierro atadas las hermosas manos;
 Harto la esclava favorita fuiste
 Del asqueroso harem de los tiranos.
 Habla, pueblo, por fin; ésta es tu hora;
 No esperes que otro sol haya quemado
 De tu vida otra página doliente,
 Si no es ¡oh Italia! que el que luce ahora,
 Y su fulgor por la extension ensancha,
 No basta ya para alumbrar tu frente,
 Que acaso está velado,
 De tu vergüenza con la horrible mancha.

¿No sientes el confuso devaneo
 Y el desórden profundo
 Que en las ondas del viento se engrandece,
 Y que en vago mareo
 Va erizando los ámbitos del mundo?
 ¿No ves la idea que robusta crece
 En hombros de los pueblos, las naciones
 A la lucha aprestarse, las almenas
 Y los solios temblar, y las prisiones
 Con estrépito abrirse, y entre tanto,
 Al sacudir los siervos sus cadenas,
 Turbarse el dictador con mudo espanto

En su delirio ciego?
 ¿No ves brillar el fuego
 De los valientes que la Europa encierra,
 Y en sangre rebosar tu suelo mismo,
 Y á los déspotas todos de la tierra,
 Que cejan con horror ante el abismo?
 Y ¿no ves á tus plantas los despojos
 De poderes hundidos,
 Y que la nueva luz brilla en tus ojos,
 Y que el canto solemne de victoria
 Arrogante resuena en tus oídos?
 ¿Por qué tus brazos con ferviente anhelo
 No elevas hasta el cielo,
 A alcanzar los laureles de la gloria?
 ¡Al arma, Italia! tu febril pujanza
 Desata en la pelea;
 Que el signo de tu nombre y tu esperanza
 Eterno espanto á los soberbios sea.
 Hierva tu fuego hasta el nevado polo,
 Arroja á los tiranos de la tierra,
 Clava tu pié sobre su frente impura,
 Y déjales tan sólo
 El sangriento sudario de la guerra
 Para cubrir su horrenda sepultura.

Dios batalla por tí; será tu causa
 La sacrosanta libertad del hombre,
 La patria de los ángeles tu gloria,
 La religion tu nombre,
 Las tumbas de los mártires tu historia;
 Serán tu escudo los flotantes velos
 Que cuelgan el cenit, tu grito el arte,
 Tus armas las de Dios, y tu estandarte
 La azulada bandera de los cielos.
 ¡Al arma, Italia! muestra coronada
 De laurel victorioso tu cabeza
 A los que así te vieron ultrajada,
 Y rueden á la nada,
 Cegados por la luz de tu grandeza.
 Pero ¡guay, oh nacion! que entre el tumulto
 De la guerrera tempestad deshecha,
 Con el puñal oculto
 Dentro del negro y pavoroso seno,
 Otro tirano con teson te acecha.
 Esa voz con que aplaude tu victoria,
 Esos dulces halagos, son veneno
 Que te ofrece, y la copa embalsamada
 Con que quiere embriagar tu sed de gloria,
 En que tienes quizá los labios fijos:

Esa pócima, Italia, está mezclada
Con la preciosa sangre de tus hijos.

¡Despierta, pueblo! y pues á Dios le plugo
Libre formar al hombre, fuera mengua
Que oprimiera la lengua
De otro poder el vergonzoso yugo.
Los hombres de este siglo, los que vieron
Del Eterno la esencia,
Bordando los confines de la ciencia,
Que anhelantes buscaron,
Y que al fin en sí mismos descubrieron;
Los que conciencia de su sér formaron,
Irán sin duda, en el hermoso día
Que oculta entre sus sombras el destino,
Al santo templo del poder divino,
Con su razon por guía,
En la frente grabado su derecho,
Y el grito ¡libertad! sobre su pecho.
¡Habla, patria del arte! ¡libre sea
De manchas de baldon tu faz galana,
Lava con sangre el profanado suelo,
Su cetro á los soberbios arrancando,
Y que el mundo te vea
A los aires del cielo

El estandarte tricolor lanzando,
O el mundo de mañana,
Al nacer otro sol, te verá muerta!
¡Sal, en fin, del sepulcro de tu historia,
Y á la voz resonante de la gloria,
Despierta, Italia; libertad, despierta!

NUBES.

Me gusta ver el cielo
Lleno de nubes
Del color de la rosa,
Blancas y azules.
Rosa es tu pecho,
Azules son tus ojos,
Blanco tu seno.

Y al no ver tus hechizos,
Quiero, en mi anhelo,
Ver al ménos las nubes,
Y miro al cielo.
¡Oh suerte dura!
Me faltan ¡ay! las nubes
De tu hermosura.

INSPIRACION.

¿Veis á la tierra, por do quier creciendo,
Cómo empuja los anchos horizontes,
Y cómo, en ondas su extension rompiendo,
Brotan los montes?

Es que el mundo, de hinojos humillado,
A su Hacedor eterno para honrar,
Con luces de volcanes adornado,
Alza un altar.

¿Veis esos campos, ricos en colores,
Velados por celajes de perfume,
Que el aire arrebatando de las flores,
Leve consume?

Es que las auras con su esencia bella
 Tiñen de azul y de esmeralda el suelo,
 Y bordando una flor por cada estrella,
 Copian al cielo.

¿Veis ese sol que bulle en el espacio,
 Fundiendo en oro la tiniebla oscura,
 Y con rayos de nácar y topacio
 Rasga la altura?

Es que rompiendo en fúlgida belleza
 Su techumbre de encajes ilusoria,
 Oprimida de Dios por la grandeza,
 Se abre la gloria.

¿Veis á la noche oscurecer la esfera,
 Y alzarse de los ámbitos profundos,
 Arrastrando su negra cabellera
 Sobre los mundos?

Es que de tanta inmensidad medrosa,
 Temblando la creacion con mudo espanto,
 Para cubrir la faz majestuosa,
 Tiende su manto.

¿Veis la tormenta que en los aires truena?
 ¿Veis desatado al aquilon bramar,
 Y cómo en cárcel de revuelta arena
 Cruje la mar?

Es que la mar, la tempestad y el viento,
 Uno del otro reluchando en pos,
 Con acorde y gigante movimiento
 Cantan á Dios.

CANTO DEL PROSCRITO.

Hogares, patria, ilusiones,
Que ayer mecisteis mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Hoy cruzo el mundo al azar.

Para sentir vuestro encanto,
Para aspirar vuestro aliento,
Vuela mi audaz pensamiento
Sobre las ondas del mar.

Él os dirá que camino
Solo con la pena mía,
Sin otro norte ni guía
Que el rigor de mi destino.

Yo le vi léjos perderse,
De la tarde con las brumas,
Rodar entre las espumas,
Sobre las aguas mecerse.

Y desaparecer le vi
Allá, en el azul del cielo,
Para pedir un consuelo
Al lugar donde nací.

Así mi anhelante idea
El ancho espacio recorre,
Hasta posarse en la torre
De la iglesia de mi aldea;

Hasta dormirse al cariño
De aquellos sitios, que fueron
Donde fugaces corrieron
Mis tiernos años de niño.

Vi, al dejarlos, el espanto
De mi triste anciano padre,
Y los ayes de mi madre,
Y de mis hijos el llanto.

De una esposa el desvarío
Vi, que en mis brazos lloraba,
Y un corazon me entregaba,
Que llevo aquí junto al mio.

Vi mis recuerdos chocarse,
Entre delirios romperse,
En vapores deshacerse,
Y de mi mente borrarse.

Y por el mundo, contino
Arrastro la pena mia,
Sin otro norte ni guía
Que el rigor de mi destino.

Cuando á la más alta peña
Subo, del lejano monte,
Que clava en el horizonte
Su ruda y áspera breña;

Cuando á todas partes miro,
Midiendo la inmensidad,
Y el viento de libertad,
Que da en mi frente, respiro;

Blancas y pobres cabañas
Van mis ojos alcanzando,
Que se levantan bordando
La falda de las montañas.

Allí en la selva escondida
Se agitan miles de seres,
Que entre sencillos placeres,
Felices pasan la vida.

El pesar, con su rigor,
Su ánimo noble levanta,
Pues muchas veces encanta
La sencillez del dolor.

Mas ¡ay! que viste á los llanos
De luto la sombra opaca,
Y es la sombra que destaca
El poder de los tiranos.

Ellos, en su presa fijos,
Del hombre cubren los ojos,
Para tomar por despojos
El pan y honor de sus hijos.

Ellos de sangre un tesoro
Llevan en su diestra impura,
Y ocultan la mancha oscura
Bajo su manto de oro.

Vosotros, cuya venganza
Ahogar pretendió mi acento,
Que en alas del vago viento
Hasta los cielos se lanza;

Los que oscureceis mi estrella,
Los que me robais la calma,
¿Podréis robarme esta alma,
Y el ódio que guardo en ella?

Si de la desgracia en pos
Dirijo la planta mia,
Vuestro poder no me guía,
Es la voluntad de Dios.

Y mientras ciegos temblais,
Yo soy libre, mi voz canta,
Y este acento se levanta
Hasta el solio que manchais.

Mejor trono es esta roca,
Y es más libre mi destierro
Que ese raquítico encierro,
Donde el poder os sofoca.

¿De qué sirve vuestro anhelo,
Si Dios al hombre ha dotado
De un corazón perfumado
Con los aromas del cielo?

¿Por qué vuestro pecho gime
Con ese afán espantoso?
¿Qué torcedor misterioso
La régia sien os oprime?

Es que ya se desmorona
La maldición del Eterno,
Y os sepulta en el infierno,
Porque os pesa en la corona.

¡Ah! si dispone la suerte
Que vuestro delirio ciego
Apague mi voz de fuego
Con el hielo de la muerte,

Sonará en la inmensidad
Ese acento que os espanta,
Al cortar en mi garganta
El grito de libertad.

Y la constante memoria
De mi sangre derramada,
En vapores condensada
Al resplandor de la gloria,

Caerá, cual justo anatema,
En terrible lluvia hirviente,
Sobre esa pálida frente,
Que escondeis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,
Oiréis mi tremendo grito,
Que, en un tormento infinito,
A vuestra conciencia llama.

Y en el sol que desaparece
Del ocaso por la zona,
Veréis la hermosa corona
Que el cielo en mi losa ofrece.

Y en el nubarron que zumba
Allá en la extension vacía,
El sauce que Dios envía
Para cobijar mi tumba.

Seguid, asidos al trono,
Devorando vuestra vida,
Pálida luz extinguida
Al fulgor de nuestro encono;

Yo, léjos de los hogares
Que ayer mecieron mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Cruzaré el mundo al azar;

Y para sentir su encanto,
Para respirar su aliento,
Volará mi pensamiento
Sobre las ondas del mar.

VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

Debe ser consolador
A un corazon, en verdad,
Dar latidos de amistad
Entre latidos de amor;

Que en la hermosa juventud
Nacen en el corazon,
El amor, de una pasion,
La amistad, de una virtud.

Y el alma que al par encierra
Pasion y virtud tan pura,
Debe hacer de una criatura
Un ángel sobre la tierra.

Yo miro en tí tanto bien :
 Perdona que te lo diga ;
 Tú eres, Emilia, una amiga,
 Tú eres amante tambien.

Y pues me llamas tu amigo,
 Y admiro en tí tal conjunto,
 Permite que de este asunto
 Hable un momento contigo.

Más que el amor, la amistad
 Dichosa y feliz se vió ;
 Porque ¿quién jamas unió
 Amor y felicidad?

La amistad no tiene celos,
 Que den al alma querellas ;
 ¿Los tienen, dí, las estrellas
 Del sol que rasga los cielos?

Su dulce melancolía
 Sólo placer atesora ;
 Nunca gime, nunca llora,
 Y si llora, es de alegría.

Y el amor, su desvarío
 Riega siempre con el llanto,
 Pues lo necesita tanto
 Como la flor el rocío.

La amistad es dulce y bella
 Como el rayo delicado
 De una estrella, que á su lado
 Deja brillar otra estrella.

Y el amor es como el sol,
 Que no permite, en sus celos,
 Que bañe los altos velos
 De otra luz el arbol.

La amistad es un placer
 Que sin pasiones reposa :
 Por eso es rara y preciosa
 La amistad en la mujer.

Y el amor es un dolor
 Que al alma de luz corona :
 Por eso el alma ambiciona
 Sufrir dolores de amor.

¿Qué pasa en el sentimiento,
 Cuando este dolor le inflama?
 ¿Por qué goza, cuando ama,
 De tan sublime tormento?

Es que ardiendo en emociones,
 El pecho se abrasa y gime,
 Porque el latido le oprime
 Que lanzan dos corazones.

Es que manan sus latidos
 Arroyos de sangre rojos,
 Que suben luego á los ojos,
 En lágrimas convertidos.

Es que se entrega doliente
 La razon al devaneo,
 Pues las sombras del deseo
 Borran la luz de la mente.

Es que va la fantasía
 Subiendo por una escala,
 Toda flores, toda gala,
 Toda ilusion y poesía.

Es que en delirante anhelo
 Tierno el corazon se mece;
 Es que el alma se engrandece
 Hasta tocar con el cielo.

Es que piensa hallar allí
 La extrema felicidad.
 ¡Ay, Emilia! ¿no es verdad
 Que el amor se siente así?

Voy á partir: su rigor
 Mi pecho á tu pecho fia.
 Escúchame, amiga mia:
 Yo te encomiendo mi amor;

Mi amor, que Dios ha bendito;
 Mi amor, que es constante y ciego:
 Grande, inmenso te lo entrego;
 Devuélmelo infinito;

Pues tú, que sabes amar,
 Debes sin duda saber
 En dónde lo has de poner,
 Que yo lo pueda encontrar.

Mi voz no desoigas, no;
Adios, en fin, cara amiga,
Y que el cielo te bendiga,
Como te bendigo yo.

EL ECLIPSE DE SOL.

Vuela, gigante sol, rasga la zona
Bajo tu planta ardiente,
Y circunda las sienes de Occidente
Con las flores de luz de tu corona.
Vuela, sí; que medida
Tengo yo de tu brillo la existencia
En el reló infalible de mi ciencia.
Ya se acerca el instante : oscurecida
Tu faz brillante y bella
Veré pronto á mis ojos presentarse,
Y, retratado en ella,
Me ofrecerás tú mismo
El negro espejo del inmenso abismo,
Que miras á tus piés amontonarse.

Vuela, gigante sol : que todavía
 Pueda verte un momento
 En la frente posar del firmamento
 El rubio beso de la luz del día;
 Que pueda devorar con ciego anhelo
 Los torrentes de llamas
 Con que bordas é inflamas
 Los azules perístilos del cielo;
 Y en tus ondas de púrpura y de plata
 Mirar bañarse pueblos y lugares,
 Y derramarse en rauda catarata
 Desde la altiva cumbre,
 Dorando montes y tiñendo mares,
 El áureo polvo de tu hirviente lumbre.
 Ya de tintas el aire se engalana...
 Ya sonó la señal... ¡Qué! ¿De tinieblas
 No te cubres, oh sol? ¿Será que al cabo
 El hombre se engañó?... ¡Sospecha vana!
 Porque tú, tan brillante y tan hermoso,
 Eres al fin, como materia, esclavo
 De eternas leyes, á que estás sujeto
 Con impotente calma,
 Y el hombre, victorioso,
 Apagará tu resplandor inquieto

Con los libres alientos de su alma.
 No vuelas, no; ya es tarde:
 No luce ya tu refulgente disco,
 Ni en la alta cima del breñoso risco
 El limpio fuego de tus rayos arde.
 ¿Qué pincel soberano
 De oscuridad te tiñe?
 ¿Qué indefinible sér, qué osada mano,
 Laurel de sombras á tu frente ciñe?

¡Espantosa vision! ¡cómo á mi mente
 Y á mis sentidos pasma!
 Allá, sobre los mundos, se dibuja
 Fatídica, imponente,
 La mole aterradora del fantasma,
 Cual el reflejo lívido y sombrío
 Que la mano de Dios proyecta enorme,
 Al posarse en el sol, sobre el vacío;
 O cual monstruo deforme,
 Que la luz de los cielos devorando
 Entre sus fauces lóbregas y oscuras,
 Y abriendo en lontananza
 Sus alas de crespon, por las alturas,
 De negras noches coronado, avanza,

Y se aproxima, y crece,
 Y un vértigo de fúnebres vapores
 Sobre mi frente deja,
 Y rápido se aleja,
 Y vuela, y desaparece
 Por mares y por lagos,
 La imágen de sus formas repitiendo,
 Y entre los aires vagos
 Su plumaje de nubes sacudiendo.

Todo, por fin, ante mi faz se oculta...
 ¡Qué instante!... El orbe yerto
 Queda, inmóvil y muerto,
 Y un sudario de nieblas le sepulta,
 Cuyos pliegues clavados
 En la alta cumbre del espacio quedan,
 Y montones de abismos hacinados
 Con sorda calma sobre el mundo ruedan.

¡Qué grande es el Señor! Esas alfombras
 De corpulentas sombras,
 Que cruzan la extension de polo á polo,
 Son, con su masa colosal y densa,
 Un átomo tan sólo
 Del polvo que su planta,

Al caminar por la region inmensa,
 De las celestes bóvedas levanta.
 Él ve desde su trono
 Inflamarse los ámbitos profundos
 Al lampo de sus fúlgidos destellos,
 Y las chispas de luz de sus cabellos,
 Al flotar en los aires, se hacen mundos.
 Y esos lucientes astros,
 Que tejen á sus piés una guirnalda
 De fuegos y alabastros;
 Esos globos de plata y esmeralda,
 Que en redor de su dedo misterioso
 Se revuelven y giran,
 Al leve soplo de su dulce aliento,
 Su luz, su gala y su color aspiran.
 ¡De rodillas, mortal! Oye mi acento,
 Y ante la gloria de tu Dios eterna
 Tu altiva sien y tu saber prosterna.
 No temas, no, caer; los otros seres
 No te hallarán jamas de tus poderes
 Ni de tu imperio falto,
 Aunque inclinar te miren el primero
 La frente ante tan grandes maravillas;
 Que es el hombre tan alto,

Que, aún postrado ante Dios, el orbe entero
Es mezquino escabel de sus rodillas.

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada
Con empeño terrible
Conservas de los mundos la mirada?
¿Será que ver no puedes impasible
Al crimen y al encono
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,
Ni agitados los mares,
Ni rotas las entrañas de la tierra
Al rudo golpe de implacable guerra,
Ni los santos altares
Del bien y del derecho destruidos,
Ni esas flores que, en campo de dolores,
Recogieron los pueblos oprimidos
Con sus invictas manos,
Marchitas en frescura y en colores
Al aliento mortal de los tiranos?
¡Ah, si tu faz pudiera
Contemplar otro mundo y otros hombres,
Al lucir otra vez sobre la esfera!
¡Si destacarse viera,
Sobre un manto de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frias,
Selladas con los nombres
Del poder y grandeza de otros días!
¡Inmensos restos del error pasado,
Despojos del destino,
Que el ronco canto de victoria alzarán,
Y eternos señalarán
A los futuros pueblos el camino!
¡Ah! yo también de mi canción el vuelo
Alzaría con éxtasis profundo,
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,
Dorara un sol de libertad al mundo.

Mas ¡qué miro! ¡De gotas argentinas
La bóveda se esmalta!
¿Es que, deshecha tu corona, salta
En pedazos de estrellas fulgurantes,
Sembrando los espacios de diamantes?
Cual brotan los errores y las penas
En medio de los hombres cuando oprime
El mal á la justicia, ó cuando gime
La voz de la verdad entre cadenas,
Así, cuando recoges tus fulgores
Con pálido desmayo,

Tú, sol, que no consientes
 A otros astros brillar resplandecientes
 Ante el fuego ardoroso de tu rayo,
 Miras bajo tus huellas
 Lucir hasta las tímidas estrellas,
 Que de tus propias galas se vistieron,
 Y en tu lumbre su lumbre recogieron.
 Mas pronto, por fortuna,
 Tornarás á la vida,
 Y apagarás su claridad mentida;
 Que una es la luz, cual la verdad es una.

Respiro al fin : ¡oh sol, bendito seas!
 Oye el grito vibrante con que el orbe
 Su ardiente gozo, al saludarte, muestra,
 Y al ver que, conducido por tu diestra,
 Radiante de belleza y de armonía,
 Rompiendo sombras, se adelanta el día.
 Cual guerrero gigante, de su manto
 Los anchos pliegues por el aire tiende,
 Y suelta en rizos, al azar desprende
 La roja cabellera de amaranto.
 A su solemne arribo,
 Cubre desde el Ocaso hasta el Oriente

Su armadura de púrpura y topacio :
 Es su espada de luz ; la blande altivo,
 É inflámase el espacio ;
 Por casco lleva el luminar fulgente
 De la brillante aurora, recamado
 Con golpes de lucientes arreboles,
 Y en el crestón de nácar y de plata
 Se eleva, entre vistosos tornasoles,
 Un penacho de nubes de escarlata :
 Ostenta por escudo al mismo cielo,
 Y muestra, en fin, bordado
 En su extendido velo,
 Con rica gala y mágico decoro,
 Sobre campo de azul, un sol de oro.

Y yo, al mirarte coronar los mundos,
 Cantaré tu hermosura ; mas al tiempo
 Que con mi lira trémula acompañe
 La prez de tu victoria,
 Haz que los cielos de mi patria bañe,
 Sobre campo de honor, un sol de gloria.

LA INOCENCIA.

—Sabed, padre, que al llegar
Del monte á la cumbre alta,
Yendo de aquí hácia el lugar,
Todas las tardes, sin falta,
Me encuentro un hombre al pasar.

—Y ese hombre, niña, ¿te mira?
—Con vista triste y llorosa,
Que solo candor respira.
—¿Y luégo? —Tierno suspira.
—¿Y luégo? —Me llama hermosa.

—¿Y tú, inocente...— Escuchad :
 Al principio con placer
 Agradecí su bondad,
 Pues Dios nos manda querer
 Al que dice la verdad.

—¿Y despues?— Despues que oí
 Que mirarme era su bien,
 Despues que á mis piés le vi,
 Al separarse de mí,
 Por él suspiré tambien.

—¡Cómo! tu imprudencia loca
 Puede robarte la calma.
 Hija, tu pasion sofoca.
 —¿Y á qué cerrarle la boca,
 Cuando no cabe en el alma?

—Pasion que con tanto brío
 Conmueve al alma un momento,
 Es de amor un desvarío.
 —Con que el dulce afan que siento,
 ¿Se llama amor, padre mio?

—Y el viento de su ilusion
 Marchitará tu alma pura.
 —¿No es pura la pretension
 De ceñir su corazon
 Con hojas de mi hermosura?

—¿Habrás dejado entrever
 A ese mancebo liviano...
 —Lo ha debido conocer,
 Pues cuando estrecha mi mano,
 Me estremezco de placer.

—¿Te estrecha?—¡Tan dulcemente
 En sus amorosos brazos!
 —Y tú, cuitada, inocente...
 —Le ciño con dulces lazos,
 Y orno de besos su frente.

—¡Besos!...— Uno me pidió.
 —¿Y bien?— Se le concedí.
 —Pero...— Mi labio tembló,
 Y al decir mi alma que sí,
 La boca dijo que no.

—Esas caricias que ciego
Te inspira el ardiente amor,
Van á turbar tu sosiego.
—Pienso en ellas con temor,
Con gozo infinito luégo;

Y si al alma sin cesar
Va una pasión agitando,
No se puede sofocar.
Padre, los males de amar
Sólo se curan amando.

—¡Ay, hija! tu inexperiencia
No te deja conocer
Que ese hombre, la grata esencia
De amor vino en tí á absorber;
Mas se llevó tu inocencia.

—¡Tierno, muy tierno es su ardor!
¡Dulce á su lado es vivir!
—Mas ¡tu inocencia es mejor!
—¡Cuán hermoso fuera unir
Mi inocencia con su amor!

—Hija mía, á desechar
Tus ilusiones disponte:
Tú las verás disipar...
—Yo las volveré á encontrar
En el camino del monte.

—No; que la virtud preciada
Que perdiste, desdichada,
Que há poco tu adorno era,
Tiene más alta morada,
Y no es ésa la carrera.

Hacia ese celeste velo
Tus tiernas miradas guía.
No es la inocencia del suelo;
Que está vagando, hija mía,
Por el camino del cielo.

EN EL DIA DE TU SANTO.

Es la vida un manantial
De inagotable dolor,
En el que todos lloramos
Una perdida ilusion;
Fuente que nace entre tristes
Recuerdos del bien que huyó,
Que crece con los raudales
De llanto desgarrador,
Que alimenta sus murmullos
Con ayes del corazon,
Que entre riberas de penas
Sigue su curso veloz,
Regando flores marchitas
Con lamento bullidor,

Y que entre mares de muerte,
 Que nunca el alma cruzó,
 Derrama de su corriente
 La melancólica voz.
 Acaso rugen sus aguas
 Con indomable furor
 Al soplo de la esperanza,
 O al viento de la pasión;
 Acaso de la fortuna
 El inconstante favor
 Tiñe sus ondas de oro,
 De placer ó de ambición;
 Acaso sobre sus sombras
 Se eleva, cual limpio sol,
 Algun destello de gloria
 O algun suspiro de amor;
 Mas pronto esperanza y oro,
 Y lauros y galardón,
 Se disipan como sueños
 Que el alma triste forjó,
 Y el manantial de la vida
 Corre con fúnebre son,
 «¡Adios!» diciendo á las glorias,
 «¡Adios!» diciendo al amor,

Mientras el eco en los aires
 Repite lúgubre: «¡Adios!»
 Esta, Matilde, es la historia
 Del tiempo que ya pasó,
 Y ésta será del futuro
 La verdadera lección.
 Hoy sientes correr los años
 Sin inquietud ni terror,
 Hoy miras tu aniversario
 Pasar con grata emoción,
 Sin volver quizás los ojos
 Al tiempo que viene en pos;
 Porque tus rizos cabellos,
 Que el ébano ennegreció,
 Reciben de las delicias
 El beso murmurador,
 Y la juventud te presta
 Su rica fascinación.
 Ella coronó tu frente
 Con su blanquísima flor,
 Ella de tu esbelto talle
 Las formas engalanó,
 Tus labios pintó de ardiente
 Finísimo bermellón,

Y matizó tus mejillas
 Con sonrosado color.
 Quiera Dios sobre tus días
 Derramar su bendicion,
 Y sobre tus verdes años
 Su aliento consolador,
 Cuantos tus ruegos eleves
 A su celeste mansion;
 Quiera Dios que nunca sientas
 Coronada, como yo,
 De secas hojas tu frente,
 De espinas tu corazon,
 De negras sombras tu gloria,
 De desengaños tu amor,
 De estériles amarguras
 Tu juventud; quiera Dios
 Que sobre este manantial
 De inagotable dolor
 No llores nunca, Matilde,
 Una perdida ilusion.

ISIDORO MAIQUEZ.

Sol de la hispana escena, sin segundo.
(Martinez de la Rosa.)

Inmenso mundo, que al azar caminas
 Colgado en las serenas
 Regiones del azul, con las cadenas
 Del poder infinito; que iluminas
 Con antorchas de genios inmortales
 Tus misteriosas huellas;
 Deten, clavado en la extension, la planta.
 A tus ojos la sombra se levanta
 De un hombre que en tu suelo,
 La altiva frente levantando al cielo,
 Ciñó corona fúlgida de estrellas.
 De su númen las gracias celestiales
 Al noble impulso de su fama canto.
 Oyeme, pues, miéntras mi voz levanto

En honor de ese hombre :
¡ De rodillas, oh mundo, ante su nombre !

Flotante en las alturas, y enlazada
Entre nubes de rosa,
Hay un arpa suavísima, esmaltada
Con mágicos colores,
Que en la celeste bóveda se extiende;
Sus cuerdas prodigiosas
Son guirnaldas de estrellas y de flores,
Su dulce canto los espacios hiende,
Su melodiosa voz el aire llena;
Pura, encantada lira,
Que en manos del Señor terrible suena,
Y en manos de los ángeles suspira.
Derrama ¡ oh cielo ! sus divinos sonos
En mis pobres canciones,
Y vierte en mis acentos su armonía,
En nombre del artista y su memoria,
En nombre de su gloria,
En nombre ¡ oh cielo ! de la patria mía.

¡ Cuán hermoso es nacer cuando las puertas
De la existencia humana

La mano del Eterno tiene abiertas,
Y de luz con sus rayos engalana;
Y al pisar los dinteles
De la dorada esfera,
Donde ruedan los aires de la vida,
Sentir que ciñen la cabeza erguida,
Tejidos con los aires, mil laureles;
Y al sacudir la frente,
Que el puro brillo de la luz primera
Reflejar ambiciona,
Sobre la sien ardiente
Sentir que brota la inmortal corona !

¡ Cuánto gozar debiste,
Insigne Maiquez, los hermosos días
En que el ídolo fuiste,
Sobre la hispana escena,
Del pueblo inmenso que á tus piés tenías !
Pálido entónces de placer veías
La atmósfera crujir, de aplausos llena,
Y tu voz suspendiendo
Las almas todas, resonante alzarse,
Y al espacio elevarse,
Las ondas de los vítores rompiendo.

¡De la gloria alcanzar la ilustre palma,
Sentir su arrullo y su armonioso tono
Resbalar por tu oído,
Y ensancharse tu alma,
Y alzarse á Dios hasta tocar su trono,
Y al murmullo del mágico sonido,
Dormirte de coronas en un lecho,
Mirar crecer la admiración y el pasmo,
Y venir á estallar contra tu pecho
El vibrante clamor del entusiasmo;
Y luego, en el momento
En que tu voz callaba,
Expresando la acción tu sentimiento,
Entre el mudo silencio que reinaba,
Escuchar comprimirse las pasiones,
Y aplaudirte, al latir, los corazones;
Mirar de espanto enmudecer el arte,
Contemplar á los reyes y á los sabios
Sus plácemes brindarte,
Y con placer profundo,
Al soplo de tus labios,
Sentir de dicha estremecerse el mundo!

¡Cuánto gozar debiste! ¡qué embeleso

Debió brillar en tu febril mirada
Tras de la gloria en el azul lanzada!
Las obras del artista son el beso
De paz y de ventura,
Que da la inspiración á la belleza,
Al hacer descender desde la altura
Sobre la tierra su inmortal cabeza;
Sólo la inspiración pudo enseñarte
A clavar tus estrellas en la esfera
Que baña con su luz el sol del arte;
Porque la noble y fiera
Acción de *Roma libre*, la serena
Calma de *Bayaceto*,
Y del *Oréste*s el ardor inquieto,
Y del triste *Mitrídates* la pena,
Y de *Bruto* el anhelo,
Y la pasión terrible del *Otelo*,
Son estrellas del cielo de poesía,
Que radiante cubría
La inmensa gloria de tu vida entera;
De aquel cielo de lumbre prodigiosa,
Que dosel de tu trono entonces era,
Ahora quizá de tu sepulcro losa.

¡Sepulcro! sí. Cuando en la fresca orilla
 Que en el Genil retrata su belleza
 Encuentres, caminante, una sencilla
 Y blanca cruz de piedra, dibujada
 Sobre el manto de flores de Granada,
 Repara, al detener el pié cansado,
 Que Maiquez *vive* allí; que su grandeza
 Los siglos ha llenado;
 Que el gigante cadáver de su gloria
 No cabe en el sepulcro de la historia,
 Y que su genio grande, sin segundo,
 Ornado siempre de brillantes galas,
 Lanzó al espacio las hermosas alas,
 Y tendiendo una de ellas sobre el mundo,
 Y otra enredando en los azules velos,
 Quiso, al unirlos con tenaz porfía
 En eterna armonía,
 Enlazar á la tierra con los cielos.

Á MI MADRE.

AL PARTIR.

Es verdad; en mi alma
 Pintarse miro,
 Con colores de llanto,
 Triste suspiro:
 Es el aliento
 Que derrama en mis penas
 Tu pensamiento.

Es que mañana, madre,
 Viene la ausencia
 A oscurecer la aurora
 De tu presencia.
 ¡Aurora vana!
 Hoy brillante de rayos,
 Sombra mañana.

Por eso de los cielos
 La gracia imploro,
 Y por eso en la tierra
 Vierto mi lloro.
 ¡Ah! lloro escaso,
 Forma un mar, que se oponga
 Siempre á mi paso.

No faltará mañana,
 Si hay que cruzarle,
 Un bajel de desdichas
 En que pasarle;
 Que en mar de amores
 No flotan más bajeles
 Que los dolores.

Perdona, madre; el labio,
 Cual triste lira,
 Al eco de tu acento,
 Ronco suspira.
 ¡Ah! el desvarío
 Tan sólo arranca quejas
 Al labio mio.

Voy á partir al cabo,
 Dejando impreso
 En la flor de tus labios
 Mi ardiente beso:
 Nuestros amores
 Guardan besos tan puros
 Como las flores.

Haz, madre, que su gala
 No se marchite,
 Por más que tu gemido
 Su aroma agite.
 Quiero encontrarlo
 Otra vez en tus labios,
 Y allí besarlo.

«En amores la ausencia
 Es como el aire,
 Que apaga el fuego chico,
 Y aviva el grande.»
 Esto decía
 Un cantar que recuerda
 La infancia mia.

Yo comparo á las sombras
 ¡Ay! mis amores;
 Que cuanto más se alejan,
 Se hacen mayores.
 ¿Do irá mi calma,
 Si la luz de mis sombras,
 Madre, es tu alma?

Cuando pierden mis ojos
 La altiva cumbre
 Donde engarza la aurora
 Perlas de lumbre,
 Y en mis hogares
 No escuche los murmullos
 De nuestros mares;

Cuando miren mis ojos,
 Pardas y extrañas,
 Las faldas gigantescas
 De mis montañas,
 Y ya perdido,
 Contemple el santo suelo
 Donde he nacido;

Cuando á traves del llanto
 Mire á los montes
 Orlar, cual vagas nubes,
 Los horizontes;
 En mi agonía,
 Derramaré en los aires
 Un «¡Madre mia!»

Y al llegar á tu lado
 Mi voz doliente,
 Y al posarse mi beso
 Sobre tu frente,
 Tu desvarío
 Derramará en los aires
 Un «¡Hijo mio!»

Y al chocarse en los aires
 Los dos acentos,
 De lágrimas bordando
 Nubes y vientos,
 La gloria pura
 Enjugará en sus velos
 Tanta amargura.

LA VICTORIA DE TETUAN.

Hijos de aquellos cuya altiva frente
El sol de rayos coronó en Oriente,
Y el mundo todo, ante su faz abierto,
Recorrieron en rápidos corceles,
Barriendo con sus blancos alquiceles
Las revueltas arenas del desierto;
Hijos de aquellos que la España un día
En sangrientos girones desgarraron,
Y de Alhambras y cármenes bordaron
El manto de la hermosa Andalucía:
¿Dónde están los aromas y las flores
Que exhalaban ayer vuestros jardines?

¿Dónde vuestros mayores
 Ocultaron la lanza vencedora
 De aquellos esforzados paladines?
 ¿Dónde apagó su acento
 La dulce trova que en la guzla mora
 Lanzaba la doncella enamorada
 A las ondas del viento
 Que arrullaba las flores de Granada?

Huyeron ¡ay! por siempre.
 Há cuatro siglos que las turbias olas
 De los vecinos mares
 No quiebran sus espumas
 Al pié de los dorados alminares
 Que alzasteis en las playas españolas.
 Há cuatro siglos que las blandas plumas
 No acarician aquí de las esclavas
 Los desnudos encantos,
 Entre sedas y perlas y oro presos,
 Ni mezclan en el aire con sus giros
 Los lúbricos suspiros,
 Ni en el harem los perfumados besos.
 Há cuatro siglos que en la opuesta orilla
 Vuestro orgullo recuerda su quebranto,

Al mirar con espanto
 La sombra que las torres de Castilla
 Dejan caer en la africana tierra.
 Y roto allí vuestro poder reposa
 Como en lóbrega tumba, y una losa
 De cuatro siglos vuestra tumba cierra;
 Y al soplo de los recios vendavales,
 Profundos ayes del simoun violento,
 Se arrastra en los tendidos arenales,
 Desgarrado y sangriento,
 El rojo airon de la imperial bandera;
 Y al escuchar la voz de la venganza,
 El águila altanera,
 Que en las rocas del Atlas se cernia,
 Cantando el lauro de la hueste impía,
 Sus corvas alas al desierto lanza,
 Y en grito ronco y fuerte,
 Cual cantó su poder, canta su muerte.
 Y ya un sudario de vergüenza oculta,
 —Cadáver yerto, — á vuestra stirpe brava,
 Y hendiendo el aire la cristiana clava,
 Vuestra frente arrogante
 En el polvo sepulta.
 Álzase luégo rápida, humeante,

Y al viento, cual despojos,
Lanza, mezclados en turbion deshecho,
La sangre que destila vuestro pecho
Y el llanto que derraman vuestros ojos.

¡Victoria, sí, victoria! En sangre rojos,
Cubren montes y llanos
Esparcidos trofeos,
Que arrojaron cobardes vuestras manos.
¡Sí! ¡Mirad por do quiera
Vuestras hordas huir! ¡Bajad las frentes!
El cielo en vuestro daño persevera,
Y de ellos son testigos elocuentes
Negron, Guad-el-Jelú, Zamir y Anghera.
¡Sí! Vencido y deshecho en la pelea
Vuestro feroz orgullo no domado,
Ya, sobre el alto muro abandonado,
El hispano pendon al viento ondea.
¡Victoria, sí! Verted ardiente llanto,
Que escalde el rostro, por el sol teñido,
Al mirar abatido
Vuestro antiguo poder, de estrago tanto
En las horas horrendas.
¡Victoria, sí! Las destrozadas tiendas

De la gente africana
Sangriento el sol alumbrará mañana.
La victoria es el lema
Que el justo lleva en su pendon grabado;
Es la sola diadema
Que laureles de paz ciñe al soldado;
Es de la sangre la postrera gota
Que derraman los héroes en la tierra;
Es el beso de amor, que ronco brota
De los ardientes labios de la guerra.

¿No os lo dijimos ya? ¿No percibisteis,
Al soñaros soberbios y potentes,
El rudo acento de la voz sonora,
Que, nacida de un mundo de valientes
En el pecho iracundo,
Y sonando en los aires vengadora,
Cayó en el otro mundo?
«A vuestra patria iremos,
—Clamó el reto, salvando los espacios;—
Si á la sombra del dolo nos vencisteis,
A la luz del honor os venceremos,
Y los régios palacios
Que en nuestro suelo fabricasteis ántes,

Con los blancos turbantes
De la morisca luna alfombraremos.»
Dijo; y el viento, que en redor cruzaba,
El reto entre sus ondas esparcía,
Y el mar, que entre nosotros se agitaba,
El reto entre sus ondas escribía.

¡Y gritais «Libertad»! Callad, esclavos,
Que, al carro de los déspotas uncidos,
Sus miserias cantais y sus pasiones,
Y llevais oprimidos
Con cadenas de error los corazones.
Para siempre sucumba
Vuestro poder; en la extension desierta
Ocultad con pavor vuestros enconos;
Abrid á los tiranos una tumba,
Con el polvo cubierta
De los rotos pedazos de sus tronos,
Y los aceros castellanos labren
La libertad de los que ciegos gimen;
Que los brazos del déspota se oprimen
Donde los brazos de la cruz se abren.

¿No os lo dijimos ya? Vuestra impotencia

¿No vió que con el dedo de la gloria
Nuestra suerte trazó la Providencia
En las hojas del libro de la historia?
El águila gigante,
Que, en las alturas remontada un día,
Por cielos y por mares esparcía
Su hermoso cambiante
De blanca luz y de colores rojos;
La que adornó á la Europa con sus galas,
Y derramó por la apartada zona
De América las plumas de sus alas;
La que posó en Italia su corona,
En Grecia sus despojos,
Y allá en la inmóvil oriental rüina
El áureo rayo de sus negros ojos;
El águila latina
Clava en Marruécos la terrible garra,
Y, rompiendo las sombras del ultraje,
En girones al África desgarrar
Para ornar su fantástico plumaje.
Ella, cruzando el ámbito profundo,
Bajó del cielo á dominar el mundo;
Ella, elevando el arrogante vuelo,
El mundo debe levantar al cielo.

¡Valor, soldados! Vuestros hechos dicen
 Que España torna á sus hermosos días.
 ¿Ansiais laureles? En el suelo crecen
 Del rico cármén que pisais ahora,
 Y entre rosas y mirtos embellecen
 La ardiente sien de la sultana mora.
 ¿Quereis himnos, y trovas, y armonías,
 Que el lauro que lograsteis eternicen?
 El África unirá vuestras canciones
 Al enorme concierto
 Del áspero rugir de sus leones.
 ¿Quereis palmas? En medio del desierto
 Sobre la frente del simoun cimbrean.
 Cruzad con ellas los revueltos mares,
 Y, benditas al pié de los altares,
 Ceñidas luego á vuestra frente sean.

Y vosotros, que en medio del delirio
 Del combate caisteis,
 Ceñidos con la palma del martirio,
 Nobles héroes, oid: — La losa fría
 Que desde ayer sobre vosotros pesa,
 Para seguir la comenzada empresa
 Nos servirá de guía.

No moriréis jamas, y vuestra suerte
 Vivirá de la patria en la memoria.
 La tumba de los hombres es la muerte,
 La tumba de los héroes es la gloria.

EL BESO.

El beso, como tierna mariposa,
Que va de flor á flor volando breve,
De boca á boca desprendido, mueve
Sus tenues alas de color de rosa;

Es á veces sonrisa cariñosa,
Que el dulce gozo sobre el labio llueve,
O lágrima tal vez ardiente y leve,
Que del llagado corazon rebosa;

O bien suspiro triste y anhelante,
Que da la angustia á la perdida calma;
Mas para mí, que gimo delirante,

De amor ornado por la hermosa palma,
Es la esencia del alma de mi amante,
Que baña las esencias de mi alma.

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Tembló la sombra : su fantasma fría
Conmovieron del trueno los acentos,
Gemidos de dolor y de agonía,
Que derramó la tempestad sombría,
Encadenada en brazos de los vientos.

Las olas de las aguas revolvieron
Su masa turbulenta,
La tormenta en sus senos oprimieron,
Y, bramando en los aires, ascendieron
A escupir en los cielos la tormenta.

Y cesaron por fin : envuelto el mundo
 Quedó en sombras flotantes y talaes,
 Y con temblor profundo
 Estremeció el diluvio moribundo
 Su sudario de nieblas y de mares.

Lívidos rayos en redor brillaron,
 Cual pálidas antorchas sepulcrales,
 Y un cadáver inmenso iluminaron,
 Y encima de él cruzaron
 Las tinieblas sus mantos funerales.

Y al fin, su brazo el huracan tendiendo,
 Limpió de sombras la extension entera,
 Ondas y nubes por do quier barriendo,
 Los mares esparciendo,
 Y arrancando al azul su cabellera.

Y ornado de fugaces resplandores,
 Tendido allá por los celestes velos,
 Alzóse luego el arco de colores,
 Cual diadema de flores,
 Coronando la frente de los cielos.

Y el mundo vió, radiante de ventura,
 Al sol verter su fúlgido tesoro;
 Águila enorme que cruzó la altura,
 Rompiendo el velo de la niebla oscura
 Con sus alas de púrpura y de oro.

Y pensó, contemplando la belleza
 De aquella luz que al orbe coloraba,
 Que sobre su cabeza,
 Con inmensa fijeza,
 El ojo del Eterno le miraba.

LO QUE DICE MI MADRE.

Dejadme que á la inclemencia
Me abandone del dolor,
Pues tienen preso á mi amor
Las cadenas de la ausencia.

Dejad que mi dulce calma
Enturbien tristes enojos;
Dejad que lloren los ojos
Las penas que siente el alma.

Dejad al llanto extinguir
El fuego de mi pesar :
¡Es tan hermoso llorar
Cuando se llega á sufrir!

Dejadme, en fin, al rigor
De mi suerte sucumbir :
¡Es tan hermoso morir
Cuando se muere de amor!

Y mi amor es una herida
Por el mismo amor curada ;
Es lágrima derramada
Sobre la flor de mi vida.

Es la encantadora palma
Que de paz ha coronado
A un corazon engarzado
En el nácar de mi alma :

Pasion sin celos ni pena,
Sol sin mañana ni tarde,
Fuego donde siempre arde
El cáliz de una azucena.

Es un infinito anhelo
Por Dios en mi sér creado ;
Es el aroma exhalado
En un suspiro del cielo :

Rayo de luciente oro,
Que lanza el sol de mi gloria,
Pues mi amor es la memoria
Del hijo que ausente lloro.

Siempre mi mente atesora
Este pensamiento fijo :
¿No sabeis lo que es un hijo
Para una madre que llora?

Yo, que he vivido mirando
Sin cesar sus ojos bellos,
Rizándole los cabellos
Calor de mi aliento blando ;

Yo, que con constante empeño
Pasé noches, una á una,
Sentada al pié de su cuna,
Velando su dulce sueño ;

Yo, que aspiré la fragancia
De la flor de su existencia ;
Yo, que arrullé la inocencia
De los juegos de su infancia ;

Yo, que al Hacedor un día
Tierna le enseñé á adorar;
Yo, que le enseñé á rezar
Ante la Virgen María;

Yo, que con ansias extrañas
Formé su dicha cumplida,
Porque me arranqué su vida
Del fondo de mis entrañas,

Hoy sólo puedo exclamar
En amante desvarío:
«¿En dónde estás, hijo mío,
Que no te puedo abrazar?»

Aura, que me das tu aliento,
Sueño, que me das tu calma,
Id, y verted en su alma
La luz de mi pensamiento.

Mansas olas de los mares,
Que bañan la patria mía,
Llevalle siempre alegría,
Trayéndome sus pesares.

Sol, que cruzas del espacio
Por los ámbitos azules,
Ornando, al pasar, sus tules
Con guirnaldas de topacio;

Dile que mi amor es fiel,
Dile que mi afecto es ciego,
Dile que si al cielo ruego,
Estoy rogando por él.

Blanca luna, que en el río
Bañando tus rayos vas,
Y que tanto mirarás
Los ojos del hijo mío;

Faro de triste consuelo,
Que brillas, pálido astro,
Cual lágrima de alabastro
En las pupilas del cielo;

Dile que por él suspiro,
Que tu luz mi amor retrata,
Y que tu rostro de plata
Mire cuando yo le miro.

Así unirás de los dos
El cariño puro y santo,
Tú, que te aproximas tanto
Al trono donde está Dios.

Y así, si mi pecho alcanza
Una esperanza, creeré
Que Dios con tu luz da fe
A la luz de mi esperanza.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejad que, en mi desventura,
Escriba, esperando en tanto,
Con letras de ardiente llanto
La historia de mi amargura;

Dejadme, sí; que el dolor
Mis lágrimas borrarán;
Dejadme sentir mi afán,
Dejadme llorar mi amor.

LA ÚLTIMA ESTRELLA.

Á ÁNGELA.

Iba la noche á declinar; volaba,
Meciéndose entre sombras, hácia ocaso,
Y con su masa informe,
Montones de tinieblas arrastraba,
Al extender su paso.
Asida al brazo enorme
Del oscuro fantasma de Occidente,
Marchaba á sepultarse en lo profundo;
Y el soñoliento mundo,
Con pasmo mudo y frío,
Del ancha faz de la breñosa frente
Miraba alzarse su fanal sombrío.
Derramando serena,
En vez de rayos, trémulos suspiros,
La triste luna su fulgor borraba,

Y cual blanca azucena,
 Que, arrancada del tallo, entre sus giros
 El huracan agita,
 Entre nubes rodaba
 Por el espacio, pálida y marchita;
 Y el azul esculpido
 Se mostraba de chispas fulgurantes,
 Vivísimas y bellas,
 Cual si hubiera la luna sacudido
 Su corona de plata y de diamantes,
 Sembrando el cielo por do quier de estrellas.
 Iba la noche á declinar, y ufana
 Se aprestaba á seguirla la mañana,
 Pintando con suavísimos fulgores
 El tachonado velo
 De cándidos colores,
 Tibio rubor con que bañaba el cielo
 Su faz encantadora,
 Al sentir dulcemente
 Palpitar en los labios del Oriente
 El rojo beso de la blanca aurora.

Yo estaba solo en medio del recinto
 De un mundo helado, muerto,

Y mi loca y ardiente fantasía,
 Comprimida en confuso laberinto,
 Reposaba tambien : me parecia
 Que el orbe era un desierto,
 Y yo la humanidad; sólo vivia
 En torno de mi frente
 El rumor imponente
 De las sombras, que, vagas, arrastrando
 Por las tendidas faldas
 Sus flotantes guirnaldas,
 Me estaban en sus pliegues encerrando;
 Y una pesada calma
 Ataba en nudo estrecho,
 Con cadenas de asombros, á mi alma
 En el oscuro fondo de mi pecho.
 Vibró al cabo un momento
 El denso pensamiento
 Que daba al triste corazon martirio,
 Buscando con frenético delirio
 Luz y vida, y placer y sentimiento.
 Creyó mi afan que el cielo era la losa
 Extensa y tenebrosa
 Que rápida bajaba,
 Desplomándose, al fin, desde la altura,

Y con su vasta inmensidad tapaba
 De los mundos la horrenda sepultura :
 Y me sentí morir, y el mudo espanto
 Que encerraba á mi sér rasgó su muro
 Por dar salida al oprimido llanto ;
 Mas no pude llorar : al labio gritos
 Pidió mi devaneo ;
 Y el labio, seco y duro,
 Negóse á derramar los infinitos
 Insaciables torrentes del deseo.
 Asíe despues en vano
 Viento que el mar de mi dolor barrera,
 Aire que el pecho respirara ufano,
 Y sobre todo, luz mirar do quiera,
 Brillar espacios y encenderse luego,
 Y ver girar en torno de mi cráneo
 Un infierno de fuego,
 Que al campo hirviente de sus rayos rojos,
 Apagara instantáneo
 La sed voraz de mis ardientes ojos.
 En tan horrible extremo
 Rompí del estupor los eslabones
 Con un esfuerzo mágico, supremo,
 Alzando al cielo los dolientes brazos,

Mordiéndola un ¡ay! que vaciló en mi boca,
 Retorciendo del alma los pedazos,
 Haciéndola gemir en sus prisiones,
 Y en fin, volar desesperada, loca,
 En busca de otra luz y otras regiones.
 Y se lanzó : con ímpetu violento
 Las cumbres escaló del firmamento;
 Mas al buscar las huellas
 Que en él dejó grabadas la aureola
 De la fúlgida luz de las estrellas,
 Vió una sola no más, ¡ay! una sola,
 Que, cual postrar quejido de agonía,
 Con lívido desmayo,
 Tristísima vertía
 Su dulce y tenue y macilento rayo.
 Yo bebí su fulgor, y la mirada
 En su brillo fugaz dejé posada,
 Con infinito anhelo,
 Con eterna constancia
 Libando ansioso y devorando esclavo
 La ilusión de su lánguido consuelo. ✓
 Y el tiempo trascurrió; borraré al cabo
 El débil resplandor, y en la distancia
 La estrella se perdió : ¡tormento extraño!

Despues de contemplar desvanecida
 Su blanca luz, con lisonjero engaño,
 Soñaban verla aún, clara y serena,
 Los ciegos ojos de mi amarga pena.
 Mas ¡ay! la mente la miró perdida,
 Y yo corrí, desfallecido, inerte,
 A dejar en los brazos de la muerte
 El último suspiro de mi vida.
 De repente ¡oh placer! latió mi seno,
 Y sentí con dulzura
 Nadar al alma mia
 En un mar de color y de armonía:
 Era que, puro y de belleza lleno,
 Radiante de hermosura,
 Rompiendo sombras, se elevaba el día.

Ángela, escucha : cuando el labio gima
 Con ayes de dolor, cuando la angustia
 Tu corazón oprima,
 Y una lágrima sienta
 Tu mejilla rodar, pálida y mustia;
 Cuando acercarse mires en tu daño
 La figura sangrienta
 Del espectro fatal del desengaño;

Cuando tu pecho tuerzas
 Entre los hierros del espanto ciego,
 Y no puedas llorar tu amarga suerte,
 Ni dar al alma sentimiento y fuerzas,
 Ni alzar al cielo el suplicante ruego;
 Cuando sientas el beso de la muerte
 Tu boca acariciar, y en lontananza,
 Tu vista dolorida
 Contemple ya perdida
 La postrera ilusión de la esperanza,
 No doblegues la flor de tu existencia
 Al huracán sañudo
 Que agosta el corazón del desdichado,
 Pues te guarda quizá la Providencia
 Consolador escudo,
 Donde hallarás bordado
 Con risueños y mágicos colores,
 En campo de placer, un sol de amores.

CANTO DEL ÁGUILA.

Como lágrima triste,
Que el mundo llora,
Por el rostro del cielo
Rueda la aurora;
Y yo, entre tanto,
Hago que por los aires
Ruede mi canto.

La tierra de colores
Se viste ufana
A los rubios fulgores
De la mañana.
Mundo, despierta;
Que la estrella del alba
Llama á tu puerta.

Tambien su albor luciente
 Llega á mi lecho,
 Dando luz á mi frente,
 Vida á mi pecho;
 Tambien yo, ufana,
 Me visto los colores
 De la mañana.

Baña el sol de los montes
 La altiva cumbre,
 Derramando en los valles
 Mares de lumbre;
 Álzase luego,
 Y ciudades y torres
 Borda de fuego.

Tambien el sol saliente
 Baña el encaje
 Que borda los dibujos
 De mi plumaje:
 Sus rayos rojos
 A lanzar por la esfera
 Vuelven mis ojos.

Cuando el sol por Oriente
 Su luz levanta,
 Tiende el mundo los mares
 Ante su planta;
 Pero mi pluma
 Bañan del sol los rayos,
 Del mar la espuma.

Lanza el sol á las aguas
 Sus hebras blondas,
 Y el mar para cogerlas
 Lanza sus ondas;
 Y yo, entre tanto,
 Sobre el sol y las aguas
 Lanzo mi canto.

Es mi lecho de amores
 La parda roca
 Que, en la cima del monte,
 Al cielo toca:
 En sus cimientos,
 Rotos contra las peñas,
 Crujen los vientos.

Miéntas que allí domino
 Los horizontes,
 La una garra en las nubes,
 La otra en los montes,
 Y, en mi deseo,
 Sobre montes y nubes
 Me señoreo;

Miéntas sobre la lumbre
 De los volcanes
 Miro rizar mis alas
 Los huracanes,
 Y hasta en el seno
 De mi cóncavo nido
 Gemir el trueno;

El hombre en sus palacios,
 Pobres, pequeños,
 Soñando en su grandeza,
 Duerme sus sueños.
 Mentira al cabo :
 ¡Sólo es grande el que es libre,
 Y él es esclavo !

Yo cruzo los espacios
 Con vuelo altivo,
 Yo tan sólo soy libre,
 Yo sola vivo.
 Sí, no te asombre,
 Mundo : yo soy más libre
 Que lo es el hombre.

Su libertad el hombre
 Siempre pregona,
 Y al oro la encadena
 De una corona;
 Mi rudo anhelo
 No sufre más corona
 Que el alto cielo.

Y el hombre muere ahogado,
 Bajo del peso
 De doradas cadenas
 De leyes preso.
 Si su memoria
 A traves de la muerte
 Busca la gloria,

Se erige un monumento
 Con ciego encono,
 Un trono amontonando
 Sobre otro trono.
 ¡Gran desvarío!
 ¿Llegarás con tus tronos
 Al trono mío?

Mis leyes son los aires,
 Y los desgarro,
 Haciendo entre sus ondas
 Rodar mi carro.
 Mundo, tus reyes,
 Cual la araña sus telas,
 Tejen sus leyes.

Cuando el sol á la tarde
 Pálido llama,
 Y su llanto de luces
 Triste derrama;
 Cuando las brumas
 Abandonan su blando
 Lecho de espumas;

Cuando del verde campo
 Forma el ramaje
 Oscuros pabellones
 Con su follaje,
 Y en todas partes
 Cuelga la negra sombra
 Sus estandartes;

Cuando cierran las flores
 Su casto broche,
 Y bordada de nieblas,
 Se alza la noche;
 Yo me levanto,
 Y entre el mudo silencio
 Suena mi canto.

Y mientras en los aires
 Voy á arrojarme,
 Y en la faz de la luna
 Voy á mirarme,
 Rasgan mis huellas
 Alfombras de esmeraldas,
 Techos de estrellas.

Yo cruzo los espacios
 Con vuelo altivo,
 Yo tan sólo soy libre,
 Yo sola vivo.
 Sí, no te asombre,
 Mundo : yo soy más libre
 Que lo es el hombre.

Despierta de tu estéril
 Sueño profundo,
 Y á traves de tu gloria
 Mírame, mundo.
 Mírame : al cabo
 ¡Sólo es grande el que es libre!
 Tú eres esclavo.

EL TRÁNSITO.

De polvo y sangre y de sudor cubierto,
 Llegó de los confines del desierto
 El rudo cazador;
 Y al penetrar hambriento en la morada,
 Así dijo, con voz entrecortada,
 A su hermano menor :
 «En el materno vientre palpitante
 Comenzamos la lucha, que constante
 Nuestro destino fué;
 Mas hoy la paz á proponerte llego :
 Parte conmigo tu alimento, y luego
 Por tí trabajaré.»

Y contestó Jacob : «¿Piensas, hermano,
Que asida á tu talon salió mi mano

Por pasajero azar?

No; que el Eterno me mandó á la tierra
Para dar al *Ayer* continúa guerra,

Y siempre caminar.

Mi sol sobre tus soles se levanta;
Pasó tu edad, la huella de tu planta

Ha de borrar mi pié :

Cédeme, pues, en inviolable pacto
Tu primogenitura, y en el acto

Mi plato te daré.

—No entiendo tu lenguaje, ni es mi oficio
Leer el porvenir..., mas tu servicio

Mi hambre saciará.

Justo será que mi derecho lleves.
Lo cedo : tuyo es. — Jurarlo debes.

— Lo juro. — Bien está.»

Y el padre ciego, que en el lecho estaba,
Así dijo á Jacob, que se acercaba :

«Dime : ¿quién eres tú?

—¿No me conocen ya tus ojos yertos?
Toca mis brazos, de vellon cubiertos;

Padre, soy Esaú.»

Rebeca, que dispuso la falsía,
La cabeza del hijo sostenia,

Temblando de emocion;

Y engañado Isaac, dejó sin pena
Sobre la frente de Jacob serena

Su santa bendicion.

Así en pastor el cazador mudado,
Abandonando luego su ganado,

Tornóse agricultor;

Y añadieron los hombres más blasones
Al libro que será de sus acciones

Eterno guardador.

Así la mano que sus hojas pasa
Plegó la tienda y levantó la casa,

Matriz de la ciudad;

Despues... entre los tiempos avanzando,
Del mundo por los ámbitos rodando

Siguió la humanidad.

LA PREDICCIÓN.

Por la celeste altura
Pasaba el sol volando, y en la tierra
Una vasta llanura,
Que en el lejano cielo se perdía,
Al rojo fuego de su lumbre ardía.
Arriba un mar azul, mostrando llenas
Con espumas de nubes y de llamas
Sus hondas cavidades,
Y abajo un mar de arenas,
Coronado de inmensas soledades.

Erguida y altanera,
Y en los llanos estériles clavada,
Se alzaba una palmera,
De su sombra no más acompañada,

Como un jiron abierto
Sobre el árido manto del desierto.

Con el semblante de dolor sombrío
Y desmayado paso,
Con un odre vacío
Pendiente de la espalda,
Rasgados en pedazos
Los anchos pliegues de la blanca falda,
Con un niño dormido entre sus brazos,
Cansada y sudorosa,
Al pié del rudo tronco
Una mujer llegó, jóven y hermosa.

Sentóse y suspiró, y en sus rodillas
Posó del hijo la infantil cabeza,
Y por guardarla más de los destellos
Del lumínar ardiente,
Las trenzas extendió de sus cabellos,
Con tierno afán, sobre la pura frente;
Y decayó su espíritu abatido,
Y sus ojos lanzaron con tristeza
Una mirada al cielo,
Y un torrente de lágrimas al suelo.

«¡Ay! (exclamó por fin): ¿qué es lo que espero,
Humanidad, de tí? Mujer y esclava,
Mi poder á tu lado es pasajero,
Porque nace y acaba
En el lecho de amor de mis señores.
Ayer lo perfumaba con mi aliento,
Y hoy gimo, devorando mi tormento,
En un lecho de infamia y de dolores.
Mas oye, humanidad: contigo el mundo
Yo siempre cruzaré, y á mi albedrío
Rompiendo tu poder, te impondré el mío.
Al choque de mis besos
Quebrantaré los cetros de tus reyes:
Seré reina tal vez, seré verdugo,
Y con mi dulce yugo,
Al darte amores, te daré mis leyes.
Y de este niño débil y sereno,
Que descansa en mi seno,
Altivas razas brotarán acaso,
Que, opuestas sin cesar á tu destino,
En contienda incesante,
Ochenta siglos detendrán tu paso.»

No dijo más Agar, y su camino

Continuó jadeante,
Abrazando otra vez con nudo estrecho
Al dormido *Ismael* contra su pecho.

Mas los siglos futuros,
Que perderse á lo léjos los miraron,
La prediccion funesta recogieron,
Y en los senos del tiempo la guardaron,
Y despues sobre el mundo la cumplieron.

LA PRIMAVERA.

La nieve de los montes se consume...
Su verde manto ciñe la pradera,
Nace entre aromas y gentil perfume
La dulce y sonrosada primavera.

Mécela en tanto el céfiro, perdido
De gayas flores en graciosa cuna;
La brisa lleva su fugaz gemido,
Vela su sueño la modesta luna.

Brinda el árbol su sombra y su aliciente
Al manso arroyo, que le presta vida;
Tiernas flores esmaltan la corriente,
Que las besa, las deja y las olvida.

Pomposos ramos, esparciendo sombra,
 Al campo visten protector follaje,
 Galas al césped, y á sus piés alfombra,
 De vistoso color rico plumaje;

Y el prado, espejo del celeste velo,
 De flores orna su corona bella;
 Se tiende inmenso, reflejando el cielo,
 Y le ofrece una flor por cada estrella.

Á LA VÍRGEN.

Quien oyó tu dulzura,
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
 (Fray Luis de Leon.)

De este valle sombrío,
 Que riega de los míseros el llanto,
 Aparto el pecho mio,
 Y hácia tu trono santo
 Mi débil voz y mi oracion levanto

A tí, cuyos fulgores
 Rompen la sombra y la tiniebla oscura
 Del seno de dolores
 Do la humana criatura
 Gime, envuelta en horror y desventura.

A tí, mística rosa,
Que el sentimiento marchitó en el suelo,
Y tornaron preciosa
Las aguas del consuelo,
Que fecundan los ámbitos del cielo.

A tí, que eres, Señora,
Símbolo misterioso y escondido
De cuanto el hombre adora,
Postrado y confundido,
Y de los fuegos de la fe vestido.

Flor de aroma sagrado,
Que al mundo esparce su fragancia amena,
Y al pecho da cuitado
La paz dulce y serena,
Y al alma baña y engrandece y llena.

Manantial de ventura,
Do el hombre bebe con ansioso anhelo;
Paz y vida y dulzura
Del infelice suelo;
Ebúrnea torre, que corona el cielo.

Estrella matutina,
Que nace siempre eterna y siempre nueva;
Antorcha peregrina,
Que á los hijos de Eva
A manso puerto con su lumbré lleva.

Entre velos de oro
El cielo te alza un templo, y te proclama
Su Reina y su tesoro,
Pura y creadora llama
Del santo amor que nuestro amor inflama.

En tu regazo tierno
Al Salvador del mundo omnipotente
Depositó el Eterno,
Y su diestra fulgente
De luz y lauro coronó tu frente.

Y al pié del Crucifijo,
Ornó tu sien de enrojecidas flores
La sangre de tu Hijo;
Y tú, Madre de amores,
Las bañaste en el mar de tus dolores.

Los mundos te cantaron
 Madre de amor y paz, Reina elegida;
 Los cielos te guardaron
 Diadema esclarecida,
 Con almas de los ángeles tejida.

Yo separo mis ojos
 De esta vida fugaz y transitoria,
 Y postrado de hinojos,
 Aclamo tu victoria,
 Cegado por los rayos de tu gloria.

Con el vago deseo
 Del triste corazon que á amar empieza,
 Por do quiera te veo,
 Radiante de pureza,
 Sembrar por los espacios tu belleza.

Te miro en el Oriente
 Trayendo al sol, y caminar te siento
 Tranquila y dulcemente
 Por las ondas del viento
 En la bóveda azul del firmamento.

Te miro tras la nube
 Rosada, que á lo léjos se desvía,
 Y por los aires sube;
 Te miro dar al día
 Su ardiente resplandor y su alegría.

Te siento en la serena
 Noche, que con la luna te levantas,
 Y de fulgores llena,
 Rasgando te adelantas
 Pabellones de estrellas á tus plantas.

Y, anhelante, te estrecho
 De mi mente en los senos recogida;
 Te adivino en mi pecho,
 En mi alma dolorida,
 En mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas
 Cuando mi acento en su fervor te aclame,
 Y benigna descieras,
 Y tu mano derrame
 Consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,
 Me conceda tu gracia protectora,
 Para cantar tu alteza,
 Un destello, Señora,
 Del áureo rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna
 Nos des amparo y tu piadosa guía,
 Y hasta la vida eterna
 Sea tu nombre, María,
 La santa enseña de la patria mia.

GÉNESIS.

Era la nada : entre sus vagas olas
 De la creacion el gérmen fermentaba,
 Y el sér de Dios sobre su faz vagaba,
 Meciéndose en informes aureolas.
 Era una voluntad omnipotente,
 Un espíritu puro, que latía
 Sobre la misma nada, y que vivía
 Creciendo eternamente
 Y más allá : una esencia
 En los arcanos de su sér perdida,
 Y en su propia grandeza confundida,
 Que prolongaba siempre su existencia,
 Creaciones tras creaciones hacinando,
 Y nunca al linde de su sér tocando.

Era un presente misterioso, inerte,
 Flotante en el aliento,
 Pesado y soñoliento,
 De un pasado sin fin, teñido en muerte;
 Y envuelto en el presente y el pasado,
 Era también quizá lo venidero,
 En medio de la nada aprisionado,
 Y muerto sin nacer; y era el primero
 Crepúsculo del caos mudo y frío.
 Era la eternidad, lo inmenso era,
 Espacios tras espacios, y el vacío,
 Y espacios más allá : Dios por do quiera.

En el primer instante,
 El caos, sombra augusta, vacilante,
 Que el Hacedor Supremo proyectaba
 Allí en la inmensidad, aparecía,
 Rebosando en sí mismo alborotado,
 Y ciego y bramador se revolvía,
 Oscilando y rugiendo,
 Y sus cóncavos senos retorciendo.
 Mas Dios apareció : su fuerza santa
 Desarrolló de la creación la alfombra
 Delante de su planta,

Hendió los aires, por la opaca sombra
 Derramó su mirada omnipotente,
 Arrancó la diadema de su frente,
 Alzó en los aires la terrible diestra,
 Y de la altura en la perdida zona
 Dejó grabada su divina muestra,
 Al sellar el cenit con su corona;
 Y al círculo trazado
 En la negra extensión, rasgóse el velo
 De la cubierta oscura, y tachonado,
 Tendió sus ondas el azul del cielo.
 Bajó su mano el Hacedor, quebrando
 El fondo de los antros, y mostrando
 En los senos oscuros
 De su eterno poder el signo escrito;
 En hondos pliegues separó las sombras,
 Y sus brazos gigantes
 Cimentaron los muros
 Que, allá en el infinito,
 Sostienen al pesado firmamento;
 En hojas tremolantes
 Los mantos del abismo se rasgaron,
 Y sus negros jirones humeantes
 Del espacio en los límites colgaron;

Y, pesando despues sobre la cumbre
 La voluntad de su divina Esencia,
 Al gravitar la enorme pesadumbre
 Sobre el revuelto cáos,
 Quebráronse sus ejes rebatidos;
 Tronó la Omnipotencia,
 Gimieron los espacios comprimidos,
 Sus torrentes los tiempos desataron,
 En el fondo sombrío
 Los informes abismos se cuajaron,
 Suspiró lo profundo,
 Y por los vastos poros del vacío,
 Condensando las sombras, brotó el mundo.

Y dijo la Potencia soberana:
 «Hecha sea la luz.» En el instante,
 Con su pura mirada centellante,
 Tiñó de roja grana
 Y de cárdena aurora las alturas,
 Rasgó del firmamento
 Las bóvedas oscuras,
 Y sus rápidas ráfagas tejieron,
 Cruzando por el éter inflamado,
 Áureo dosel de soles,

Que, desprendidos al azar, cayeron,
 Bordando los espacios de arreboles;
 Y la sombra deshecha,
 Mostró su negra masa encadenada
 Del abismo en los senos, y bañada
 De lívido fulgor... La luz fué hecha.

«Haya luz...» y hubo luz. Rodó el acento,
 Por el viento sus olas derramando,
 Y luz do quiera derramaba el viento;
 Y la luz, desplegando
 Su blonda cabellera,
 Por la extension de la dorada esfera
 Tendió sus ígneos y revueltos mares
 De rojas ondas, y en su lumbre luego
 Encendieron los altos luminaires
 Sus fantásticas flámulas de fuego.
 La luz reinó en el orbe; en su alegría,
 Besó la frente pálida del día,
 Y, con su dulce beso,
 Al sol dejó sobre la frente impreso;
 Lloró despues, y al enjugar el llanto
 Con el celeste manto,
 Grabó en él las estrellas una á una;

Y abrió, por fin, la concha de la noche,
Desprendiendo del nácar de sus nubes
Una perla blanquísima : la luna.

Las nubes, leve incienso
Quemado en el inmenso
Pebetero del mundo, desgarradas
Por la mano del trueno,
Y en torrentes de mares transformadas,
Cayeron sobre el seno
De la candente mole de granito;
Y, á los ecos del grito
Que allí exhalaban las hirvientes aguas,
Temblaron en redor los horizontes,
Hundiéronse los valles,
Alzáronse los montes,
Rugió, agitando en vano
El líquido Océano
Sus ásperas cadenas de huracanes,
Y el fuego interno, ahogado y sorprendido
Bajo esta red de hielo,
Lanzó entre lava su postrer gemido,
Elevando hasta el cielo
La comprimida voz de los volcanes.

Sobre la faz del sólido cimiento
Tendió la flora su pomposo encaje;
Vistió el fauno sus galas;
Con latido violento
Movió la sangre el pecho de la fiera;
El ave, suspendida en el ramaje,
Lanzó á los aires las inquietas alas;
Y, al estrechar la tierra placentera
En su seno materno
A la nueva creacion, en él mecida,
Sintió bajo sus plantas el Eterno
Rodar el mundo y palpar la vida.

Llegó el último día:
La materia, arrancada
Por la Esencia creadora
De las espesas garras de la nada,
Oyó sonar la hora
Final de la creacion, y entró humillada
En el sagrado templo
De las obras de Dios, que aparecía
Con los destellos de su luz radiante,
Y por la inmensa inmensidad flotante.

Despues, bordadas las ligeras alas
 Con el fulgor del cielo,
 Coronada la frente de laureles,
 Atravesó el espíritu
 Con silencioso vuelo
 De la mansion augusta los dinteles,
 E imprimió en la materia
 Un ósculo dulcísimo. Entre tanto
 Los orbes detenian
 Su incontrastable curso, y conmovian
 La cúpula del templo con su canto;
 Oscilando, los aires elevaban
 Sus inciensos de nubes á la altura,
 Y los astros teñian
 Con luz brillante y pura
 Las cimbrias del celeste monumento,
 Y, cual gigantes lámparas, pendian
 De la bóveda azul del firmamento.

Y materia y espíritu, enlazando
 Sus castas frentes bajo el ancho velo
 Que se pierde en los ámbitos del cielo,
 Prometidos esposos,
 Que al fin iban á unirse, se estrecharon

En abrazo de amor, y silenciosos,
 Sobre la faz del mundo se postraron
 Delante del altar. Mas de repente
 Tembló la inmensidad; bramó en el cáos
 El orbe confundido;
 Un silencio imponente,
 Llenando mudo la creacion entera,
 Brotó de los profundos;
 En su eterna carrera
 Paráronse los mundos;
 Heló la luz su fuego; suspendida
 En rudo pasmo, vaciló la vida;
 Ahogó su ronco aliento
 El eco enorme de la voz del viento.
 Y adelantóse Dios: su soberana
 Diestra bajó de la azulada cumbre,
 Cruzó rasgando la extension lejana,
 Levantó de la esfera la techumbre,
 Ciñó la casta sien de los esposos,
 Unidos ante el ara en tierno abrazo
 Con la nupcial diadema,
 Y sobre el santo lazo
 Dejó caer la bendicion suprema.

Inclínada la tierra aparecía
 Ante tanta grandeza
 En el momento aquel; naturaleza
 Su engalanada frente
 Con pliegues mil de oscuridad ceñía,
 Y las sombras espesas de Occidente
 Borraban en montón de su cabeza
 El rojo rayo de la luz del día;
 Los cielos coronaban las azules
 Cimas del horizonte con sus tules
 Flotantes y tálares,
 Que al espacio en su círculo encerraban,
 Y que, ciñendo la extensión, colgaban
 Sobre la inquieta espalda de los mares;
 El sol, bordando el azulado techo
 De pálidos fulgores,
 Reclinaba sus sienes en el lecho
 Que brindaba la noche á sus amores;
 Y el mar, meciendo su cristal brillante,
 Recibía anhelante,
 Con lánguido desmayo,
 El dulce beso de su triste rayo.
 ¡Imágen hechicera!
 ¡Vision majestuosa!...

Porque la tierra era
 El dedo de la esposa,
 El anillo nupcial era el espacio,
 El sol era un topacio,
 Que de la gloria el brillo
 Dejó engarzado en el inmenso anillo.

La verdad, la virtud y la hermosura
 En las puertas del cielo presentaron
 Al fruto de esta unión, de gracias lleno,
 A recibir con el bautismo un nombre;
 Y Dios al punto le acogió en su seno.
 Era la flor más pura
 Del jardín de los mundos : era el hombre.

FRAGMENTOS.

EL TELÉGRAFO ELÉCTRICO.

FRAGMENTO.

¿Adónde vas, humanidad, perdida
Por el incierto y mágico camino
Que acerca tu destino
A los últimos lindes de la vida?
¿Adónde vas? Tu osada fantasía,
No cabiendo en el mundo, rompe y crece,
Y á otro espacio se lanza y se desvía.
La tierra se estremece
Al impulso del rudo movimiento,
La bóveda del cielo se levanta,
Se oprime el aire, se amontona el viento,
Y cruje el firme asiento,
Del estridente golpe contrastado.
¿Será que el tiempo que pasó, aterrado,

Del insondable porvenir se espanta,
 Y al penetrar en tu futura historia,
 Se abate y se derrumba,
 Y tiembla de pavor bajo su tumba?
 ¿Será que el peso de tu inmensa gloria
 Sobre el orbe gravita,
 Y el eje poderoso
 De la gigante máquina del mundo,
 Cual masa inerte, suelta
 Al aire vagoroso,
 Se agita y desaparece en veloz vuelta
 En los oscuros senos del profundo?

Tú vuelas incesante,
 Y en vano anhelo el pensamiento ansía,
 Vacilante y sin tino,
 Seguir do quier tu procelosa vía,
 Penetrar no pudiendo
 Dentro la sima tenebrosa y honda
 Hacia que vas, en alas del destino.
 Detente, y deja que mi frente esconda
 Entre el revuelto y denso remolino
 Del polvo que tu planta
 En su carrera rápida levanta;

Permite que pasmado
 Tu afán contemple, y con espanto vea
 Si, airada y orgullosa,
 Has acaso en tu furia traspasado
 La línea misteriosa
 Que el dedo eterno de tu Dios ha escrito
 En el linde fatal del infinito.

Tú surges en el mundo, cual la aurora,
 Borrando impuras sombras,
 De los profundos senos se dilata,
 Tendiendo las magníficas alfombras
 De nácar y de plata
 Por los revueltos mares,
 Y derramando el fúlgido tesoro
 Por las cimbrias del cielo, se desata
 En luces de esmeraldas y de oro.
 Brotas, bullendo por la faz extensa
 De esta mole de piedra, que algún día
 Bajo la enorme pesadumbre inmensa
 De otra más grande humanidad gemia;
 Helada roca que quizás cruzaba
 La noche de los tiempos, y pasaba,
 De mil pueblos las tumbas encerrando,

De otro mundo tal vez cadáver frío,
Que vagaba al acaso en el vacío,
Su sudario de nubes arrastrando.

La nada eras ayer, y eres el todo.
Ayer también, y al sacudir tu frente,
Las tinieblas del caos...

.

(Falta lo demás.)

EL ARTE.

COMPOSICION SIN CONCLUIR.

Si en el rauda discurso de la vida
Pudisteis una vez el pensamiento
Lanzar á mi region desconocida,
Adivinar, mortales, mi existencia,
El dulce són de mi armonioso acento
Sentir acaso, y en inquieto anhelo
Soñar mi sér y adivinar mi esencia;
Si reflejado visteis en el cielo
Cuanto, envuelto en las ondas del profundo,
Trazó el Sér de los seres Soberano
Con su potente mano
En el libro fantástico del mundo;
Si osados descubristeis mi belleza
Tras el espeso velo

Con que oculta su faz naturaleza;
 Si admirasteis mi célica hermosura
 Entre las nubes densas y flotantes
 Que oscurecen mi cielo,
 Y, cual chispas brillantes
 De inmarcesible gloria, santa y pura,
 Visteis resplandecer las luces bellas
 De sus radiantes, fúlgidas estrellas;
 Todos llegad, mi diestra omnipotente,
 Mortales, á besar : quiero elevaros
 Hácia mi excelso trono, y frente á frente,
 Con el sol de mi fama,
 A la luz de la gloria contemplaros.
 Mi espíritu fecundo ansioso os llama
 Porque voleis tras él; mi voz os nombra:
 Postrad las frentes ante el ara mía,
 Y el polvo de mis plantas removiendo,
 Flores buscad, que nacen á mi sombra;
 Y rosas y laurel entretejiendo,
 Coronad vuestra rica fantasía.

Cuando el mundo sus huellas arrastraba,
 Por los confusos límites del tiempo
 Vacilante vagando;

Cuando el gérmen del hombre se agitaba
 En su rugiente seno,
 Y perdido, al azar iba cruzando
 De negras sombras el espacio lleno,
 Por servirle de guía
 El cielo me envió : cortó ligera
 Los aires azulados
 La augusta planta mía;
 Y vieron admirados
 Brotar laurel su sien, á los destellos
 De mi luz, los humanos, y con ellos
 Seguí del cielo la inmortal carrera.
 Y á las puertas llegué, y allí presido
 La máquina del orbe; y las deidades
 Cuyos templos alcé, mi templo adoran.
 Revuelvo y amontono las edades
 En incierta y bullente fantasía;
 Mis matices coloran
 La ruda y terrenal naturaleza,
 Y al sonante sonido
 De la palabra mía,
 Por cauces de belleza
 Miro correr torrentes de armonía;
 Y allí mi trono fúlgido ilumino,

Y allí el sagrado de mis glorias fundo,
 Y, á los dulces latidos del divino
 Corazon del Eterno, vibra ardiente
 El limpio rayo de mi augusta mente,
 Instrumento de Dios, alma del mundo.
 Del empíreo á la cumbre
 Impávido ascendí; su pensamiento
 Arranqué al Hacedor, y la memoria
 Bañé del hombre en su preclara lumbre;
 Y al poderoso aliento
 De la divina inspiracion, trazada
 Miré do quier por la falange humana
 La huella soberana
 Que yo soñé, y eternicé su gloria.
 Si aún está de vosotros ignorada,
 Si, ciegos á los rayos eternos
 De mi esencia infinita,
 No la visteis cruzar los altos cielos,
 Deletread, mortales,
 En los flotantes, desplegados velos
 Del tiempo que pasó, mi historia escrita.
 Ved las nubes purísimas que un día
 El trono de los ángeles formaron,
 Cuál los aires cruzaron,

Y proclamando la victoria mia,
 Mis fantásticas obras coronaron.
 Ved los hombres nacer, las sociedades,
 Reuniéndose, formar y las naciones.
 Mirad desarrollarse las edades
 Sobre el manto del cáos, y las olas
 De la naciente humanidad, creciendo,
 Del orbe hasta las últimas regiones
 La fama de mis lauros extendiendo.
 Mirad al tardo paso
 Con que el mundo se arrastra por la vida,
 Afirmarse mi imperio soberano,
 A la luz de la gloria esclarecida,
 En régio sòlio, inmarcesible asiento:
 Así los tiempos sin cesar rodando,
 Cada siglo un altar me alzaba ufano,
 Cada generacion un monumento.
 ¿Quién rigió sus destinos? ¿Quién entónces,
 De los hombres la prez divinizando,
 Lanzó á la eternidad su nombre, escrito
 En mármoles y bronce,
 Por el vasto confin del infinito?
 ¿Quién sembró en los espacios,
 Con incesante anhelo,

Pirámides gigantes y elevadas,
 Y circos y palacios,
 Y templos y basílicas sagradas?
 ¿Quién sus agujas escondió en el cielo?
 Sus imágenes bellas ¿trasladadas
 Por mi pincel no fueron? ¿Quién al lienzo
 La vida supo dar? ¿Quién inspiraba
 Los sentidos dolores,
 Los dulcísimos tonos del Profeta,
 Que, triste y melancólico, cantaba
 Cuando Sion caía?
 ¿Quién esparció en los aires la armonía?
 ¿Quién coronó de flores
 El arpa melodiosa del poeta?
 Yo solo fuí, yo solo. Vi los reyes
 Del Olimpo saliendo,
 Y á los antiguos pueblos dirigiendo:
 Sus bustos peregrinos
 En mil estatuas levanté inmortales,
 Que existieron eternas, presidiendo
 De los pueblos futuros los destinos.
 Mis manos modelaron
 La dura piedra en que sus santas leyes
 Los humanos trazaron,

Y en el alcázar de la fe guardadas
 Por mis ángeles fueron;
 Y con el óleo de mi santa esencia
 Consagré de los héroes las espadas;
 Y los sabios trajeron
 A mi altar las primicias de su ciencia;
 Y á los dioses profanos, que algun día
 Inciensos mendigaban y loores
 Ante la gloria mía,
 Aras labró mi diestra omnipotente,
 Sus deleznales templos levantando,
 Adornados de flores.

Pero siempre mi sér lució esplendente,
 Sobre las altas cúpulas brillando;
 Y yo, que fuí, que soy, que seré siempre
 Sobre todo lo humano; que en mi mente
 Encierro al *Todo*, y en mi sér existo...

.
 Llegó la hora suprema,
 Y ante una cruz que destilaba sangre
 Doblé mi alteza, y prosterné mi frente
 Ante el divino resplandor del Cristo...

.

Las pasiones del hombre, que volando
 En torbellino bramador y ciego,
 Y en espantable confusion tronando,
 Agostan con su fuego
 Del corazon la tímida ternura,
 Y se agitan, rompiendo
 El límpido cristal del alma pura,
 Sujetan á mi yugo soberano,
 Tiemblan bajo mi mano,
 Culto á mi imperio triunfador rindiendo.
 La gloria, la virtud, el sentimiento,
 Las dichas, los dolores,
 La agitacion fugaz del pensamiento,
 Cuanto de vida el universo llena,
 Fantástica cadena
 Es de mágicas flores,
 Que en mi diestra radica, y con sus lazos
 Voy sin cesar uniendo los pedazos
 Del agitado espíritu del mundo;
 Y á mi libre albedrío,
 Por el antro profundo,
 Su carrera gobierno en el vacío.
 Amor, divino amor, tú solo, un día,
 En alas de la inquieta fantasía

Soñaste á mí llegar : en los cristales
 De mi luciente y celestial grandeza
 Miraste reflejarse tu belleza,
 Y volviste á caer ; si los mortales
 Tu gigante poder sienten y admiran,
 Y en tu brillo hechicero,
 Engañados, te miran
 Más que yo levantarte, es porque quiero
 Que, adornado de regios oropeles,
 Te remontes ufano
 Con temblorosa mano,
 Mis sienes á ceñir con tus laureles...

.
 Luce el día por fin : el tiempo pasa
 Con su manto de siglos, impelido
 Por el soplo de Dios en raudo vuelo;
 La negra y densa y tenebrosa masa
 Que en su crespon oscuro
 Envuelve al sér humano, sumergido
 Del globo en la estrechez, se rompe al cabo,
 Y aparece *Platon*, hijo del cielo.
 Nace inmortal entre el ambiente puro
 De divina ambrosía,
 Y del Eden con el fulgor vestido,

Baja á la tierra en el grandioso día,
 A esconder en sus senos la memoria
 De las bellezas que admiró en la gloria.
 La dilatada zona,
 Del rayo contrastada, cruje ardiente :
 Cuanto el mundo en sus límites encierra,
 En confuso desórden se amontona,
 Y acuden las naciones á la frente
 De otras naciones á arrojar la guerra ;
 Los aires oscilantes
 Pesan, del polvo de la muerte llenos,
 Y el fuego de los muros humeantes
 De la soberbia Troya
 Con su sangre enardecen los helenos.
 Sobre la abierta tumba del pasado
 Suena el canto guerrero
 Del pueblo vencedor, que alza potente,
 Ante el pueblo admirado,
 La voz sonora del divino *Homero*.
 Vedle : la calva frente
 Hácia el suelo inclinada.
 ¡Tanto pesa su gloria!...

(Falta el resto.)

ECOS EN LA NOCHE.

FRAGMENTOS.

Llegué á la cumbre al fin : la piedra dura
 Del monte, que sus rocas desmelenan
 Entre los pliegues de la sombra oscura,
 Bajo mis piés hollé; la noche fría
 Su frente alzó serena,
 Y en ella descansé la frente mía.
 Ansió mi pecho el inmortal consuelo
 Que en los cielos se encierra,
 Y apoyando mis plantas en la tierra,
 Conseguí con afán besar el cielo.
 Dejó escapar su aroma perfumado
 La flor del infinito,
 Y vino á confundirse con mi aliento;
 Y á este beso sagrado,

Quedó, con el color del firmamento,
 El nombre *Dios* sobre mi labio escrito.
 Hé aquí por qué ese Dios en mi memoria
 Vive, y late en mi vírgen fantasía;
 Hé aquí por qué los mármoles y bronce
 De la tierra cantaron su poesía,
 Y por qué desde entónces,
 Queriendo el arte reflejar su gloria,
 A los labios del hombre
 Les fué preciso articular su nombre.

Huyó el sol al ocaso,
 Revolviendo en el mar su roja lumbre;
 Lanzó la noche su gigante paso,
 Y bordando del aire en la alta cumbre
 Con montones de sombras sus colores,
 Tendió su manto en la region do duermen
 Su sueño los horrores,
 Y allá batió sus alas siempre oscuras,
 Con negros pliegues envolviendo al mundo,
 De pardas nubes erizando al cielo,
 Atando con sus lazos las alturas,
 Y en fin, rodando derrocada al suelo.

Las voces de los aires resonaron,
 Cortando la tiniebla,
 Y entre el sudario de la espesa niebla,
 Pavorosos gemidos derramaron.
 Las montañas gigantes
 Lanzaron, elevándose, al espacio
 Sus cimas arrogantes,
 Como tropa de espectros, que trayendo
 De la creacion al mágico palacio
 Sus alzados pendones de victoria,
 Los fueran en los cielos extendiendo,
 Ornando las esferas,
 Al entonar el cántico de gloria,
 Con el manto talar de sus banderas.

Y sus velos oscuros
 Los llanos á lo léjos extendian,
 Témpanos negros, que la sombra helaba;
 Y en los dudosos apartados muros
 Que al vasto firmamento circuian,
 Perdido el horizonte se enredaba,
 Y el mundo, cual fantasma vaporoso,
 Se alzaba tenebroso,
 Oscilando en los aires del misterio;

Y allá su inmenso cinturón ceñía,
 Al rededor de la llanura extensa,
 El cóncavo hemisferio,
 Enorme cráneo, donde el mundo piensa.

Era la noche en fin. Yo vacilaba
 Sobre la enhiesta roca, contemplando
 Con estupor profundo
 El grandioso silencio que pesaba,
 Helado, sobre el alma, y admirando
 La gigantesca soledad del mundo,
 Que desierto, imponente,
 Desplegaba á mis piés su negra alfombra,
 Mientras sobre mi frente,
 Bañada en mares de revuelta sombra,
 Ecos tristes y roncós resonaban,
 Hiriendo la extensión con golpes secos.
 Rompió, por fin, del pecho las prisiones
 Mi voz vibrante, y preguntó á los ecos:
 «¿Por dónde debo dirigir mi planta
 A la hermosa mansion que, entre montones
 De locos sueños, mi ambición levanta?
 ¿Cómo la antorcha de la mente mía
 Encender en la luz de la poesía,

Y á su fulgor brillante
 Recorrer las ruinas de la historia,
 Y escribir anhelante
 En los pardos escombros
 De los pasados siglos mi memoria?
 ¿Cuál es la senda que á la historia guía?
 ¿Cómo atar con cadenas de laureles
 Al alma, que en mi seno vaga incierta?
 ¿Cómo subir al encantado templo
 De la inmortalidad, y en sus dinteles
 Osado penetrar? ¿Cuál es la puerta?

»— Esta», dijo una voz.

.

Alzabase el altar : naturaleza
 Su coronada frente
 Con pliegues mil de oscuridad ceñía,
 Y las sombras espesas de Occidente
 Borraban á la par de su cabeza
 El rojo rayo de la luz del día.
 En la celeste cumbre
 Del encantado templo, las estrellas,

Antorchas de los ángeles, brillaban,
 Y recamados de guirnalda bellas
 De misteriosa lumbre,
 Los azulados velos
 Con su pesante inmensidad colgaban
 De la bóveda augusta de los cielos.
 Esperaban los orbes el momento
 Con silencio profundo,
 Y rasgando la luna el firmamento,
 Cual lágrima postrera desprendida
 Del llanto del crepúsculo y vertida
 Del aire en los cendales,
 Con tibia palidez bañaba al mundo,
 Do los seres mortales
 En blando sueño, á su fulgor, dormían,
 Y las flores abrian
 Su perfumado broche,
 Exhalando su aroma entre los giros
 Do mece sus suspiros
 Y su aliento suavísimo la noche.

Salve, supremo Dios : tu nombre miro,
 Escrito en las alturas, destacarse
 A través del azul, y en el espacio

Contemplo tu palacio
 Con guirnalda de mundos dibujarse,
 Y la fragancia de tu esencia aspiro,
 Que esparce por el viento
 La esencia de la luz de las estrellas,
 Azucenas purísimas y bellas
 Del inmenso jardín del firmamento.

(Hasta aquí escribió el autor.)

EL CAPITAN.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ¹.

II ².

LA ORGÍA.

CORO DE SOLDADOS.

Brindemos, amigos;
Las copas llenad
De ponche, de vinos,
De rom y champañ.
Cantemos mil himnos
Al Dios del placer :
Bebed y brindad,
Brindad y bebed.

¹ Se halló incompleta entre los borradores del autor.

² Claramente indica este número que la leyenda no principiaba aquí; pero no se ha hallado el principio de ella.

UN SOLDADO.

Brindo por el dulce néctar
 Que nuestro sér adormece,
 Que la razon entorpece,
 Que quita pena y dolor.
 En el vino está la dicha,
 En él están mis pasiones,
 En él nuestras ilusiones,
 Sólo en el vino mi amor.

OTRO SOLDADO.

Brindo por el ébrio beso
 De mi querida dichosa,
 Y que su copa espumosa
 Apague mi ardiente sed;
 Y ella, bebiendo conmigo,
 Traslade con risa loca
 Desde su boca á mi boca,
 Con el licor, el placer.

OTRO SOLDADO.

Yo brindo por el valiente
 Que sabe vencer y amar,

Ardiente en el pelear,
 Y en enamorar ardiente.
 Ora contrario, ora amigo,
 Debe, por su buena fama,
 Humillarse ante su dama,
 Y humillar á su enemigo.

OTRO SOLDADO.

Yo sólo á gozar aspiro:
 Siempre en trocar me intereso
 Mi corazon por un beso,
 Mi vida por un suspiro.
 Brindo por los dulces lazos
 Que me tienden las mujeres,
 Y ansio agotar en sus brazos
 La copa de los placeres.

OTRO SOLDADO.

Vos, ¿no brindais, Capitan?

DON FERNANDO.

Compañeros, sí, por Dios:
 Brindo por vosotros todos,
 Por mi dama y por mi honor,

Y que la guerra cruel,
A que el Rey nos convocó,
Felizmente se termine
Con la sangre del traidor.
Que Dios la victoria otorgue
A quien tenga la razon,
Y que yo al triunfo os conduzca,
Digno de vuestro valor,
Pues cristianos y leales
Siempre mis soldados son.

LOS SOLDADOS.

¡Bravo! ¡Viva el Capitan!

DON FERNANDO.

¡Que viva el tercio español,
Con su invencible bandera,
Con su indomable leon!

LOS SOLDADOS.

¡Viva!

DON FERNANDO.

Gracias, muchas gracias.—
Pero la tarde pasó,

Y ya basta de locura,
De brándis y diversion.

UN SOLDADO.

Que cuente Hernan una historia.

HERNAN.

La contaré.

LOS SOLDADOS.

¡Bien, por Dios!

HERNAN.

Mas silencio prometedme.
Escuchadme, y atencion.

LOS SOLDADOS.

Escuchamos y atendemos.

HERNAN.

Es caso que sucedió
Há tiempo, y yo le intitulo:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

Don Gaston de Benavente,
 Con su gente,
 A la campaña salió ¹,
 Y dispuesto en són de guerra,
 Por la tierra
 De los moros se metió.

Es jóven y aventurero,
 Caballero
 De muypreciado solar;
 Son sus únicos trofeos
 Y deseos
 Tener moros que matar.

Capitan de una partida,
 Distinguida
 Por su bélico valor,
 Es su lema y su bandera
 Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

¹ Imitacion de la primera estrofa de la balada de Barrantes, *Esposa sin desposar*, que empieza:

Carlos Quinto, rey de España,
 A campaña
 En són de guerra salió, etc.

Sus intrépidos donceles
 Los corceles
 Lanzan veloces al par:
 «¡Sus! ¡al arma, caballeros!
 ¡Sus! ¡ligeros!
 Al agareno á buscar.»

Ya las huestes se encontraron,
 Y juntaron
 A guisa de combatir;
 Ya los infieles, vencidos
 Y perdidos,
 Sólo piensan en huir.

De los cristianos á gloria,
 La victoria
 Se declara sin dudar;
 Cortan sus filos tajantes
 Mil turbantes,
 Y mil cabezas al par.

Y cual buenos compañeros,
 Los guerreros
 Van el botin á coger;

Y sin riñas, sin enojos,
 Los despojos
 Partes iguales á hacer.

Una de ellas, de derecho
 (Trato hecho),
 Pertenece al Capitan;
 Y es una esclava, doncella,
 Tierna y bella,
 Hija de Alí-ben-Cotan.

¡Ay! ¡que en mal hora se hizo
 Tal hechizo
 Preso de guerra en accion!
 Cautivo de su cautiva,
 Miéntras viva,
 Será siempre don Gaston;

Pues las gracias de la ufana
 Mahometana
 Su alma acaban de rendir,
 Y con gallardo talante,
 Al instante
 Así él empieza á decir:

«¡Oh tú, bella prisionera,
 La primera
 Que tan hermosa miré!
 Todo por tí lo dejara
 Y olvidara,
 Méenos mi cristiana fe.

»Y cuanto tu labio pida,
 Dulce vida,
 Te lo ofrecerá mi amor...
 Manda pues; que es mi bandera
 Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

«—¡Oh caballero cristiano,
 Cuya mano
 Tan fuerte y bizarra es!
 Si un solo favor, que puedes,
 Me concedes,
 Mi amor te daré despues.

»Mi buen padre, que me adora,
 Preso llora
 Por órdenes del Emir,

Que es Abderraman el Breve,
 Un aleve,
 Que me quiso seducir.

»Y mi padre no queria
 La honra mia,
 Cual un infame, vender;
 Y por su firmeza ó sino,
 Al fin vino
 La libertad á perder.

»—Cesa, mi bella, en tu apuro.
 Yo te juro
 O libertarle ó morir.
 Yo forzaré las prisiones
 Y pasiones
 De Abderraman el Emir.»

.

De todas armas armado,
 Y montado
 En un soberbio alazan,

Parte en fin el caballero
 Aventurero,
 En busca de Abderraman.

Paso en silencio el camino
 Que el noble galan llevó,
 El cómo llegó á Granada
 Buscando al moro feroz,
 Y demas que no hace al caso
 A mi pobre narracion;
 Y os diré sólo las frases
 Que el Capitan dirigió
 A un jóven y hermoso paje,
 Que la mora le envió.

«Pajecillo, pajecillo,
 Que eres correo de amor,
 Que á los amantes das vida,
 Y á los males curacion;
 Si tantos secretos sabes
 Contra amoroso dolor,
 ¿Por qué no me indicas luégo
 Un remedio á mi pasion?

¡Ay! yo soy el caballero
 De la infiel que te envió;
 El entre mil desdichado,
 El capitan don Gaston,
 El que á imaginar no acierta
 Por qué ni cómo quedó
 Vencido por una mora
 Quien tantos moros venció.
 ¡Ay! vé pronto, pajecillo,
 Pues correo eres de amor,
 Y di á la bella agarena
 Lo que mi labio dictó.
 Dila que libré á su padre
 De muy horrenda prision,
 Y que maté á sus verdugos,
 Miéntas salvo se fugó
 Para unirse con su hija
 Y darla mi corazon;
 Que yo así se lo encargué,
 Y él así se lo llevó.
 Mas no la digas ¡oh paje!
 Cómo mi brazo retó
 A decisivo combate
 A Abderraman el traidor;

No digas que, fementido,
 El Emir me aprisionó,
 Desentendiendo ¡villano!
 Mi justa provocacion;
 Que si, cual la mora gracia,
 Tuviera el moro valor,
 No se viera sentenciado
 Un caballero cual yo
 A morir en un suplicio
 Con infamante baldon.
 No la digas que un cristiano
 No recibe deshonor
 De que la mano de un moro
 Corte su cuello á traicion...
 Mas dila sólo que siempre
 Cumple lo que prometió;
 Que valeroso y honrado,
 El capitan don Gaston,
 Constante hasta en el cadalso,
 Cuando á la muerte marchó,
 Llevó escrito en su bandera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.»

UN SOLDADO.

Pláceme la tal historia,
Y prometo, por mi fe,
Que nunca la dejaré
Ni un punto de mi memoria.

OTRO SOLDADO, *todo ébrio.*

Pues no es ménos verdadero
(Con el permiso de Hernan)
Que fué el don Gaston galan
Un solemne majadero.

DON FERNANDO.

Eso no, ¡voto á mi nombre!
Aquel que en algo se tiene
Debe ser, cuando conviene,
Caballero ántes que hombre.

EL SOLDADO.

Capitan, vos delirais;
Y si mal no me equivoco,
Ya se os va notando un poco
Lo enamorado que andais.

Y el más lerdo adivinara
Que alabais á don Gaston
Porque os ciega la aficion
Que teneis á doña Clara.

DON FERNANDO.

Deten, bellaco, esa lengua,
O trágatela entre el vino,
Que la cabeza y el tino
Te está turbando con mengua;
Que á esa dama respetada
Sólo se nombra ¡villano!
O con la gorra en la mano,
O con la mano en la espada.
Soldado, yo te perdono;
Pero ¡guay si en algun dia,
Al jugar con mi hidalguía,
Ganaras sólo mi encono!
Señores, á recoger;
Y á caballo todo el mundo
Cuando el rostro rubicundo
El alba nos deje ver.

III.

LA DESPEDIDA.

Dijo, y la puerta cerrando
Con sin igual arrogancia,
Salió fuera de la estancia
El capitan don Fernando.

El que, acatando la ley,
Y partiendo á extraña tierra,
Va á conquistar en la guerra
Ciudades para su rey.

Hace temblar solamente
Su mirada prodigiosa,
De amor á la desdeñosa,
Y de pavor al valiente.

Él es el amante blando
Que en los jardines trovaba,
Y que tanto suspiraba,
Dulces endechas cantando.

Él mendigaba algun día
De amores una corona;
Hoy ha cuantas ambiciona
Su incansable fantasía.

Él, de las bellas querido;
Él, en las zambros buscado;
Él, en las guerras hallado;
Él, de los hombres temido;

Porte gentil, dulce acento,
Mirada firme y severa,
Larga y negra cabellera
Lanza sus rizos al viento;

Mostacho largo y rizado,
Con las puntas hácia arriba;
Faz serena, pero altiva;
Castoreño ladeado,

Figura marcial y ufana,
Mano diestra en la cintura,
La izquierda en la empuñadura
De su fina toledana.

Marcha con paso ligero
Y talante que da asombro,
La capa roja en el hombro,
Blanca pluma en el sombrero,

Y de corte rico traje,
Do va sembrado un tesoro,
Preciosos broches de oro,
Preciosa gala de encaje.

Tal es don Fernando *el Fiero*,
Cual le dicen en campaña;
Honor y gloria de España,
Estampa del caballero;

Y á dar va con gran dolor,
La noche de su partida,
Un adios de despedida
A la prenda de su amor.

Ruborizando á las flores
Y dando envidia á las auras,
De su jardín en la reja

Está pensativa Clara.
Con la mano en la mejilla,
Con el codo en la ventana,
Y los ojos en el cielo,
Y el desconsuelo en el alma;
Triste y abatida, riega
Con sus cristalinas lágrimas
Las bellas y frescas rosas
Que suben á acariciarla;
Y al robarles el perfume,
Y al oscurecer sus gracias,
Las flores, doblando el tallo,
Mustias y marchitas bajan.
Dirige Clara á la luna
Sus vacilantes miradas,
Cual si con ellas quisiera
De su amor enamorarla,
Y la reina de la noche
Detiene su lenta marcha
Porque la niña se mire
En sus espejos de plata;
Y luego por los espacios
Blandamente se resbala,
Envolviéndose en los pliegues

De mil nubecillas blancas,
 Que por do quiera la cercan,
 Y el limpio fulgor le empañan,
 Porque, sentidas y amantes,
 Están celosas de Clara.
 Todo en torno está tranquilo;
 Densa y profunda es la calma,
 Hasta que suenan las doce
 En el reló de la casa.
 Entónces Clara dirige
 Su vista ansiosa, azorada,
 A las torcidas revueltas
 De una calleja inmediata.
 A poco una negra sombra
 De la pared se destaca,
 Que, misteriosa, semeja,
 Más que un hombre, una fantasma.
 Se oye, al andar, el sonido
 De las espuelas que calza,
 Y aunque encubierto se muestre,
 Al punto le acreditaran,
 De asaz mancebo, su paso;
 De recatado, su capa;
 De muy noble, su talante;

Y de militar, la espada.
 Dirígesse presuroso
 A las denegridas tapias,
 Y al trasponerlas de un salto,
 Fija en el jardín la planta.
 Con paso firme y seguro
 Atraviesa la enramada,
 Que la reja consabida
 Vela y al par engalana;
 Y al ver á su amor, que há tiempo,
 Ansiosa, su vuelta aguarda,
 Fino y galan, la saluda,
 Y de hinojos da á sus plantas;
 Y en una mano divina,
 Que modelaron las Gracias,
 Beso arrobador, ardiente,
 Con labios de fuego clava.
 Entónces un animado
 Coloquio entre ambos se entabla,
 En el cual mediaron estas
 O semejantes palabras:

«Os voy, señora, á contar ¹,
Entre suspiros y flores,
La historia de unos amores:
Veréis ¡qué hermoso es amar!

»Ella pura, él lisonjero;
Ella feliz, él amante;
Ella hermosa y él constante;
Ella noble, él caballero;

»Se vieron, y cual el viento
Mece dos nítidas rosas,
A sus almas amorosas
Movi6 el comun sentimiento.

»Él dió en rondar sus hogares
Y cantarla su aficion,
Ella en huir la ocasion
Y no escuchar sus cantares.

»Por fin él, osado, dió
Un billete á la doncella,

¹ Todo este razonamiento está tachado en el autógrafo.

Billete de amor, y ella
Suspirando lo leyó.

»Quedaba el galan allí
Su vida ó muerte esperando,
Y ella al fin dijo temblando,
Con voz argentina: «Sí.»

»Loco de amor, «¡Oh! bendita,
Dijo el doncel, sea esta hora.»
Y tuvo razon, señora;
Que aquel sí daba una cita.

»Mas cuando á la cita fué,
La dama le despidió,
Y él perdon la demandó
De querer con tanta fe.

»Sólo el perdon...—y su suerte
Será morir satisfecho;
Que lo que guarda en el pecho
No se mata con la muerte.

»Él sabe que ella le adora,

Que se abrasa en su pasión :
 ¿Por qué, pues, su corazón
 Se niega tenaz, señora?

»¿Por qué á la tierra, en estío,
 Tiende la noche su manto,
 Si ella no bebe su llanto
 De saludable rocío?

»¿Por qué al rutilante sol
 Cubren las nubes de Mayo,
 Si no recogen su rayo
 Y se adornan de arbol?

»¿Por qué, al despuntar la aurora,
 Abre su cáliz la flor,
 Si no respira su olor
 El aura que la enamora?

»¿No es mejor vivir amando,
 No es mejor vivir queriendo,
 Que vegetar pereciendo,
 Y perecer suspirando?»

.¹

Otras curiosas razones,
 Que se ignoran ó se callan,
 Mediaron entre el mancebo
 Y la dama enamorada.

Yo no sé más que la brisa,
 Que maliciosa escuchaba,
 Escondida entre las flores,
 Esta interesante plática,
 Llevó el sonido de un beso
 Perdido en la noche vaga.
 Que allí los finos amantes
 Hora tras hora contaban
 En el reló del amor,
 Que siempre ligero marcha;
 Que escondió su luz la luna

¹ Falta un trozo; en cambio sobra otro, que parece anterior, tachado también é inutilizado, por estar casi todo incluido en lo que va impreso.

Entre nubes de esmeraldas,
Acaso por libertarlos
De inoportunas miradas;
Que allí los halló el tardío
Lucero de la mañana,
Y les forzó á separarse,
Con sus fulgores, el alba;
Que tornó á su afán la niña,
Y á cerrarse la ventana,
Y las flores á su sueño,
Y el trovador á las tapias,
Perdiéndose por las calles,
Envuelto en la negra capa.
Lo demas adivinadlo,
Pues mi pluma es muy callada,
Y no revela secretos
Que son secretos del alma.

(Concluye aquí el fragmento.)

APENDICES.

CUATRO PALABRAS

ACERCA DE LAS POESÍAS QUE FORMAN ESTA COLECCION.

A los versos del poeta señaladísimo D. JOSÉ MARTINEZ MONROY, arrebatado en flor á las letras, precede en este libro la elocuente prosa del insigne publicista D. Emilio Castelar, cuya fácil pluma ha trazado la biografía-elogio del malogrado jóven, felizmente inspirada por la amistad, hábilmente servida por el ingenio.

Sin obedecer á la ley de la rima, no dejan por eso de ser tambien verdadera poesía las sentidas razones, los brillantes rasgos y armoniosas cláusulas por el Sr. Castelar dedicadas á la memoria de su amigo. El saber del filósofo, que por todas partes asoma en ellas, no les quita, sino que les afianza, el carácter poético, si creemos á Lope de Vega, cuando solemnemente afirmó que la poesía era filosofía.

Tras poesía en prosa y en verso, regalado banquete de exquisitos manjares, difícil es ofrecer plato nuevo no desagradable á nuestros lectores, que han saboreado ya largamente los más deleitosos al gusto. Den por concluido el convite con la leyenda de *El Capitan*, y reciban esto que despues añadimos,

á la manera que se toma, para levantarse de la mesa, un poco de agua sin olor, color ni sabor, la cual no se bebe, sino que se restituye al vaso, como destinada no más que al refrigerio de la boca.

Ha dado admirablemente á conocer el Sr. Castelar, en la biografía de MONROY, las prendas intelectuales y morales de su jóven amigo; ha omitido con discrecion los sucesos de su corta y poco notable vida. Quizá los eche ménos alguno: si ésta es falta, procuren suplirla aquellos á quienes más en justicia correspondiere. MARTINEZ MONROY, por su talento como por su virtud, por la amabilidad de su carácter como por el dulce atractivo de la edad floreciente, vivió entre compañeros de sus alegres años, de sus estudios é inclinaciones, cualquiera de los cuales podría manifestar, mejor que nosotros, qué había sido Monroy en el seno de su familia, qué fué en las aulas, y qué era solo consigo, con su pensamiento y su pluma. Quien apenas le vió una vez, quien sólo vagamente recuerda el metal de su voz insinuante, quien sólo al mirar su retrato se ha podido representar de nuevo su simpática fisonomía, no es quien debe particularizar una vida que no conoció, testigo de oídas, intérprete frio de fervorosos afectos, que, léjos de debilitarse en tres años, ha hecho más tiernos, y aún sagrados casi, el prematuro y tiránico rigor de la muerte. Con noticia exacta de los hechos, y con aquel amor que sabe enriquecer la verdad más sencilla, sacará á luz en su dia la breve historia de Monroy alguno de sus cariñosos amigos; y nuestra tarea, mientras tanto, será decir un poco del autor, y no mucho de sus escritos: de él se escribirá más adelante cuanto convenga, y ellos dicen de sí más que á nosotros nos fuera dado.

D. JOSÉ MARTINEZ de LEZUZA y GARCÍA de MONROY

nació en Cartagena, á 25 de Enero de 1837, y fueron sus padres D. Juan Martinez de Lezuza y Serrano, propietario y farmacéutico en aquella ciudad, y D.^a María Catalina García de Monroy y Martinez. El despejado natural que mostró desde luégo el niño, hizo que sus padres le aplicaran muy pronto á los estudios de primera enseñanza, en los cuales se distinguió con gran lucimiento: á la edad de nueve años había obtenido tres medallas de premio de la Sociedad de Amigos del País, y traducía y escribía el frances, segun declaracion de su maestro D. Guido Montbrun, como si hubiera nacido en la capital de Francia. Poco tiempo despues, á 16 de Mayo de 1847, falleció su padre, dejando á la viuda y al hijo, por efecto de circunstancias azarosas, con recursos escasos. D.^a Catalina, cuyo padre vivía aún en Murcia, se volvió con él; MONROY entró de alumno interno en casa del profesor de latinidad D. Santiago Soriano, y cursó los cinco años de filosofía en el Instituto de Murcia, mereciendo en todos los exámenes la censura de sobresaliente, y el grado de bachiller por unanimidad.

Había contraído segundas nupcias D.^a Catalina con D. José María Piseti, quien ejerciendo con José MONROY oficios de verdadero padre, le trajo á Madrid por Setiembre de 1852, para que ingresara en la Universidad Central, donde, hasta 1859, estudió con las mejores notas Derecho y Administracion, pero á costa de su salud, nunca muy fuerte. Regresó á Murcia enfermo, al lado de su madre y de su padre político; lleváronle á su casa de campo de La Palma, partido rural de Cartagena, y á este puerto por último, buscándole alivio en la benignidad del clima; fué todo en vano: en 22 de Setiembre de 1861, á las once de la noche, á la edad de veinti-

cuatro años, ocho meses y cinco días, pasó de esta vida José MONROY, dejando en la más desconsolada amargura á su madre amantísima, á su excelente padre político y á todos los individuos de su familia. Descansan sus restos en el cementerio de la parroquia de Cartagena, y su nicho se distingue por un nombre y dos apellidos: debajo de una cruz se lee sólo esto: *José Martinez Monroy*. Nos ha dado estas breves noticias uno de sus mejores amigos. Palabras de otro nos servirán de introduccion á las ligeras observaciones que nos proponemos hacer sobre las obras de nuestro malogrado poeta.

EL GENIO.

«Sabido es (dice el ilustrado jóven á quien aludimos) cuán frecuentemente hablan los viejos de su pasado; pero no se ha notado como se debe (y acaso parecerá la afirmacion paradójica) que mucho más se ocupan los jóvenes en su porvenir. Cosas son ambas naturalísimas, militando en pro de los últimos la mayor fuerza de la edad, y la ventaja que siempre lleva la esperanza al recuerdo. En cuanto se reunen dos viejos, ponen en prensa la memoria para referir lo que sucedió; así que se juntan dos jóvenes, dan rienda á la imaginacion, y en sus veloces alas procuran, sin conseguirlo nunca, ver el porvenir entero, contemplar cada una de sus facetas, y examinar, no sólo los colores, sí que tambien los tornasoles todos. Uno de los secretos, sin duda, que más importa arrancar á Proteo, es el de la predisposicion natural de cada uno, para poder, en su vista, elegir profesion adecuada; y éste es uno de los temas favoritos, de los repasados soliloquios y de las ardientes controversias de la juventud.

»Sobre este tema discurríamos varios, no hace muchos años, concluyendo, tras larga discusion, por asignarnos mutuamente carreras diversas, aceptando al fin cada uno la suya; pero á MONROY, de comun acuerdo y á propuesta del que esto escribe, nombrábamos todos poeta. Teníamos, para aconsejarle que lo fuese, á más del conocimiento cabal de su grandísima fuerza imaginativa, el recuerdo de las muchas y fáciles poesías que en el tiempo de su niñez, que tambien lo fué de la nuestra, habia compuesto; entre las cuales descollaban varios trozos de su leyenda *El Capitan*, y sobre todo, el romance titulado *Toledo*, bien que éste fuese algunos años posterior á aquélla, y escrito cuando ya, consagrado enteramente á graves estudios, no hacia versos. Contra la sentencia unánime, que le condenaba (como decia él) á llevar sobre sí el *apodo* de poeta, protestó MONROY, decidiéndose por la Economía, para profesar (á lo ménos científicamente, segun su expresion) una cosa que en la práctica detestaba tanto. Continuó, pues, sin escribir, hasta que habiendo pintado su amigo D. Francisco Reigon un cuadro representando á Diana y sus ninfas en el baño, cuadro que vió Monroy, escribió la oda que se titula *El Genio*. Negóse á publicarla, y acaso nunca lo hiciera, si su condiscípulo y amigo D. Zacarías Casaval no la hubiera insertado en el número 569 del periódico *La Crónica*, correspondiente al día 11 de Noviembre de 1858.

»Muchos años hacia, quizá desde que Zorrilla leyó sus primeros versos ante la tumba de Larra, que no habia visto Madrid formarse una reputacion de poeta con una sola poesía; y sin embargo, este triunfo alcanzó Monroy. Copiaron la oda los periódicos *La Discusion*, *El Cartagines*, *La Jóven Española*, *La Esperanza* y *El Mundo Pintoresco*; la elogiaron ex-

tremadamente *El Estado*, *La Correspondencia Autógrafa*, *Las Novedades*, *La Discusion*, *La Joven España*, *La España*, *La Época*, y otros muchos; buscaron al autor cuantos amantes de las letras leyeron la obra; en una palabra, obtuvo el triunfo más completo, puesto que le alabaron todos, sin distincion de banderías políticas y literarias; cosa que en nuestros tiempos casi nunca sucede.»

Saben nuestros lectores, por el seguro informe de un amigo de MONROY, cuándo y por cuál ocasion compuso la obra que da principio á la coleccion de las suyas, puesta por sus amigos allí como una de las más propias para dar á conocer al autor: su oda al *Genio* revela el de nuestro poeta. Esto querian sus amigos que fuese: leida la primera composicion de él, no se puede dudar que acertaban ellos al conferirle el cargo: facultades maravillosas de poeta reunia MONROY; y pocos hubieran quedado á mayor altura en el Parnaso español, si el cielo no le hubiera llamado tan pronto á sí. El idealismo constituia su carácter: era su imaginacion riquísima y extraordinariamente nueva; el órgano de su vista, de muy diferente alcance que el de los demas, le presentaba las cosas de otro modo que las perciben los ojos vulgares; y para expresar lo que veia, manaba de sus labios copioso raudal de sonidos, ora enérgicos, ora suaves, armónicos siempre, que recuerdan, sin repetirlos, aquellos dulces y graves ecos, legados á las auras del Pindo por la lira de Herrera y Góngora, de Cienfuegos y Quintana. Espíritu infundia en su voz, y le daba tono, un corazon vivamente sensible, generosamente apasionado, que para crear bellezas le estimulaba á buscarlas en asuntos nobles, capaces de ser cantados con robusta diccion.

Como Francisco de la Torre y Francisco de Rioja, MONROY escribió poco, pero eligiendo bien: la creacion, el cielo, el sol, la libertad, la inocencia, la gloria de la patria, la madre sin hijo, el hijo sin madre; á tan bellos objetos consagró su pluma JOSÉ MONROY: el amor á Dios y á la humanidad, el amor á cuanto hay bueno y bello, anima todos sus escritos; el amor á una mujer, afecto el más natural en un jóven, apenas aparece en ellos: como si tuviese el presentimiento de su corta carrera (y lo tendria indudablemente, porque las inteligencias privilegiadas lo adivinan todo), se apresuraba á manejar los asuntos más grandes, ántes de haber llegado á la madurez de la edad, necesaria para su mejor desempeño. Son las más de las pocas poesías de MONROY frutos precoces de su ingenio, singularmente hermosos, aunque algo faltos de sazón todavía. La oda *El Genio* es de aquellas en que falta ménos.

Ve MONROY *el Genio* separado del hombre: nació, segun dice MONROY, *en la mañana del mundo*; y no es el de Adán, hechura de las manos de Dios, quien, para asemejarle á su divino sér, le infundió el inmortal espíritu; no es el de Abel, primer justo y primera víctima de la injusticia en el linaje de los pecadores; no el de Caín, que fundó una ciudad; no el de Jubal, inventor de los instrumentos músicos; no el de Tubalcáin, que labró el cobre y el hierro; no el de Enós, regulador primero de la adoracion al Altísimo. Del Eden vuela por los espacios, recorre el universo, conoce á su Hacedor, recibe su revelacion y profetiza; y ántes de volver á la tierra, produce, hija del asombro y la gratitud, la poesía.

El conocimiento del hombre y sus necesidades inspiran al *Genio* la ley de la justicia, la luz de las ciencias, el terrible, pero preciso, arte de la guerra: á la fuerza opone la razon, á

la barbarie la filosofía, al delirio del politeísmo la verdad de la religion : asentada la cual y segura en la tierra, sube el Genio, como el Redentor, acabada su obra, á las celestiales alturas, cerca del Omnipotente. Ni un solo nombre de criatura humana se lee en esta composicion : reuniendo el autor las centellas de divina luz repartidas por el Señor entre los hombres de genio, forma de todas una masa, con la cual crea una entidad moral, exenta de las imperfecciones de la carne, y semejante á los espíritus angélicos de superior jerarquía. Al pensamiento generador de la obra, corresponde una ejecucion casi perfecta : los versos, bien contruidos siempre, y á veces de admirable estructura, envuelven conceptos en general atinados, nuevos y hermosos. Nótese la limpieza y armonía de éstos :

Polvo de estrellas anubló mi frente,
Y los rayos del sol me deslumbraron.

.
. Adonde quiera
Que mi afanosa vista descubria
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo : crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mí veía,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá á lo lejos, oscilando, el mundo.

.
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejía.

Las conquistas, las irrupciones, las revoluciones todas en el órden físico y en el moral, aparecen bellamente pintadas en las páginas 5 y 6.

Vi cien héroes salir, en sus bridones
Cruzar el mundo, recorrer la tierra...
.
Hubo un tiempo despues, que una mirada
Al dirigir fugaz de polo á polo,
Tan sólo vi la nada...
¡Humo y tumbas tan sólo!...
.
Mas vi tambien á algunos...
.
Derramar sobre el mundo la belleza,
Y elevar victoriosos
Sobre los otros hombres su cabeza;
Y yo, que los vi ansiosos
De la gloria esplendente
Que el talento inmortal siempre ambiciona,
Para ceñir su frente
Les arrojé un laurel de mi corona.

Los veinte versos últimos de la oda la concluyen magnífica :

Hoy ya, por los espacios elevado,
Donde tiendo mi vuelo,
Del sempiterno Dios ante la alteza,
Por los genios del orbe rodeado,
En las gasas del cielo
Envolviendo mi fúlgida cabeza;
Mientras los mundos á mis piés rodando,
Empujados del tiempo, en sombra vana
Cual ténues ilusiones van pasando,
Esperaré á los mundos del mañana;
Y en imperioso tono
Sus leyes dictaré, desde el palacio
En que, oculto en los pliegues del espacio,
La diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre
Quiere seguir mis huellas
Y elevar hasta allá su pensamiento,
Encontrará mi esclarecido nombre,
Bordado con estrellas
En el límpido azul del firmamento.

Hay, empero, algo que notar, poco acertado, en uno ó en otro pasaje. Leemos en la primera página :

Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro *la fortuna*,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del caos insondable,
Y el Éter impalpable
En que flotando se mecíó mi cuna.

Sobre los benditos campos del Paraíso no voló más genio humano que el de nuestros primeros padres; y los sentimientos y manifestaciones sublimes de Adán y Eva en el puro y celestial estado de la inocencia, nada pudieron tener de casual, nada debieron á *la fortuna*. ¿Qué significa la palabra *fortuna* ántes del primer pecado? Si era la providencia, la inspiración ó bendición del Señor, con voces más adecuadas hubiera convenido expresarlo.

(Pág. 4.)

. Vi las ciudades
Bordar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus *doradas cúpulas* tendiendo.

Ha usado MONROY con frecuencia el verbo éste de *bordar*, y varias veces, como aquí, no muy ventajosamente. Quien ve ciudades con *palacios* y *cúpulas*, mal se las puede representar con *alas*. Las *cúpulas*, además, no se *tienden*; se *dirigen*, se *elevan*.

Mañana y *ayer*, usados con artículo, nada ganan en ello. Aconsejamos á los jóvenes que principian á versificar, huyan

de asonantar consonantes inmediatos, como se ve en estos cuatro seguidos (pág. 7) :

.
Con fanatismo *ciego*;
Y á la voz del *Eterno*
Las vi yacer precipitadas *luego*
En miserable y *torcedor* *infierno*.

Torcedor puede admitirse aquí, porque indudablemente se emplea en el sentido de *atormentador*.

Bellezas y descuidos como los que advertimos en esta obra de Monroy, constituyen el carácter general de las suyas : gran novedad, valiente versificación, contradicciones y desaliño á veces. La que lleva por título *El Arte*, que no está concluida, es hermana digna de *El Genio* : hay grande analogía entre ambas, y versos bellísimos.

TOLEDO.

(Pág. 9.)

El amigo de MONROY, ántes mencionado, nos da acerca de esta composición la nota siguiente :

«Desde el año 1852 no habia escrito MONROY ni un solo verso, y parecia decidido á no volverlos á escribir, cuando en 1854 nos sorprendió un día agradabilísimamente, leyéndonos su poesía titulada *Mi Dios, mi dama y mi honor*, imitación de la balada de Barrántes, *Esposa sin desposar*, no por su mérito, que en verdad es escaso, sino porque volvía á rendir culto á las Musas. Pocos días despues nos leyó el magnífico romance que tituló *Toledo*, y los fragmentos que quedan de la leyenda *El Capitan* : producto, todas tres composiciones, de los estudios históricos á que entónces se entregaba, y de recientes

visitas á la corte de los godos y al monasterio de San Quintin.

» Pedíanle con frecuencia versos los periódicos de su país, y hubo de decidirse á enviar una de sus nuevas composiciones, eligiendo al efecto la peor, con ese tino especial que á veces tienen los autores para juzgarse, y que hacia que Cervantes antepusiera el *Persiles* al *Quijote*. Publicóse, pues, la balada en el número 141 de *El Faro Cartagines*, correspondiente al 10 de Diciembre de 1854, no habiéndolo sido la leyenda ni entónces ni despues, porque nunca se concluyó. El romance vió la luz pública en el número 582 de *La Crónica*, que apareció el día 26 de Noviembre de 1858, saliendo dedicado al popular poeta D. Antonio de Trueba, copiándolo *La Esperanza*, *El Mundo Pintoresco* y *El Cartagines*, y elogiándolo todos los demas periódicos.»

Y á ejemplo suyo, no podemos nosotros dejar sin recomendacion amigable el fantástico desfile que pinta el autor en estos ocho versos:

¡Toledo! Cuando delante
Del tribunal de los tiempos,
En marcha lenta y solemne
Vaya pasando el ejército
De las ciudades hispanas,
Tú llevarás, de derecho,
El pendon, gloriosa enseña
Del valor de nuestro pueblo.

LAS DOS PUREZAS.

(Pág. 15.)

Se publicó en el número 14 de *La Revista Murciana*, correspondiente al 10 de Setiembre de 1860. MONROY era colaborador de aquel periódico.

Á DOLORES.

(Pág. 17.)

Excelente romance, lleno de melancolía, con más dolor que amor, con más amor á Cartagena (tal nos parece por lo ménos) que á la misma Dolores. El autor la llama

Vaga imagen de mis sueños,
Inspiracion de mi númen.....
.....
Tú eres el sol de mi cielo.....

Pero estudie el lector el romance bien, y no le parecerá tal vez nuestra presuncion infundada; fíjese en el verso noveno:

Porque mi patria está lejos,

y luego (pág. 20) en el trozo:

Si no he de subir al cielo
En brazos de tus virtudes,
Que nunca torne á mi patria,
Ni sus campiñas salude,
Ni mire flotar la espuma
De los mares andaluces, etc.

Parece que el autor considera á su patria como capaz de indemnizarle, volviendo á ella, de la pérdida de su amor. Pero en la patria de Monroy vivía su madre; y él siempre la amó, cual merecía, ternísimamente. El amor de una buena madre consuela de todo.

A la misma Dolores compuso MONROY un soneto, que se conserva. Háblele titulado *Obediencia*, y tiene gracia el título. Se trata de un billete, mandado aniquilar en el fuego, y el soneto concluye así:

Te obedezco, Dolores: ya le quemo...
En el fuego amoroso de mis labios.

Á DON EMILIO CASTELAR,
EN LA MUERTE DE SU MADRE.

(Pág. 23.)

Bella obra de sentimiento y de fantasía, de amor y de fe :
tétrica y tenebrosa al principio, despues se vuelve tierna, y
acaba consoladora y dulce. En la noche de llanto en que la
casa herida por el rayo del infortunio abraza por última vez el
cuerpo, ya sin espíritu, de una tierna madre,

..... las nubes su melena llevan
Flotando en el espacio, y en montones
Se juntan y se elevan :
Parece que, colgando sus jirones
En la tumba que al mundo encierra inerte,
Por la extension callada
Tremolan en los aires de la nada
Los negros estandartes de la muerte.

¡ Qué propiedad de construccion métrica la de estos dos
versos :

Llevada en brazos de los ecos gime
La débil voz del desmayado viento !

¡ Con cuánta oportunidad, ó con qué tino tan feliz, aplicó
el poeta la *b* y la *d*, consonantes las más débiles de nuestra
lengua, para expresar por onomatopeya el quejido ahogado y
triste de la naturaleza, que simpatiza con el dolor del hombre !
Con igual habilidad está colocado el recuerdo hecho al hijo de
los risueños días de su niñez :

¿ No te acuerdas, Emilio, de los días
De la ventura y la niñez pasados.....
.....
¡ Emilio ! ¡ qué placer ! ¿ te acuerdas de ellos ?

Los veinte y un versos desde

Cuando en la sorda, solitaria noche,

hasta el fin del poemita, son hermosos tambien, muy sentidos
y muy bien hechos. El artificio de la composicion (porque
tambien el sentimiento admite cierto género noble de arte)
es como coresponde al caso, grave y sencillo : el amigo ex-
acerba el dolor de su amigo, para vencerle en toda su fuerza :
á proporcion del dolor son las razones para el consuelo, la
precision de someterse á ley comun, y las esperanzas en la
eternidad. Apareció esta oda en *La Discusion*, 27 de Febrero
de 1859. *El Cartagines*, periódico de que fué colaborador
MONROY, la reprodujo en 6 de Marzo, y *El Mundo Pinto-
resco* en 8 del propio mes y año.

EL CIELO.

(Pág. 33.)

Apareció en el *Diario* de Cartagena, 11 de Enero de 1860,
y en *La Revista Murciana*, 15 de Setiembre del mismo año.

¡ Á SIRIA !

CANTO DEL GRIEGO.

(Pág. 37.)

Himno patriótico, bien escrito, en el cual se distinguen vá-
rias estrofas, principalmente la que empieza al fin de la pági-
na 38, la última de la 39 y ésta :

Sangriento el Líbano, arde
Al fuego del torpe crimen,

Las ásperas selvas gimen
Al eco de la impiedad :
Para lavar esa sangre,
Para apagar ese infierno,
*Es necesario un eterno
Diluvio de libertad.*

Salió á luz en la *Crónica de ambos mundos*, 7 de Octubre de 1860.

LOS DOS ROMEROS.

(Pág. 43.)

«Esta obra está traducida, como se expresa, de una bellísima composición catalana, de autor desconocido, que se vende en un pliego, como los romances, en Monserrat, cuya Virgen es la que se invoca en el original. La Virgen de la Fuensanta, que se pone en la traducción, es la patrona de Murcia, cuyo santuario se encuentra á legua y media de dicha población, como á la mitad de la Sierra de Fuensanta, que domina la vega regada por el Segura. Los cuatro últimos versos no se hallan en el original.»

(Nota de un amigo del autor.)

CRUZANDO EL MEDITERRÁNEO.

(Pág. 47.)

En este romance endecasílabo, cuyos versos recuerdan la vibración de los de Quintana en el *Pelayo*, se lee al principio :

*Tenida en rayos de ilusión, desea
Flotar ligera en el extension, el alma.*

Se nos ha dicho que así está escrito en el original del autor ;

nosotros entendemos que debió querer escribir *teñida*. Al fin de la pág. 49 leemos que se dice de Italia :

Mentira hermosa, del Eden caída.

Manzana caída del Eden fuera más comprensible para nosotros, porque en el Eden no hubo más *mentira* que la de la serpiente.

DE LA NOCHE AL DÍA.

Con un título muy semejante, se han encontrado estas quintillas de nuestro poeta :

DE AYER Á HOY.

Allá en mis tiempos pasados
¡Tiempos de color de rosa!
Soñé unos versos, trazados
Con caracteres dorados
En el álbum de una hermosa.
Versos tristes y amorosos,
Que forjó mi fantasía,
Que con ojos venturosos
La hermosa, quizás, leía...
¡Dichosos versos, dichosos!
Eran ¡ay! como el latido
De un corazón inocente,
Cándido, puro, embebido
En escuchar á otro herido
Corazón, que ama y que siente.
Mas los sueños, sueños son...
Y ya desaparecieron,
Cual fantástica invención
De loca imaginación :
Son ilusiones... que fueron.
Sólo en hora misteriosa,
La hora de los amores,
Recuerda el alma dichosa

La imagen de alguna hermosa
Entre guirnalda de flores.

Quizas cabellos undosos
En torno á una faz galana,
De rasgos puros, graciosos,
Con ojos siempre amorosos,
Con labios siempre de grana.

Y ansiamos con embeleso
Para aquel cabello, flores,
Ricos perfumes y olores;
Para los ojos, amores;
Para los labios, un beso.

Pero ya pasó la vida,
Secando los corazones;
Y apagando, á su partida,
La bella antorcha encendida,
Que animó los corazones,

Sin dejar al desdichado
Otro recuerdo dorado
De su edad más venturosa,
Que un triste verso, trazado
En el álbum de una hermosa.

ITALIA.

(Pág. 55.)

Poesía publicada en *La Discusion* del 1.º de Mayo de 1859,
y copiada por *El Cartagines* del 19 de Mayo del mismo año.

NUBES.

(Pág. 63.)

Publicada en *El Cartagines* del 9 de Noviembre de 1859.

INSPIRACION.

(Pág. 65.)

Publicada en *El Cartagines* del 10 de Diciembre de 1858.
Dedicada á D. Antonio Buendia, médico de Cartagena.

CANTO DEL PROSCRIPTO.

(Pág. 69.)

Publicado en *La Discusion* del 27 de Mayo de 1859, y copiado por *El Cartagines* de 5 de Junio de 1859.

El *Canto del Proscrito* es, en nuestro concepto, una de las mejores obras de nuestro poeta : no la señalaremos entre las más elevadas, pero sí entre las más verdaderas. Mucho debió amar á su patria MONROY, cuando tan vivamente acertó á expresar las amarguras de una expatriacion injusta. Léanse con particular atencion las diez redondillas en que apostrofa el proscrito á sus opresores, diciéndoles :

¡ Ah! si dispone la suerte
Que vuestro delirio ciego
Apague mi voz de fuego
Con el hielo de la muerte,
Sonará en la inmensidad
Ese acento que os espanta,
Al cortar en mi garganta
El grito de libertad.
Y la constante memoria
De mi sangre derramada,
En vapores condensada
Al resplandor de la gloria,
Caerá, cual justo anatema,
En terrible lluvia hirviente,
Sobre esa pálida frente,
Que escondéis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,
Oiréis mi tremendo grito,
Que, en un tormento infinito,
A vuestra conciencia llama.

Y en el sol que desaparece
Del ocaso por la zona,
Veréis la hermosa corona
Que el cielo en mi losa ofrece.

Y en el nubarrón que zumba
Allá en la extensión vacía,
El sauce que Dios envía
Para cobijar mi tumba.

Seguid, asidos al trono,
Devorando vuestra vida,
Pálida luz extinguida
Al fulgor de nuestro encono;

Yo, lejos de los hogares
Que ayer mecieron mi cuna,
Juguete de la fortuna,
Cruzaré el mundo al azar;

Y para sentir su encanto,
Para respirar su aliento,
Volaré mi pensamiento
Sobre las ondas del mar.

El neologismo *al azar*, en el sentido de *al acaso* ó *á la ventura*, no es recomendable.

VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

En esta composición, también en redondillas, puede verse cómo entendía, cómo definía MONROY al amor: es notable por la blandura y pureza de los afectos.

El amor es un dolor
Que al alma de luz corona:
Por eso el alma ambiciona
Sufrir dolores de amor.
¿Qué pasa en el sentimiento,
Cuando este dolor le inflama?

¿Por qué goza, cuando ama,
De tan sublime tormento?

Es que ardiendo en emociones,
El pecho se abrasa y gime,
Porque el latido le oprime
Que lanzan dos corazones.

Es que manan sus latidos
Arroyos de sangre rojos,
Que suben luego á los ojos,
En lágrimas convertidos.

Es que se entrega doliente
La razón al devaneo,
Pues las sombras del deseo
Borran la luz de la mente.

Es que va la fantasía
Subiendo por una escala,
Toda flores, toda gala,
Toda ilusión y poesía.

Es que en delirante anhelo
Tierno el corazón se mece;
Es que el alma se engrandece
Hasta tocar con el cielo.

Es que piensa hallar allí
La extrema felicidad.

¡Ay, Emilia! ¿no es verdad
Que el amor se siente así?

Voy á partir: su rigor
Mi pecho á tu pecho fia.
Escúchame, amiga mía:
Yo te encomiendo mi amor;

Mi amor, que Dios ha bendito;
Mi amor, que es constante y ciego:
Grande, inmenso te lo entrego;
Devuélmelo infinito;

Pues tú, que sabes amar,
Debes sin duda saber
En dónde lo has de poner,
Que yo lo pueda encontrar.

En el uso del participio *bendito* por *bendecido* vemos una gallardía de muy buen gusto, completamente lícita en la poesía lírica.

En el álbum de esta Emilia se halla la siguiente composición de nuestro poeta.

AMOR QUE MATA.

Hermosa niña, de rasgados ojos,
De nacarada tez y labios rojos,
Con gracias que el amor formó tan bellas,
Escucha mis canciones,
Y á sus tranquilos sonos,
Si ansias dormir,... te adormiré con ellas.
Era un capullo, que al vergel florido
Daba gracia y frescura,
Sus hojas desatando;
Que llenaba de aroma y de hermosura
Al céfiro perdido,
A las flores de Abril ruborizando.
Y era una niña, por demas galana,
Que al vergel, juguetona, descendía
Durante la mañana:
Sus labios virginales y pulidos,
Con tibio beso en el boton ponía,
Prestando aromas y bebiendo mieles...
Y en tanto, allá escondidos,
Temblaban, envidiosos, los claveles;
Y temblaban con ellos muchas flores,
Porque, posado en ellas un jilguero,
Cantaba del capullo los amores,
Con canto lastimero.
Amores, todo esencia,
Que inspirara en su infancia virgen pura,
Sin gustos ni mudanza,
Amores del pudor con la inocencia,
Amores del placer con la esperanza,
Amores de una flor con la hermosura.
Mas llegaron las brisas del verano,
Y el boton entreabriendo
Su recatado y oloroso seno,
Ambar precioso por do quier vertiendo,
Tuvo, en su orgullo vano,
El aire, siempre, de perfumes lleno.

Y en rosa se tornó pomposa y bella,
Y la tierna doncella
Que todas las mañanas la veía,
Creció tambien como su amor crecía;
Y siempre se besaban,
Porque siempre, constantes, se adoraban.
Pero el beso de amor, aquel tan puro,
Que prenda un tiempo de sus dichas era,
Y de su amor seguro,
En vez de hacer durable su ardimiento,
De la rosa lozana y hechicera
Quemó las hojas y secó el aliento.
Y la jóven preciosa,
La que un tiempo sembraba sus amores,
Su gracia candorosa,
Por el vergel y la pradera amena...
Miró tambien borrarse los colores
De sus mejillas, pálidas de pena.
¡Maldito su deseo!
Que la flor y la niña, ántes tan puras,
Queriendo más de lo que más gozaron,
En triste devaneo
Lloraron sus fatales amarguras,
Y llorando las dos, se marchitaron.
Y el pintado jilguero que, trinando,
Testigo fué de su placer perdido,
Siguió siempre cantando;
Y sintiendo su suerte,
Con triste són y gemidor quejido,
Cual cantó su pasión, cantó su muerte.
Llora, pues, tus enojos,
Hermosa niña de rasgados ojos,
Con gracias que el amor formó tan bellas,
Y escucha mis canciones;
Que á sus tranquilos sonos,
Si ansias dormir, te adormiré con ellas.

EL ECLIPSE DE SOL.

Obra digna del asunto, y es quizá cuanto pueda decirse; porque, dejando á un lado los terremotos, las inundaciones y

los huracanes, en fin, las escenas grandes de devastacion, producidas por la naturaleza irritada, el eclipse total de sol ofrece un espectáculo de majestad muda y severa, quizá el más imponente para cuanto vive. Sin nubes, que desde acá abajo encubran el inmenso disco del gran luminar, él se oscurece arriba, como si se fuera á extinguir su luz, conservadora de nuestra existencia. No nos suena bien aquello de

El negro espejo del inmenso *abismo*,
Que miras á tus piés *amontonarse*.

Amontonarse no parece propio de *abismo*.

En el verso (pág. 84),

Los azules *perístilos* del cielo,

hay la licencia de usar como esdrújula una voz que no lo es; pero sólo hallamos que admirar en el trozo siguiente:

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada
Con empeño terrible
Conservas de los mundos la mirada?
¿Será que ver no puedes impasible
Al crimen y al encono
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,
Ni agitados los mares,
Ni rotas las entrañas de la tierra
Al rudo golpe de implacable guerra,
Ni los santos altares
Del bien y del derecho destruidos,
Ni esas flores que, en campo de dolores,
Recogieron los pueblos oprimidos
Con sus invictas manos,
Marchitas en frescura y en colores
Al aliento mortal de los tiranos?
¡Ah, si tu faz pudiera
Contemplar otro mundo y otros hombres,
Al lucir otra vez sobre la esfera!
¡Si destacarse viera,
Sobre un manto, de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frías,
Selladas con los nombres
Del poder y grandeza de otros días,
Inmensos restos del error pasado,
Despojos del destino,
Que el ronco canto de victoria alzarán,
Y eternos señalarán
A los futuros pueblos el camino!
¡Ah! yo también de mi canción el vuelo
Alzaría con éxtasis profundo,
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,
Dorara un sol de libertad al mundo.

Parece, al ver este noble deseo de libertad, que había nacido el autor y vivía en otros tiempos, ya por dicha distantes. Pero habla como hombre ansioso del bien de la humanidad entera, como D. Dionisio Solís, por los años de 1822, escribía en un soneto célebre:

¡Oh sol! entra en la espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las etéreas cumbres;
Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde Oriente á Ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

Esta composicion al *Eclipse* fué publicada en *La Discusion*, á 24 de Julio de 1860, y la copiaron *Las Novedades* del 27 inmediato.

LA INOCENCIA.

(Pág. 94.)

Diálogo lleno de frescura y de gracia, como las *Doloras* del Sr. D. Ramon Campoamor.

EN EL DIA DE TU SANTO.

(Pág. 99.)

Un romance de días: y es excelente. ¡Cuántas coplas no se han hecho, y se hacen y harán, de felicitaciones, que á los cuatro días no pueden leerse! No es ésta así: aquellas suelen ser obras de compromiso, de cortesía, de galantería, de vanidad acaso: ésta, dictada por el sentimiento, es una buena obra de un buen poeta.

Se nos han remitido últimamente unas redondillas de MONROY, con el título de *Mi cumpleaños*. Copiaremos aquí algunas de ellas.

MI CUMPLEAÑOS.

Á ELVIRA.

¡Uno más...! Sigue la suerte
Entre los años perdida,
Sacándonos de la vida
Por las puertas de la muerte.
¿Con que, muere la virtud,
Y se acaba la existencia!
¿Con que, espira la inocencia,
Y espira la juventud!
¡Un año más...! Al mirar
Helarse mi pecho ardiente,
Lo siento sobre mi frente
Rápido y vago pasar.
¿A dónde fué la fragancia
De la flor de la niñez?
¿A dónde la sencillez
De los juegos de la infancia?
¿Te acuerdas, Elvira? El sol
Brillaba siempre en la esfera,
Sin que una nube viniera
A deslustrar su arrebol;
Pasaban en un momento
Felices hora tras hora,

Toda era rayos la aurora,
Y todo aromas el viento.
Edad de amor y de fe,
Edad de dicha y de calma,
Ven, y despierta en mi alma
Recuerdos que tanto amé;
Ven y deposita en mi
Tus sueños de rosa y oro...
¿No ves, edad, que, si lloro,
Estoy llorando por tí?
Mas ¡ay Elvira! dispensa
Que el alma venga á verter
Entre recuerdos de ayer
Lo que siente y lo que piensa.
Tú fuiste niña... ¿Cariño
No tienes á aquella edad?
¡Ay, Elvira! ¿no es verdad
Que es muy hermoso ser niño?
Compara: ya no se alcanza
La gloria que entonces fué.
¡Cuanta esperanza sin fe!
¡Cuanta fe sin esperanza!
Perdona otra vez: derecho
A tu perdón tengo ya;
Que há tiempo sufriendo está
Mi pecho como tu pecho.
Há tiempo cruza mi suerte
Los aires del desengaño...
¡Cielos! hoy cumplo otro año,
Otro paso hácia la muerte.
Mas ¡qué idea! su pavor
No turbe más mi alegría.
Escúchame, amiga mía:
Quiero contarte mi amor.
Hay una deidad, Elvira,
Que ciego mi pecho adora;
Yo lloro cuando ella llora,
Yo suspiro si suspira.
Su ropaje son los cielos,
Sus lágrimas son las flores;
Brinda un goce sin dolores,
Ofrece un amor sin celos.
Nadie resiste á su ardor,
Ni el sabio, el potente, el loco...

No dirás que pido poco.
 ¿Te gusta, Elvira, mi amor?
 Amante de tal valía...
 ¿Fuera mucho presumir?...
 ¿No es verdad que es de sentir
 Que no quiera serlo mía!

ISIDORO MAIQUEZ.

Como ilustracion á esta oda (publicada en *El Cartagines*, á 28 de Abril de 1859, y en *El Mundo pintoresco*, á 17 de Julio del mismo año), conviene reimprimir aquí una nota de D. Leandro Fernandez de Moratin, que se halla en el tomo IV de sus Obras, dadas á luz por la Real Academia de la Historia (Madrid 1830 y 1831), páginas 345 y siguientes:

«Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos, por último, á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion; sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con más ó ménos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los más celebrados de los teatros extranjeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario

que cada uno de ellos buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién debería exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia, en su declamacion robusta, heroica, patética y vehemente?

»Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles), pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro frances, y no necesitó más. Estudió á Talma con una atencion reflexiva, de que él sólo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aún hizo más. Conoció que no debía copiar, sino imitar, los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y, penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la expresion francesa de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

»Cuando volvió á Madrid, se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió

desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿qué desacier- tos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que sólo hacia tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias anti- guas, siempre se abstendría de representarlas. Herido su or- gullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de so- bresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan dife- rente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion, y él supo hallarla. *García del Castañar, Fene- lon, El Vano humillado, Oteló, Oréste, El Pastelero de Madri- gal, La Casa en venta, El mejor Alcalde el Rey, La Zaira, El Rico Hombre de Alcalá, El Distráido, Pelayo, El Convidado de piedra, Numancia destruida*; en suma, las tragedias extranje- ras, las españolas, las piezas ligeras del teatro frances, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

»Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion me- tódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su ha- bilidad fué un secreto: ni tuvo rivales ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representa- cion, y con él acabó.

»Su vida fué una continúa alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria; cuando ésta logró sacudir

el yugo extranjero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que, por último, llegó á verse otra vez odioso á la Côte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola ménos infeliz. Murió en Granada, en el año de 1820.»

LA VICTORIA DE TETUAN.

Buena, muy buena obra, ménos ideal que otras, más cor- recta que muchas, llena de patriotismo y de valentía. Allí se dice que la victoria

Es el beso de amor que ronco brota
De los ardientes labios de la guerra;

allí, más adelante, leemos

Que los brazos del déspota se oprimen
Donde los brazos de la cruz se abren;

allí, por último, que

La tumba de los hombres es la muerte,
La tumba de los héroes es la gloria.

Se publicó en *La Discusion* de 8 de Febrero de 1860, y en el *Diario de Cartagena* de 21 del propio mes.

EL BESO.

(Pág. 127.)

Otro soneto escribió MONROY, que se ha conservado: es de asunto y consonantes forzosos. Hélo aquí:

CON UN DURO.

(En boca de un desesperado.)

SONETO.

Sentí, al pisar de nuestro mundo el suelo,
 De perder á mis padres la *amargura*;
 No supe qué era amor ni qué *hermosura*,
 Ni hallé un amigo á quien decir mi *anhelo*.
 En la tumba fatal del *desconsuelo*
 Gime mi corazón: si, por *ventura*,
 Ansioso busco á Dios tras esa *altura*,
 Y al cielo miro, se oscurece el *cielo*.
 Nada soy, nada tengo, nada *valgo*;
 He dado á la ilusión mi adiós *postrero*:
 ¿Puedo ya en adelante creer en *algo*?
 Ni honores alcancé, ni fama *espero*;
 Entré muerto en la vida, y muerto *salgo*.
 Me queda un duro: ¿para qué lo *quiero*?

ULTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Debe ser un fragmento, aunque al principio no se dió como tal por los que se han ocupado en recoger los versos de MONROY.

Salomon Gessner, escritor aleman, suizo de nacion, que obtuvo gran celebridad á fines del siglo pasado, extendió en prosa otro como fragmento, dedicado á representar los *últimos momentos* de dos amantes en el *Diluvio*. Nada se parece el fragmento de MONROY al de Gessner: hoy, que las obras del autor suizo no son ya de nadie leídas, quizá no parezca fuera del caso agregar aquí, traducido, el fragmento indicado.

UNA ESCENA ¹ DEL DILUVIO.

SEMIRA Y SEMIN.

«Ya las torres de mármol yacian profundamente sumergidas; ya sobre la cumbre de las cordilleras corrian negras olas como montañas; ya sólo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las aguas. Horrible agitacion reinaba en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subian á su cima, perseguidos por la muerte en las olas, que les iban sin cesar bañando las plantas. Aquí se desgajaba del monte una colina, y cargada de hombres dando alaridos, se precipitaba con ellos en el espumoso piélago; allí reunidos los turbiones, y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaba á salvar á su padre moribundo, ó arrastraban á la afligida madre con sus hijos en brazos ².

»Sólo descollaba, exento de la devastacion, el pico más eminente de la cima, donde Semin, generoso mancebo, á quien poco ántes habia jurado eterno amor la más virtuosa de las doncellas, habia puesto en salvo á su adorada Semira, y donde, en medio de la más deshecha borrasca, se encontraban solos, porque las aguas habian acabado con el resto de los mortales. Abalanzábanse las olas á ellos, retumbaba sobre

¹ *Gemäld*, esto es, *cuadro*, dice el original.

² Antes que Gessner, habia escrito en su *Deucalion* el conde de Torrepalma la octava siguiente:

Sobre la última roca retirada
 Amante madre, al tierno infante asida,
 La planta de las ondas ya bañada,
 Lo levanta á los hombros afligida:
 Del miedo y de las ondas perturbada,
 En el piélago cay desvanecida,
 Y aún en la ansia total agonizando,
 Va el hijo entre las ondas levantando.

ellos el trueno, bramaba á sus piés un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvía cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, é impelida por los aquilones, corría en busca de más estragos.

»Estrechó Semira á su amado contra su corazón palpitante, y vertiendo llanto, que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: «Semin, amado mio, ya no hay salvacion para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolacion! ¡oh desventura! Cada vez se nos acerca más nuestro fin. ¿Cuál de esas olas, ¡ay! cuál será la que nos sepulse? Sosten, sostenme con tus brazos trémulos, amado mio: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ambos en el universal trastorno. Ahora..... Hacia aquí viene rodando..... ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. ¡Favor, oh Dios, Dios, nuestro juez!»—Dijo, y cayó en brazos de Semin.

»Ciñó con ellos á la desfallecida amante, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente exterminio, sino sólo á su dulce prenda reclinada, exánime en su seno; y padeció por ella más que con el horror de la muerte.

»Besó entónces aquellas mejillas, que tenía sin color la fría lluvia, y estrechóla más fuertemente, diciendo: «Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelve á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme otra vez tu marchito labio que me amas hasta la muerte: otra vez, ántes que las olas nos arrebaten.»

»Volvió ella en sí cuando él enmudecía; dirigióle una mirada llena de indecible ternura y pena, y tendió luego la vista sobre aquel estrago. «¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio,

no hay misericordia que nos alcance? ¡Cómo se estrellan las oleadas! ¡cómo retumba el trueno! ¡con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¡Oh Dios! Nuestros años corrían en la inocencia; Semin era el más virtuoso de los jóvenes..... ¡Ay! ¡ay de mí! Todos los seres que ornaban de goces mi existencia, todos han perecido. Y tú, la que me diste vida..... ¡oh cruel espectáculo! Separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para bendecirme, cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo..... Semin, Semin, el mundo asolado y desierto sería para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios; y ¿no hay salvacion, no hay piedad para nosotros? Pero ¿qué dice mi corazón angustiado? Perdóname, ¡oh Dios!: ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?»

»Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracán vencía, y dijo: «Sí, mi adorada: todo viviente ha sido arrebatado á la tierra, y en el estruendo de la devastacion ya no grita ningún moribundo. Carísima, carísima Semira mia, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida; todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo; vamos á perecer. La muerte sube y corre en torno de nuestros muslos vacilantes; pero no, no esperemos como réprobos ese general destino! ¡Moriremos! Y ¿qué fuera para nosotros, amada mia, qué fuera la vida más larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un peñasco, de donde se desprende al mar cuando el sol asoma. Esfuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están más allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame, y esperemos así nuestra suerte. Pronto, Semira mia, pronto nuestras almas volarán sobre estos estra-

gos; entregadas al goce de una bienaventuranza inexplicable, volarán sobre ellos : tanto me atrevo á esperar, Dios mio. Sí, Semira, levantemos las manos al cielo : no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros, envía la muerte al bueno y al inicuo; pero ¡dichoso el que ha caminado por la senda de la virtud! No pedimos la vida, ¡oh infinitamente Justo! seamos comprendidos en tu sentencia; pero anímanos con la celeste esperanza de aquel bien inefable que ya no puede turbar la muerte; y ruja en buen hora el trueno, y brame la borrasca, y estréllense sobre nosotros las olas. Alabado sea el Justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falleciente.»

»El valor y el júbilo que reanimaron el semblante de Semira le volvieron su hermosura; y alzando las manos entre la tormenta, prorumpió: «Sí, esa divina, esa inmensa esperanza, la siento ya toda: alabe al Señor mi labio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objetos de nuestro cariño; pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad: vosotros sois el himno de su justicia: destruccion, ven á nosotros. — ¡Mira, amado mio! abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semira, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

»—Yo te abrazo, Semira, decia el jóven; abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!»

»Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.»

LO QUE DICE MI MADRE.

(Pág. 131.)

Aunque la composicion titulada *Génesis*, que principia en la pág. 169, sea en la opinion de muchos y en la humilde nuestra, la obra de MONROY más poética, más alta, la mejor, en fin, de las suyas, nos atrae con invencible hechizo esta especie de epístola familiar de la pág. 131: parece sin duda una traduccion, en buena poesía, de los afectos que una madre ha expresado en la prosa de la verdad; nos parece aún otra cosa. Cuando una digna madre tiene léjos de sí á su hijo por el bien de él, porque está, como JOSÉ MONROY, estudiando con aplicacion y lucimiento, no hay razon para sentir la ausencia del hijo tan dolorosamente. ¿Habrà, pues, en estas preciosas redondillas melindre, afectacion, exageracion impropia, ficcion inoportuna, falsedad ridícula y vituperable? ¡Ah! no: cuando los espíritus superiores exageran (al parecer), es que presienten, es que adivinan, es que ven lo que para ménos felices inteligencias no es perceptible. MONROY presintió, adivinó y expresó fielmente el dolor de su amante madre en la ausencia más larga y triste, en el destierro á la eterna vida, en la separacion del sepulcro: en Setiembre de 1861 adquirian completa y lastimosa verdad aquellas redondillas:

Hoy sólo puedo exclamar
En amante desvario:
«¿En dónde estás, hijo mio,
Que no te puedo abrazar?»

(Habla la Madre con la naturaleza.)
Dile que mi amor es fiel,
Dile que mi afecto es ciego,

Dile que si al cielo ruego,
Estoy rogando por él.

¿Qué otro consuelo quedar
Puede ya á mi padecer?
¡Es tan hermoso creer!
¡Es tan hermoso esperar!

Dejadme, si; que el dolor
Mis lágrimas borrarán:
Dejadme sentir mi afán,
¡Dejadme llorar mi amor!

Detengámonos frente á la humilde tumba de nuestro poeta: bastan estos borrones para señal de nuestra estimacion al hombre, de nuestra admiracion al florido ingenio; sobran para que el de nuestros lectores le comprenda, sienta con él, y le rinda el tributo de dolor y respeto que se le debe.

Gran corazon y fantasía valiente le destinaban á ser insigne escritor; poca edad y poca importancia dada por él al ejercicio de sus facultades poéticas, le impidieron probarlas todas, y privaron á sus ensayos del lustre con que hubieran podido mostrarse al mundo, habiéndolos estudiado más. Frecuentísimo ha sido entre los poetas de España ejercitar el númen para distraer el ánimo de otras muy distintas ocupaciones. Garcilaso y Ercilla escribieron versos entre los horrores de la guerra; Fray Luis de Leon descansaba con ellos de sus estudios teológicos; Pablo de Céspedes tomaba la pluma en la mano, fatigada de mover los pinceles. La poesía pide para sí toda la atencion, toda la actividad y la vida entera del hombre: así hubo quien escribiese *La Ilíada*, *La Eneida*, *La Divina Comedia* y *Los Lusíadas*; así compusieron sus inmortales odas Píndaro y Horacio. Poeta, y no más, dice á sus elegidos la Musa que los llama; profesor, y por entretenimiento poeta, le han res-

pondido muchos esclarecidos ingenios españoles: en pena de este aciago desaire, nuestra epopeya sólo sube hasta la *Araucana*. A gran altura lírica hubiera llegado MONROY, á no faltarle vida: el canto del verdadero poeta constituye en nuestros tiempos ya profesion respetable y útil: Homero, en la época actual, no hubiera mendigado de puerta en puerta; no necesitó mendigar, como el ciego cantor de la ruina de Troya, el ciego cantor de la caída del hombre. En los campos de la inmortalidad, vestidos de verdores eternos, bañados de perpétua luz, Espronceda habrá tendido los brazos á MONROY, llamándole hermano; Quintana, hijo. Acá, en la vida de las tinieblas y del error, dudamos qué lugar señalarle, que no le pueda ser disputado entre los herederos del gran Quintana; pues, como ha dicho el Sr. Castelar con la sagacidad y precision del filósofo, «no se puede juzgar á MONROY por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo.» De lo que se llevaron tambien consigo Lucano y Garcilaso, jóvenes, Francisco de la Torre y Francisco de Rioja, viejos, que debió ser mucho, nadie ha podido hablar con certeza; lo que dejaron, sea mucho, sea poco, goza de general aprecio. Sin oponer nombres á nombres, ni género á género, ni un tiempo á otro, recojamos las escasas, pero preciosísimas reliquias de la actividad intelectual de MONROY, y estimémoslas como se estiman las de Rioja. Tres versos del malogrado joven, levemente cambiados, nos dicen el carácter de su poesía, su gloria en España, y sus merecimientos para el cielo:

El eco de su voz fué la armonía,
Y celestes guirnaldas á su paso
El coro de los ángeles tejía.

J. E. HARTZENBUSCH.

Aprovechemos una ocasion propicia. Nos envió á Madrid, años há, unos versos, pocos, pero buenos, un modestísimo escritor, de quien apénas en su casa misma sabrán que los escribe. Dadas algunas de aquellas composiciones á un amigo, redactor de un periódico, publicó una ó dos, perdió otra, y quedaron en nuestro poder las demas. Para que no se pierdan todas, como su hermana, digna por cierto de otra suerte, imprimimos de ellas una oda y tres sonetos aquí, no atreviéndonos á estampar el nombre del autor, porque ni tenemos su licencia, ni sabemos con seguridad por dónde pedírsela.

Los sonetos y la oda son éstos :

EL SOL EN ORIENTE.

SONETO.

Ya rutilante en raudó remolino
Hierve ¡oh sol! en Oriente el polvo de oro
Que tus ruedas levantan; ya el tesoro
De tus rayos relumbra diamantino.

Desplégase ondeante y purpurino,
Al revolar el céfiro sonoro,
Tu regio manto, y en alegre coro
Siguen las rubias Horas tu camino.

Naturaleza rie y se levanta
Del sueño en que yació suspensa y muda,
Y con su pompa y su beldad encanta;

Y el hombre que vacila ante la duda,
Al contemplar magnificencia tanta,
Vuelve á la fe y al Hacedor saluda.

GONZALO EN LA BATALLA DE CERINOLA.

SONETO.

Cierra Nemur, de su escuadron seguido,
Contra el audaz ibero, que le atiende;
Truena el bronce; chocando el hierro esplende,
Retumba en torno el bélico alarido.

Estrago á mil estragos añadido,
En la pólvora hispana el fuego prende:
Ella furiosa por el aire asciende
En llama y humo y hórrido estampido.

Mas tú, Gran Capitan, la espada al viento,
En fogoso corcel raudó atraviesas
Tus huestes, deslumbrando con tu gloria.

Y á tus leones, con alegre acento,
Ánimo, gritas, mis amigos; ésas
Las luminarias son de la victoria.

CELAJES DE ABRIL.

SONETO.

Pura nube, que vaga en manso vuelo,
Si el rojo sol que fúlgido amanece
La ilumina, magnífica parece
Púrpura y oro en el azul del cielo.

Cual de la blanca aurora rico velo,
Al hálito del céfiro se mece:
Crece en carmin, y en resplandores crece,
Y al alma infunde misterioso anhelo.

Así, llena de encanto y lozanía,
Esplende, si en su luz amor la dora,
Dulce ilusion de jóven fantasía.

Mas ¿qué vale, si al fin se descolora
La ráfaga, y cual flor de solo un día,
Lo ideal pierde el lustre que atesora?

LA TRANQUILIDAD EN LA MEDIANÍA.

ODA.

Ni regios artesones,
En columnas de pórvido elevados,
Ni firmes torreones
Dan albergue seguro de cuidados.

Su enjambre el ala tiende,
Y en su curso, á la nao, que ligera
Ondas y espumas hiende,
Alcanza, y al corcel en su carrera.

Tiñen al avariento
La enjuta faz con el palor del oro:
Tiénenle soñoliento,
Velando en la alta noche su tesoro.

¿Quién halló, quién, escudo
Que la pujanza indómita quebrante
De estos monstruos? ¿Quién pudo
En tan horrenda lid quedar triunfante?

Quien ciñe su deseo
Al corto espacio de la vida humana,
Y en triste devaneo
No feria el día de hoy al de mañana.

En su feliz retiro,
Ni pecheros conoce ni señores:
Ve al año en dulce giro
Reir en la heredad de sus mayores.

Cuando con grave ceño
Despliega su crespon la noche umbría,
Él paz disfruta y sueño
En brazos de la hermosa medianía.

Rie la dulce aurora....
Él ostenta en la faz su risa y calma:
Ábrese encantadora,
Cual la flor á la luz, al gozo su alma.

Ni en las dichas repudia
Su razon, ni en el caso más adverso:
Al Hacedor estudia
En su obra inmortal del universo.

Y al ver que Dios atiende,
Cual padre, á cuanto brota de su mano,
En vivo amor se enciende,
Y en toda criatura ve un hermano.

F. A. DE B.

ALCANCE.

Se nos advierte, como aviso oportuno, que las dos breves composiciones tituladas *El Tránsito* y *La Prediccion* pertenecen á una obra que no pasó de los principios. Habia de ser una coleccion de cuadritos históricos, acompañados de una explicacion ó aplicacion filosófica: dos escribió MONROY, y otros dos un amigo suyo.

Se nos han entregado, algo tarde en verdad, cinco poesías de MONROY, no indignas de su pluma, pero que tampoco aumentarían el valor de esta coleccion. De una de ellas, consideramos justo incluir aquí por despedida la mayor parte. Con

placer singular habrá visto el lector la notable composición *Ala Virgen* (pág. 163): no sin gusto leerá estos sentidos versos, que se refieren á la epidemia que padeció años pasados la patria del autor:

Ciudad insigne.
 que tejó altanera
 Con los jirones de la Europa entera
 Coronas de laurel para su gloria;
 Undosos mares, apacible suelo
 De exquisita fragancia,
 A cuyo lado, en venturoso anhelo,
 Miré correr los años de mi infancia,
 Donde con puro ambiente
 Meció la brisa mi modesta cuna,
 Y el agua santa consagró mi frente...
 En mis tiernos y débiles cantares,
 ¿Qué puedo darte yo, pobre y ausente,
 Amada patria mía?
 Una lágrima triste en tus pesares,
 Un grito de entusiasmo en tu alegría.
 ¡Horas de luto y de quebranto llenas!
 Pasad, pasad al fin; que habeis dejado
 Al corazón llagado
 El inmenso sudario de sus penas...
 ¡Fatales horas!... ¡ah!... ¡cómo os contaba
 Con profunda tristeza,
 De mi patria alejado,
 Las noches que, en mi estancia retirado,
 Doblaba sobre el libro mi cabeza!
 Y á cada hoja ¡ay Dios! que temblorosa
 Iba pasando sin cesar mi mano,
 Y á cada hora que correr veía...
 «¡Otra víctima más!» triste, decía:
 «¡Otra madre sin hijos! ¡otra esposa
 Sin esposo! ¡otro hermano sin hermano!»
 Cada hora de llanto y de agonía
 Que allí contaba en mi terrible calma,
 Como una gota de dolor caía
 En el oscuro fondo de mi alma...
 Mas pasaron al fin... Nobles varones
 De mi patria, ¡salud!...

¡Dichoso el hombre que, do quier llevando
 De caridad el lema,
 Con lágrimas de amor del infelice
 Teje á sus sienes inmortal diadema!
 Dignos héroes, oid: la patria os dice:
 «No moriréis jamás, y vuestra suerte
 Bendecirá del pueblo la memoria...
 La tumba de los hombres es la muerte,
 La tumba de los héroes es la gloria.»
 ¡Santa Madre de amores,
 Que en el cielo te asientas,
 Y allí en tu solio de virtud ostentas
 El sublime dolor de tus dolores!¹
 Si ceñiste corona esclarecida,
 Con alas de los ángeles tejida;
 Si en tu regazo tierno
 Al Salvador del mundo, Omnipotente,
 Depositó el Eterno,
 Y su diestra fulgente
 De luz y lauro engalanó tu frente,
 Tú has enjugado de mi patria el llanto
 Con los flotantes velos de tu manto;
 Tú has disipado en la tremenda hora
 Del luto acerbo la tiniebla oscura,
 Derramando fulgor desde la altura
 Del áureo rayo que tu frente dora:
 Yo así te aclamo con fervor profundo
 Y con piadoso anhelo,
 La Reina de los hombres en el mundo,
 La Reina de los santos en el cielo.
 Cartagena, ¡valor! yo te saludo.
 Alza la frente y á los cielos mira;
 Que nada al bueno amedrentarle pudo,
 Y mira al cielo quien al cielo aspira:
 Las alas tiende, en el espacio vuela,
 Y en tu glorioso porvenir reposa...
 Tú volverás gozosa
 A escuchar de victoria los cantares
 Y tornarás un día
 A bañar, patria mía,
 Tu corona de perlas en los mares; etc.

¹ Nuestra Señora, con la advocación de *los Dolores*, patrona del Hospital de la Caridad de Cartagena.

«Sé que esta composicion (escribia el autor), ó por mejor decir, este conjunto monstruoso de versos incorrectos, no resiste á la crítica. Atiéndase solamente á mi buena intencion y sana voluntad, si ya no se tuviere en cuenta que esta poesía ha sido hecha en una hora escasa, pues me ha sido pedida por el correo que hoy llega, y la remito en el correo que hoy sale.

»Madrid, 13 de Octubre de 1859.

»J. MARTINEZ MONROY.»

FIN.

ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
AL PÚBLICO..	V
BIOGRAFÍA.	VII
El Genio..	I
Toledo.	9
Las dos purezas..	15
A Dolores.	17
A D. Emilio Castelar.	23
El cielo.	33
A Siria.	37
Los dos romeros.	43
Cruzando el Mediterráneo.	47
De la noche al día.	51
Italia.	55
Nubes.	63
Inspiracion.	65
Canto del proscripto.	69
Voy á partir..	77
El eclipse de sol..	83
La inocencia..	93
En el día de tu santo.	99
Isidoro Maiquez.	103
A mi madre..	109
La victoria de Tetuan..	115

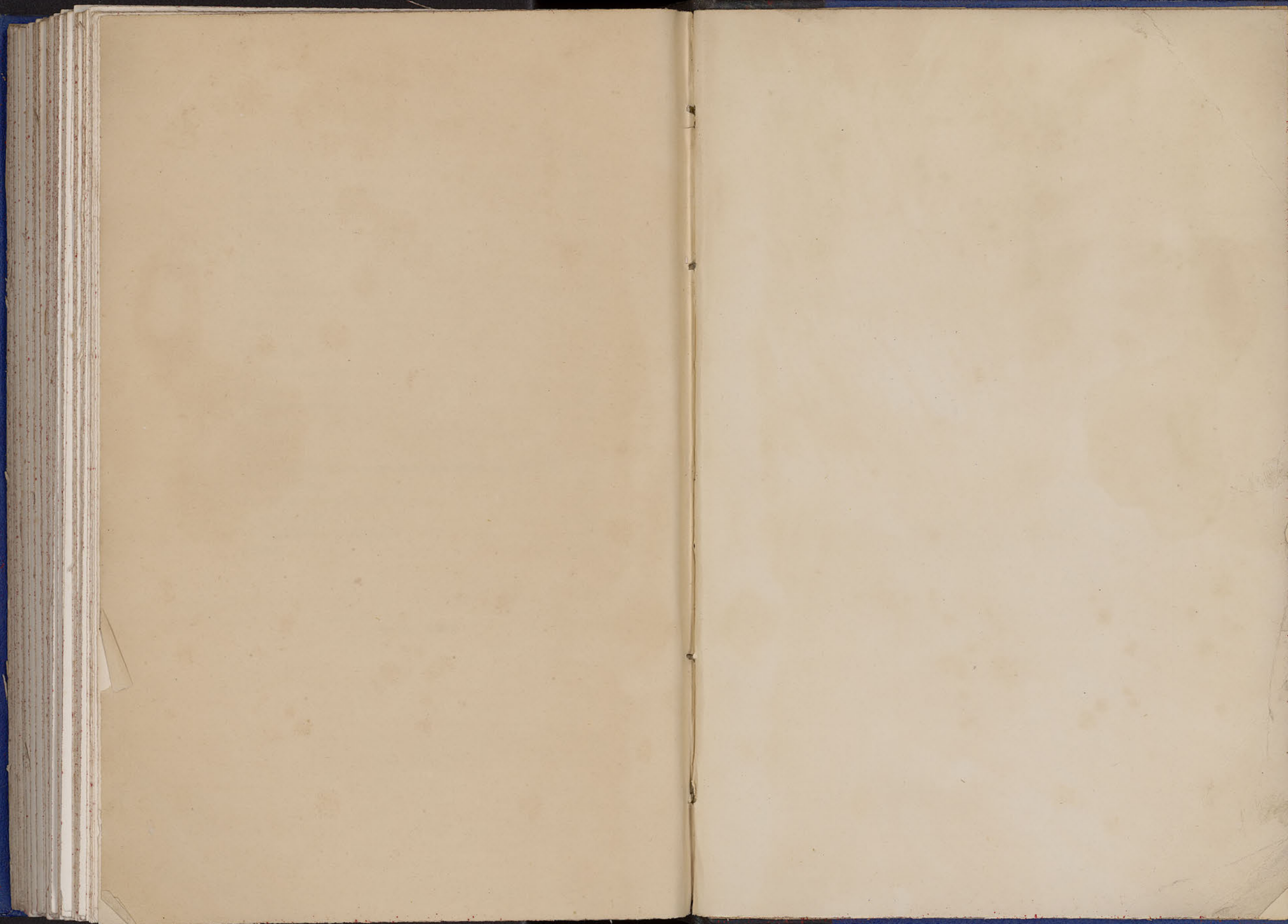
El beso.	125
Ultimos momentos del diluvio.	127
Lo que dice mi madre.	131
La última estrella.	137
Canto del águila.	145
El tránsito.	153
La prediccion.	157
La primavera.	161
A la Virgen.	163
Génesis.	169

FRAGMENTOS.

Al telégrafo eléctrico.	183
El Arte.	187
Ecos en la noche.	197
El Capitan.	205

APÉNDICES.

Cuatro palabras acerca de las poesías que forman esta coleccion.	233
El sol en Oriente.	272
Gonzalo en la batalla de Cerinola.	273
Celajes de Abril.	273
La tranquilidad en la medianía.	274
Alcance.	275





Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

